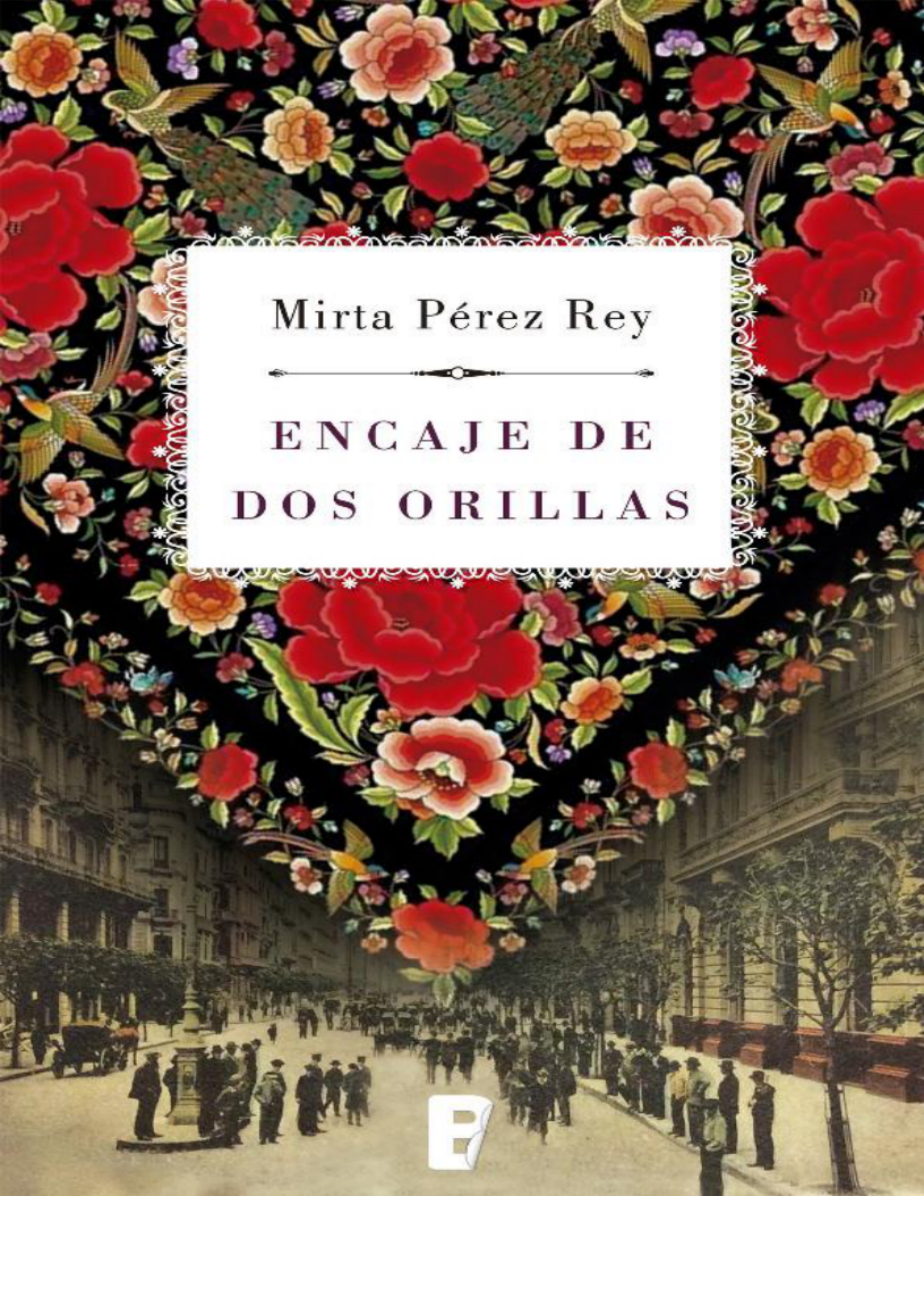

Mirta Pérez Rey
ENCAJE DE DOS ORILLAS
B

Mirta Pérez Rey

Encaje de dos orillas



SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleerarg

 @megustaleerarg_

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Ernesto, Maico y Ailén...
siempre

Centro Lucense de Buenos Aires, 1950

Pilar lo ignoraba, pero ese día cambiarían su vida y sus convicciones para siempre.

Su hija Lucía le había prometido una sorpresa y eso la tenía inquieta.

No le gustaban las sorpresas.

Desconfiaba de todo lo que amenazara la estabilidad en la que se desarrollaba su vida. Una estabilidad que había corrido peligro y no quería que esto sucediera otra vez.

Por eso esta sorpresa la había sumido en el desasosiego.

Tratándose de Lucía, que era una niña tan vivaz y decidida, rasgos que no había heredado de su madre...

Tenía un mal presentimiento.

Mientras tanto, Lucía esperaba ansiosa a un costado del escenario a que Pepe, el director de la pequeña orquesta le indicara el momento adecuado. Para intentar controlar los nervios se arreglaba innecesariamente el vestido que le había hecho la tía Mariquita de color rosa, entallado hasta las caderas, a partir de las cuales se sucedía una cascada de volados. Cuando comprobaba que la prenda estaba en forma correcta, pasaba la atención al mantón blanco que tenía sobre los hombros, anudado al frente y bellamente bordado en flores de distintos tonos de rosas y fucsias. Después se dirigía al cabello adornado con una flor del mismo color que el vestido. Cumplido este control, el ritual volvía a comenzar. Vestido, mantón, cabello... Hasta que Pepe le hizo la seña tan esperada.

—¡Señoras y señores! —comenzó Pepe—: ¡Les pido silencio por favor!

Cuando estuvo seguro de contar con la atención de la concurrencia continuó:

—Esta noche nos acompaña una nueva artista, una damita que canta divinamente y que hoy hace su debut ante el público. ¡Señoras y señores tengo el honor de presentarles a Lucía Ríos!

Pilar se tensó de inmediato. Sus ojos se dirigieron a Jaime que

estaba sentado al otro lado de la mesa para comprobar lo que tanto temía. ¡Su marido se había puesto pálido!

Lucía se ubicó en el escenario y la orquesta comenzó a tocar “La violetera”, a ella le habría gustado debutar con “El Relicario” como lo había hecho la gran Amparo Calé, pero no estaba preparada aún para ese tema por lo cual eligió uno más acorde a su edad.

Como aves precursoras de primavera
en Madrid aparecen las violeteras
que pregonando parecen golondrinas
que van piando, que van piando…

La gente la recibió con un caluroso aplauso. Lucía se fue soltando y comenzó a moverse con desenvoltura.

Pilar no le quitaba los ojos de encima a Jaime, que había cambiado el color de su cara a rojo intenso tanto por el alcohol bebido en la cena, como por la furia que ella adivinaba en su interior.

Llévelo usted señorito
que no vale más que un real,
cómpreme usted este ramito
cómpreme usted este ramito
pa’ lucirlo en el ojal.

El público colaboró voceando el conocido estribillo. La habanera compuesta por el Maestro Padilla había ganado notoriedad desde que Charles Chaplin lo utilizó para acompañar su película *Luces de la ciudad* y era muy popular en toda fiesta española. La música suave y la letra inocente la convertían en el vehículo perfecto para que la niña luciera sus dotes y los primeros vítores comenzaron a hacerse oír.

—¡Olé, guapa!

—¡Qué duende tienes!

Pilar percibió el momento exacto en el cual la paciencia de su marido llegó al límite. Se puso de pie y cruzó el salón como una tromba. Pilar lo perseguía implorándole que se tranquilizara.

Cuando llegó al escenario, Jaime tomó a su hija de un brazo y la llevó a la rastra por la puerta lateral hasta un pasillo. Pilar los siguió llorando avergonzada.

—¡Qué crees que estás haciendo! —gritaba Jaime mientras

zarandeaba a la sorprendida Lucía—. ¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad? ¡Quítate esa ropa y vamos a casa!

—¿Pero por qué, papá? ¿No te gustó? Practiqué mucho para este día. ¿Por qué tengo que irme?

—Porque tú no vas a cantar ni aquí ni en ninguna parte. ¡Nunca más, nunca más! ¿Me oyes?

Lucía lo miraba sin dar crédito a lo que su padre le decía.

—Pe… pero papá, ¡yo quiero ser cantante! ¡Yo nací siendo cantante!

No pudo continuar, una bofetada le cruzó el rostro. Pilar se colgó de su brazo rogándole que se tranquilizara e intentando separarlo de su hija.

—¡Tú naciste siendo una niña decente y así vas a continuar! ¡No quiero escuchar nunca más una estupidez semejante!

Y dirigiéndose a su esposa, cuya presencia recién había notado, la increpó:

—¡A ti te hago responsable de terminar con esta locura! ¿Qué clase de educación le has dado a tu hija? Enséñale a comportarse como una mujer decente, sino te juro que la enderezo a hostias. ¡Las espero afuera, rápido!

La mujer estaba aterrorizada. Jaime era severo y cascarrabias pero sus enojos nunca habían pasado de unos cuantos gritos.

Hasta ese día jamás les había levantado la mano.

Pilar cobijó a su hija que se convulsionaba por el llanto.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué me hace esto? ¡Yo quiero cantar! ¿Qué voy a hacer si no puedo? ¡Me muero, me muero si no puedo cantar! ¿Por qué mamá, por qué? —repetía la niña una y otra vez, sin que su madre pudiera responder a sus preguntas. Ella sabía el motivo, pero era algo que su hija no podía comprender y que no tenía solución. ¿Cómo explicarle las vivencias, los dolores, los prejuicios que los habían llevado hasta este momento? Solo podía abrazarla con fuerza y transmitirle su amor para que se tranquilizara.

Mientras intentaba consolar a Lucía comprendió que no podía negarse la verdad. En ese momento su espíritu estaba partido entre la obediencia a su esposo y el amor a su hija. No era justo, no deberían ser conceptos excluyentes, y sin embargo lo eran. No podía seguir ignorando su papel.

Había comenzado la noche con un mal presentimiento y tenía razón.

¡No le gustaban las sorpresas!

Debía tomar una resolución, ella, que nunca había decidido nada; ella, que había permitido que tanto su padre como su marido tomaran las decisiones importantes.

Pues ahora tendría que hacerlo. Y atenerse a las consecuencias…

Primera Parte

GUARDADO EN LOS OJOS
1917-1939

Capítulo I

¡Ay ay ay! Qué trabajo nos manda el Señor,
levantarse y volverse a agachar
todo el día a los aires y al sol.

¡Ay ay ay! ten memoria de mi segador
no arrebañes los copos de mies
que detrás de las hoces voy yo.[1]

Carballo, La Coruña, Galicia 1917

Maruja se despertó al alba como siempre. Tardó unos minutos en tomar conciencia de que ese no era un día como todos. La noche anterior, su padre les dio la noticia que alteraría en forma drástica la vida de la familia.

No, esa no era una mañana como todas. Se levantaría como siempre, desayunarían algo frugal, como siempre, y se dirigirían al campo a seguir con la cosecha, como siempre.

Pero esa mañana comenzaba a despedirse de todo lo conocido. ¿Por qué? Le hubiera gustado preguntarle a su padre, si eso hubiera sido posible. Ella no lo entendía, pero su padre había sido inflexible.

Durante la cena, la noche anterior, las había mirado a las tres con esa mirada que bastaba para paralizarlas de miedo y, sin más, les dijo:

—Comiencen a empacar sus cosas, cuando termine la cosecha nos vamos de España.

Maruja, su hermana Pilar y su madre lo miraron con una expresión de estupor, idéntica en las tres.

A las niñas no les estaba permitido hablar en la mesa, pero Maruja no pudo contener las preguntas que se escapaban por su boca:

—¿Qué? ¿Por qué?

El padre la miró furioso por la interrupción y con un tono de voz más elevado dijo:

—¡Porque yo lo digo, y es suficiente!

La madre dirigió una mirada de advertencia a las niñas para que no continuaran hablando y empeoraran la situación, y preguntó:

—¿A dónde iremos? ¿Por cuánto tiempo?

—Nos vamos a vivir a la Argentina.

Maruja y Pilar se miraban desesperadas por encima de la mesa. Los *cachelos* se enfriaban en los platos. Esas simples papas hervidas eran la base de todas sus comidas y a Maruja le encantaban, pero en ese momento era incapaz de pasar bocado.

No obstante su actitud cambió de inmediato cuando su padre gritó golpeando la mesa:

—¡Ustedes dos, vacíen sus platos que la comida no se desperdicia! ¡Y cambien esas caras que aquí nadie se ha muerto!

Las niñas apuraron sus platos en silencio y pidieron permiso para retirarse.

Se pusieron con rapidez sus ropas de dormir y se asomaron desde el entrepiso que albergaba sus camas hacia la cocina que quedaba debajo donde, aún sentados a la mesa y al abrigo de los rescoldos de la *lareira*, sus padres continuaban hablando.

—¿Es conveniente que nos vayamos ahora? Aquí tienes trabajo, las niñas también colaboran y yo... interrogaba tímidamente la madre.

—¡Con eso no alcanza mujer! ¿No ves que cada vez trabajamos más y ganamos menos? En Argentina es distinto, allí hay mucho trabajo. Allí se puede progresar.

—¿Pero cómo nos arreglaremos allí?

—Ya sabes que están mis primos, eso nos facilitará las cosas. Ya nos mandaron llamar, sino sería imposible ingresar al país. En cuanto nos paguen por el trabajo en la cosecha nos vamos. Junta lo que podamos llevar, el resto intenta venderlo en el pueblo. Hazte con la mayor cantidad de dinero posible, yo me ocuparé de comprar los pasajes y otros trámites.

—Pero... —intentó decir la madre.

—¡Ya mujer! Soy el hombre de la casa y decido lo que es mejor para la familia.

Con un gesto brusco, se levantó de la mesa y se dirigió a su cama. La madre quedó sola sentada a la mesa durante algunos minutos más, paralizada, incapaz de decidir su próximo movimiento. Parecía tan perdida como sus hijas y, como ellas, no terminaba de entender la situación.

Cuando finalmente se metieron en la cama que compartían, las hermanas lloraron hasta quedarse dormidas.

Por eso esta mañana no era una mañana más...

Se dirigieron al campo donde ambas niñas trabajaban en la cosecha de trigo. Era un trabajo agotador, recoger las espigas de entre los rastrojos que los hombres habían segado con sus hoces hasta formar un atado que acercaban a una carreta y las vacas transportaban hasta el ara.

Generalmente a las niñas les encargaban la tarea de recoger, pero Maruja, por ser la mayor también participaba a veces en el aventado. Era aquí cuando tenía oportunidad de compartir la faena con los muchachos. No es que hubiera muchos. Los jóvenes se iban del pueblo en busca de mejores condiciones, el trabajo de la tierra no daba para todos. No obstante, algunos quedaban o volvían especialmente para colaborar con sus familias a realizar las tareas más pesadas, antes de volver a partir.

Los coqueteos durante la jornada eran habituales. Joaquín, el hijo de los dueños del colmado del pueblo era de los más insistentes y no perdía oportunidad de decirle cosas bonitas que la hacían ruborizarse.

El aventado le resultaba divertido a Maruja, el echar al viento el trigo ya trillado para que este se encargara de volar la paja y dejar el grano le parecía un momento mágico, en el cual por fin podía verse el fruto de tanto trabajo. También era el momento en el cual se permitían jugar como los niños que todavía eran, con esa paja que volaba por todas partes. Pero resultaba incómodo tener que desprenderse de las hierbas que quedaban adheridas a las ropas y cabellos y causaban picazón.

Ante esta incomodidad Joaquín se ofrecía rápidamente:

—Maruja, déjame que te ayude a quitarte las briznas, si me permites… —decía el muchacho mientras se le acercaba con una mirada pícara.

—¡Sal de aquí, desvergonzado! A mí no me pones mano, ¿te enteras? ¿Qué te has creído? —contestaba Maruja con una expresión risueña que desmentía la dureza de sus palabras.

Entre bromas y escarceos esta tarea se terminaba y los hombres se encargaban de hacer las gavillas con la paja y empaquetarlas.

Y así a diario, hasta que se cosechaban todos los campos del pueblo y los hórreos se llenaban, guardando el fruto de las cosechas que debían administrarse hasta el año siguiente, cuando todo volvía a empezar.

Ese día Maruja no notaba el cansancio. No hacía más que dar vueltas en su cabeza la idea de la partida.

¿Qué quería decir su padre con progresar? ¿Qué significaba? ¿Acaso no tenían una buena vida? No sobraba la comida pero no pasaban hambre, el trabajo era duro pero ¿acaso en *Angelita* (¿así se llamaba el lugar al que iban?), no tendrían que trabajar igual? ¿Había algún lugar en que no se viviera del trabajo?

¿Qué motivos llevaron a su padre a tomar esa decisión? Lo que fuera que lo hizo decidir la partida no consideró necesario contárselo a su familia, al fin y al cabo eran todas mujeres, y no se los dijo ni entonces ni nunca. “Porque yo lo digo” era un motivo que no daba lugar a discusiones.

¿Cómo sería el lugar al que iban? ¿Podría observar los paisajes que tanto le gustaban, los campos sembrados, las montañas bajas, sería parecido ese lugar a la pequeña aldea de su Carballo natal que tanto amaba?

¿Cómo serían los domingos en ese lugar extraño?

Maruja esperaba con ansiedad los domingos. Los vecinos de todas las aldeas se dirigían al pueblo hacia la pequeña capilla de piedra que era el centro de reuniones. El sacerdote participaba en la vida de todas las familias. La misa del domingo era sagrada y nadie se atrevía a faltar a ella por temor a ser presa de las habladurías o, peor aún, a ser el centro del sermón del cura que pretendía disuadir a las ovejas

descarriadas de la idea de no santificar el día del Señor.

Los pueblerinos se acicalaban especialmente los domingos y se vestían, aunque modestamente, con sus mejores ropas. A la salida de la iglesia comenzaban las reuniones de los hombres para tomar unos vinos, las ferias con sus productos y sus comidas al paso y no faltaban los bailes; siempre hacía su aparición alguna gaita y más de una pandereta. Los jóvenes aprovechaban el día sin trabajo para ver y ser vistos y sacar partido del jaleo escapándose de la mirada de los adultos.

Le quedaban pocos domingos para disfrutar de su pueblo.

El primer domingo desde la noticia, Maruja estaba recostada contra un árbol observando con aire ausente a algunas parejas del pueblo bailar una *muiñeira*. Le gustaba mucho bailar, lo hacía muy bien y varios hombres y muchachos del pueblo la buscaban para que fuera su pareja. Había oído de sus mayores que esa danza había nacido de la espera que debían hacer los campesinos cuando llevaban sus granos al *muiño* o molino comunitario. La gente del pueblo, sencilla y trabajadora, aprovechaba esos escasos momentos sin labores para bailar y divertirse. Maruja observaba desde afuera a los bailarines. Los hombres luciéndose con picados, giros y saltos enérgicos, tratando de impresionar a sus damas que efectuaban movimientos más tímidos, en un remedo de cortejo bailado. En cualquier otro domingo, Maruja habría aprovechado el paseo de los estribillos para colarse entre los bailarines pero hoy no podía sentirse atraída por la danza. La *muiñeira* era alegría pura y ella no estaba de ánimos para eso. Ese domingo sentía tristeza, sentía angustia, sentía nostalgia por lo que estaba a punto de perder, sentía *morriña*…

—¡Hola guapa! ¿Quieres bailar? —dijo Joaquín acercándosele por detrás del árbol.

Maruja dio un respingo.

—¡Me asustaste! No gracias, no tengo ganas de bailar.

—¿Qué te pasa, por qué tienes esa mirada tan triste?

—¡No es nada! Ve tú.

—¿Y dejarte aquí sola con esa *morriña*? Ni hablar, ven conmigo —le dijo mientras tironeaba suavemente de su mano—. Vamos al río.

Maruja se dejó guiar sin oponer resistencia. Al rato se encontraban caminando lentamente por la orilla. El bosque de robles o *carballos* se interrumpía para dar paso al cristalino Anllóns, la vegetación parecía a punto de caerse al río.

Joaquín la condujo hasta un tronco caído que servía de banco.

—¿Me dirás que es lo que te tiene tan triste?

Maruja guardó silencio un instante y con los ojos húmedos explicó:

—Me voy. Nos vamos.

—¿A dónde te vas?
—A otro país, no sé muy bien cómo se llama, algo así como Angelita.
Joaquín la miró extrañado.
—Angelita... Angelita... ¡Argentina! ¿No será Argentina?
—Sí, eso, Argentina.
—¡Pero eso queda muy lejos! ¿Cuándo te vas?
—En cuanto terminen las cosechas. ¡Ay, Joaquín, no quiero irme! Pero no puedo hacer nada, ya estamos embalando todo. ¡Es tan triste! —y no pudo contener el llanto.
Joaquín acercó la cabeza de su amiga a su pecho y mientras la acariciaba con cariño intentaba consolarla.
—Ya verás que van a estar bien. Todos dicen que allá hay trabajo y se gana mucho dinero. Podrás tener cosas bonitas...
—¡Pero yo no quiero cosas bonitas, quiero mis cosas! Mi casa, mi pueblo, mis amigos, mi río, y... y... ¿y el pan?, ¿qué pasará con el pan?
—¿El pan? ¿Qué importancia tiene el pan?
—¿Cómo qué importancia tiene? ¡El *pan do Carballo* es el mejor pan de Galicia! Y solo se puede hacer con el agua del río Anllóns, si no hay río, no hay pan y si no hay pan... —un nuevo sollozo le impidió seguir recitando su lista de infortunios.
Joaquín entendió que Maruja necesitaba descargar su angustia así que la dejó llorar contra su pecho hasta que las lágrimas fueron cesando. Cuando la notó más tranquila se levantó y juntó unas cuantas ramitas. Le ofreció algunas mientras volvía a sentarse a su lado y comenzó a tirarlas al río para verlas desaparecer en la corriente. Ella lo imitó y al rato estaba en condiciones de seguir hablando.
—Gracias por soportar mis lágrimas.
—No es nada, quédate tranquila, no será tan malo. Te acostumbrarás enseguida. ¡Quién te dice que algún día vaya a visitarte! Nos escribiremos.
—¡Sí, claro! —contestó Maruja sin aclarar que ella no sabía escribir—. Ya deberíamos volver.
—Sí, vamos —dijo Joaquín levantándose del tronco.
Maruja lo detuvo y lo abrazó con fuerza por la cintura.
—¡Voy a extrañarte, Joaquín!
—Yo también —dijo el muchacho buscando su mirada.
Cuando Maruja lo miró, él depositó un beso suave en sus labios. Maruja sintió una profunda ternura.
Era su primer beso.
Era el primer beso que se daban.
Y sería el último.

***

Pasaron los días rápidamente entre el trabajo en la cosecha y los preparativos del viaje. Demasiado rápido para las niñas que todavía tenían la ilusión de que no se concretara nunca. Los vecinos, a medida que se enteraban de los planes de la familia, acudían para ofrecer su ayuda, para dar ánimos a los emigrantes y para acercarles datos de sus propios familiares que habían decidido emigrar antes que ellos, para que pudieran contactarse en esas tierras extrañas y así hacer más fácil lo que venía.

Algunos vecinos contribuían comprándoles cosas, otros les regalaban de sus propias pertenencias objetos o recuerdos para mitigar las ausencias.

La abuela de las niñas les había bordado unos pañuelos que guardaron con gran celo. Esas pequeñas prendas serían el único vínculo que las uniría pues no había fotografías, que eran artículos de lujo para los paisanos de su pueblo, y la correspondencia no sería fácil porque tanto abuela como nietas apenas sabían algunas letras. No era suficiente para mantenerse en contacto. No obstante se juraban y perjuraban entre lágrimas escribirse a diario.

La abuela Generosa era muy vivaz. Siempre tenía una canción a flor de labios. Era dueña de un pequeño almacén en la aldea y servía comidas a los lugareños. Su local se convertía entonces en el punto de reunión en el que no faltaban el vino y los mejores productos gallegos que se podían conseguir en el pueblo. Las niñas la acompañaban a hacer las compras en su carreta.

—Cántame *Maruxiña,* cántame algo alegre que el camino es largo y es mejor hacerlo contentas.

Y Maruja cantaba y pronto las tres estaban cantando y riendo.

A saia da Carolina[2]
ten un lagarto pintado,
cando a Carolina baila
o lagarto dalle ó rabo.

¿Bailache Carolina?
Bailei si señor.
Dime ¿con quen bailaches?
Bailei co meu amor.

Al llegar al pueblo, los comerciantes la esperaban para ofrecerle sus

productos. Cada comercio le daba a probar lo suyo, y nunca faltaban unos *cachelos* y un vasito del vino de la casa para agasajar a su habitual cliente. Por esta razón el viaje de vuelta era mucho más alegre que el de ida. Las canciones sonaban más alto y las risas eran más frecuentes.

La tarea de decidir qué llevar y qué dejar fue mucho más difícil de lo que se imaginaban. En estas circunstancias cada objeto dejaba de serlo para ser un recordatorio de momentos vividos.

—¿Está segura madre de llevar las sartenes? —preguntaba Pilar.

—¡Por supuesto! ¿Dónde haré las tortillas si no? Mira esta, por ejemplo. ¡Quién sabe si encontraré una tan buena en ese lugar!

—¡Pero si es la más quemada! —insistía la niña.

—¡Justamente por eso es la mejor! Además, esta me la regaló tu abuela, quiero llevarla conmigo.

Maruja había notado el cambio de actitud en su madre. Superada la sorpresa inicial, se había abocado a la tarea encomendada por su marido y dirigía las actividades con firmeza. Su madre reinaba en su hogar y su reino sería trasladado bajo sus condiciones. Por eso las niñas empacaban o dejaban solo lo que había sido rigurosamente analizado y autorizado por ella.

Con el poco dinero que habían podido reunir, la madre había encargado en el pueblo que se les confeccionara ropa para el viaje. Esta, que se reservaba para el embarque y desembarque, más la poca ropa de diario con la que contaban los cuatro entraba en una sola maleta. El resto de los enseres se destinaba a los tres baúles que ya no ofrecían más espacio.

Y así en medio del torbellino, llegó el día de la partida.

La abuela Generosa los despediría allí, no había querido acompañarlos hasta el pueblo.

—Sean *boas* niñas y canten, canten mucho, canten *sempre*, que la música aleja la *morriña* —les decía una y otra vez mientras las abrazaba con fuerza.

—¿*Avoa*, no puedes venir con nosotros? —imploraba Pilar.

—*Quizáis máis* tarde. Ahora vayan que el barco no espera.

La abuela deshizo el abrazo con sus nietas y las condujo hacia la carreta en la que ya estaba esperándolas su padre. Se acomodaron como pudieron en el precario vehículo que los llevaría hacia *A Coruña*, el puerto desde el cual salía el barco que los alejaría para siempre del único hogar conocido. Los caminos no estaban en buen estado y les esperaba unas tres horas de traqueteos hasta su destino.

Como Pilar no dejaba de llorar, Maruja le dijo:

—¡Cierra los ojos!

—¿Para qué? —contestaba la niña.

—¡Ciérralos, es importante!

Cuando Pilar obedeció, Maruja comenzó con voz suave…

—Recuerda la casa de piedra. La cocina de la planta alta, el calor de la *lareira* que llega hasta nuestras camas, la planta baja donde duerme nuestra única vaca… Recuerda los campos con la luz grisácea del amanecer, el trigo meciéndose con el viento, los hórreos llenos…

—¿Y por qué tengo que cerrar los ojos?

—¡Para que las imágenes no se escapen, la única manera de no olvidarnos es que lo llevemos todo guardado en los ojos!

Cuando los sollozos de su hermana dieron paso a unas lágrimas mansas, Maruja dirigió su atención a la escena que se desarrollaba al lado de la carreta.

Era el momento de la despedida de su madre y la abuela Generosa. La abuela, que con tanto aplomo les había dado fuerzas a Pilar y a ella, cuando le tocó el turno de despedirse de su hija, ya no pudo mantener la compostura. La acunó entre sus brazos como si aún fuera su bebé, mientras le acariciaba la cabeza y le susurraba palabras en su lengua dulce. Y su niña, ya mujer, se dejaba consolar.

—Ay *miña nai, miña nai.* ¿Qué voy a hacer sin ti? —lloraba la hija sin consuelo.

—Ve *filla*, ve con tu familia. Ellos te necesitan fuerte.

—¡Pero yo te necesito a ti! Siempre necesitaré a *miña nai.* En cuanto pueda te mando a buscar, te lo prometo.

Y se iban alejando mientras las lágrimas corrían sin control por sus mejillas. Hasta que solo quedaron unidas las manos, después la punta de los dedos que se negaban a perder el contacto. En algún momento comenzó a filtrarse entre ellos un hilo de agua, que se fue haciendo más caudaloso a medida que los pasos separaban los cuerpos, para acabar irrumpiendo impetuoso, bravío, profundo y cruel. El gran océano, tan grande que ya se perdían de vista sus orillas, dejó a la madre y a la hija a uno y otro lado de esa brecha que nunca se cerraría.

1. Fragmento del “Coro de las Espigadoras” de la zarzuela “La Rosa del Azafrán”. Música de Jacinto Guerrero y texto de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

2. La falda de Carolina / tiene un lagarto pintado, / cuando la Carolina baila / el lagarto mueve el rabo. ¿Bailaste Carolina? / Bailé sí, señor. / Dime, ¿con

quién bailaste? / Bailé con mi amor.

Capítulo II

Por el sabor que tienen tus verbenas,
por tantas cosas buenas
que soñamos desde aquí;
y vas a ver lo que es canela fina
y armar la tremolina
cuando llegues a Madrid[3]

Madrid, agosto de 1929

Agosto en Madrid, época de verbenas. La ciudad estaba en constante clima de fiesta. Las calles estaban engalanadas con farolillos y mantones en los balcones. El verano se hacía sentir en la ciudad, pero el calor no menguaba en absoluto el espíritu festivo. Ya habían pasado dos de las tres verbenas tradicionales de Madrid. El 7 de agosto se celebraron las Fiestas de Cascorro en honor a San Cayetano y el 10, las Fiestas en el barrio de Lavapiés por San Lorenzo. En unos días, el 15, se celebraría la más grande y tradicional, las Fiestas de la Latina en honor a la Virgen de la Paloma. Para celebrar estas populares verbenas, en especial la última, era habitual que llegara gente de distintos pueblos de España que no querían perderse los festejos.

Jaime salía de su trabajo en la calle Arenal. Había conseguido un puesto como aprendiz en la Panadería y repostería Viena Capellanes, un comercio muy afamado. Le gustaba la repostería y había sido afortunado al conseguir el empleo. Trabajaba mucho pero lo hacía con entusiasmo intentando aprender todo lo que podía. Soñaba con tener algún día su propia panadería.

Se dirigía a la taberna de la esquina a encontrarse con su amigo Alfonso. Se sentó a una mesa en la calle a la sombra, aunque eran las últimas horas de la tarde y el sol estaba por retirarse, todavía el calor era agobiante. Su amigo aún no había llegado, pidió un vino y una tortilla mientras esperaba.

Al rato llegó Alfonso, acalorado y se sentó a la mesa. Jaime le sirvió un vaso de vino fresco mientras lo increpaba:

—¡Por fin llegas! ¿Averiguaste algo?

—Pues no. Pero baja esa ansiedad, ya verás que la encontrarás en la verbena.

—No estoy tan seguro, ya ves que a la de San Lorenzo no fue... ¿Y si no llega a ir a la de la Paloma? ¿Cómo haré para encontrarla?

—¡Cálmate! Es una artista, no creo que se pierda la actuación en la fiesta más grande. Y si es una de paso, tampoco servirá de mucho que la encuentres. Ya sabes cómo son estos artistas, se quedan pocos días en cada lugar.

—¡Ni me lo digas! ¡Tengo que encontrarla! ¡Qué mujer! ¿Te conté lo hermosa que es?

—Sí, ya lo has hecho...
—¡Qué voz! ¡Qué cabello! ¡Qué ojos!
—Que sí, que ya me has dicho...
—¡Y qué cuerpo!
—Eso también me lo has explicado, más de una vez. ¡Anda, que ya empiezas a aburrir!
—Es que no me entiendes, esa mujer se me ha quedado en la sangre. Solo sé su nombre: Amparo, Amparito. Estate atento, en cuanto sepas de una cantante Amparito, me avisas, en cualquier momento, a cualquier hora...
—¡Qué sí, hombre!
Jaime, a regañadientes dio por terminado el tema, su amigo ya comenzaba a fastidiarse y por más que le insistiera no iba a conseguir de él más noticias.
—Bueno, ¿y tú qué novedades tienes? ¿Ya llegaron tus parientes?
—Todavía no, creo que llegarán esta noche. No me hace mucha ilusión su llegada, ya sabes, no tengo mucho interés en ser el anfitrión de dos chiquillas. Se espera de mí que las acompañe a la verbena y que las pasee por Madrid. Es la primera vez que vienen de visita.
—¡Pero son tus primas, es lo menos que puedes hacer!
—Sí. Bueno, ya sabes cómo somos los españoles, todos somos primos. En realidad mi madre y la madre de las niñas son primas, así que el parentesco no es muy cercano. Me pregunto si no habrá algún otro familiar más próximo que les sirva de niñera. ¿Por qué yo?
—Paciencia —dijo Jaime mientras le palmeaba la espalda—, en unos días volverán a su pueblo y serás libre.

Cuando Alfonso llegó a su casa, su madre impaciente estaba esperándolo.
—¿Qué horas son estas? ¿Dónde te metes? Seguro estabas con ese desarrapado amigo tuyo. ¿Es que no sabes que están por llegar?
—Ya, ya, madre. Ya estoy aquí y aún sin noticias. No sé por qué está tan alterada, ni que viniera el rey en persona, vamos...
—No seas burlón, no sé qué te ha dado por tomarlo todo a broma últimamente, seguro te lo ha pegado ese pelado...
—Basta madre, deje en paz a Jaime. ¿Qué mal le ha hecho mi amigo? Dígame.
—Mal no me ha hecho, ni bien tampoco. Es solo que no está a tu altura, tendrías que tener amigos acorde a tu nivel y no por debajo, esa amistad no te llevará a nada bueno.
—Deje tranquilo a Jaime, es un buen muchacho y muy trabajador, que es mucho más que lo que se puede decir de algunos señoritos como yo.
—Pero no es de buena familia. ¡Sus padres son comerciantes, por

Dios! Ni siquiera tiene estudios suficientes, en cambio tú…

—Yo tengo estudios de sobra para lo que hago, es decir, ser hijo de mi padre.

—¿Y eso no es un orgullo acaso?

—No estoy tan seguro, madre.

Esa conversación se repetía más o menos con las mismas palabras una y otra vez. Su madre no podía entender que Alfonso se relacionara con gente de distinta clase social. Su familia era de la nobleza española, siempre relacionada con los Grandes de España y, por supuesto, monárquicos indiscutibles. Prueba de ello era su propio nombre, en honor al rey Alfonso XIII que había asumido el trono apenas unos años antes de su nacimiento. Para Mercedes, su madre, todo el que no pertenecía a su entorno era sospechoso de ser anarquista y por lo tanto peligroso.

Alfonso intentó derivar el tema de conversación que nunca tenía fin, preguntando.

—¿Mi padre fue a buscar a las niñas?

—Sí, fue a buscarlas a la parada del autobús. Ya deben estar por llegar. Y no las llames así, que tampoco son tan niñas. Mariquita ya tiene veintidós años y Julia quince.

—Lo dicho, la mayor puede ser, pero la más pequeña es una niña.

—Yo a su edad ya estaba comprometida con tu padre.

—Eso porque las casaban siendo niñas, el compromiso no es señal de madurez.

—¿Ah no? ¿Y tú cuál crees que es una edad adecuada para comprometerse? Por lo visto a ti no te ha llegado aún. ¡Tienes veinticuatro años! A ver si te decides y piensas en formar una familia, que ya es hora. A tu edad tu padre ya había participado en una guerra y estaba casado. ¿Es que no vas a madurar nunca?

—Ya sabía yo que íbamos a terminar hablando de formar una familia. ¿Es que no hay tema de conversación que no termine en lo mismo, madre?

—Lo habrá cuando te decidas y sientes cabeza.

—Si sentar cabeza significa casarse puede ir esperando sentada, madre. Todavía no ha llegado la persona que me haga pensar en tal cosa. Hasta tanto, ¿podemos dejar el tema de lado?

Mercedes iba a retrucarle algo, muy enfadada cuando escucharon que llamaban a la puerta.

Una criada se apresuró a atender el llamado y Antonio, el padre de Alfonso, ingresó al salón cargando unos bolsos de viaje. Detrás de él, ingresaron las dos muchachas que miraban todo cohibidas.

Alfonso las evaluó durante unos segundos que sirvieron para anular toda la reticencia con la cual esperaba la llegada de sus parientes. Se adelantó rápidamente y, para sorpresa de su madre, se apuró a

saludarlas con una frase que no era solo de cortesía.

—Adelante, sean bien recibidas. ¡Es un placer verlas!

3. Fragmento del Chotis “Madrid”, de Agustín Lara.

Capítulo III

Lagarteranas somos,
nacimos todas en Lagartera.
Lindos encajes traigo,
de Lagartera y de Talavera[4]

Mariquita y Julia habían tomado el ómnibus en su ciudad Talavera de la Reina. El viaje duraría unas tres horas, por lo cual llegarían a Madrid a última hora de la tarde. Si bien la capital no quedaba tan lejos, sería la primera vez que la visitaban. El trabajo y las limitaciones de los transportes y las carreteras no habían facilitado el momento. Por fin, gracias a que Mariquita había prometido cuidar a su hermana menor, y después de varias invitaciones de la tía Mercedes, prima de su madre, sus padres habían consentido en que las hijas hicieran solas ese viaje tan postergado.

Mientras el ómnibus se deslizaba por la carretera, la muchacha observaba el paisaje variado de Castilla—La Mancha y pensaba que este primer viaje probablemente fuera también el último que hiciera estando soltera. Hacía dos años que estaba comprometida y ambas familias comenzaban a presionar para que la boda se concretara. Mariquita pensaba que aún era joven y la opinión de los adultos era que estaba cerca de convertirse en solterona, destino considerado el más desafortunado para una muchacha.

Mariquita no estaba tan segura. Su prometido era un buen muchacho, trabajador y galante. Era fácil quererlo, pero cuando pensaba en una vida matrimonial en la que empezaran a llegar niños, la invadía la sensación de que muchas cosas ya no podrían ser. Ya lo decía el refrán “Mujer casada, la pierna quebrada”. ¡Y aún quedaba tanto por hacer y por conocer!

La voz de su hermana la sacó de esos pensamientos.

—¿Falta mucho? —preguntó Julia.

—¡Qué ansiosa estás, no hace una hora que salimos de Talavera!

—Es que ya quiero llegar. ¡Madrid! Qué ganas tengo de conocerla. ¿Tú no?

—Claro, llevo más años que tú esperando esto, pero el preguntar a cada rato no va a hacer que la carretera se acorte. ¿Por qué no disfrutas el paisaje?

—¡Lo disfruto, pero ya quiero llegar! Y se giró a mirar por la ventanilla del autobús poco convencida.

Mariquita observaba a su hermana. La excitación daba color a sus mejillas. Estaba hermosa. En realidad Julia era hermosa. Ambas hermanas eran rubias, de ojos verdes, delgadas y elegantes, pero los rasgos de Julia eran una versión mejorada de los de Mariquita. La niña tenía el cabello más brillante, la nariz más pequeña, los ojos más

grandes, las pestañas más bellas, el cutis más claro y con graciosas pecas. Julia era una belleza y los hombres comenzaban a brindarle miradas de admiración que ella, en su inocencia, no percibía.

Por fin el autobús se detuvo en la estación. Al descender del vehículo, su tío Antonio se adelantó rápidamente a su encuentro.

—¡Pero qué guapas están! Han crecido mucho desde la última vez que pasé por Talavera. ¡Las fotografías que recibimos no les hacen justicia!

Las saludó a ambas mientras el criado que lo había acompañado llevaba las valijas al automóvil. Una vez en él, las muchachas observaban todo con ojos curiosos.

—¿Qué les parece Madrid?! La primera impresión es importante. ¿Es como lo imaginaban?

—¡Cuánto movimiento! —dijo Mariquita.

—¡Hay tantos automóviles! En Talavera ya hay unos cuantos, pero la mayoría del transporte es de caballos, en cambio aquí… —agregó Julia.

—Aquí hasta tenemos tranvía y metro, Madrid ha crecido mucho —intervino Antonio—. Ya van a tener ocasión de recorrerlo mejor. Su primo Alfonso las guiará. Ahora vamos directo a la casa que deben estar cansadas del viaje.

—¡Pobre el primo Alfonso! —exclamó Julia. Tendrá que cargar con nosotras y ni siquiera nos conoce.

—No te preocupes, ya verás que se llevarán bien.

El automóvil se detuvo al frente de una casa hermosa, Antonio descendió y ayudó a cada una a hacer lo mismo. Las muchachas quedaron allí, de pie ante la imponente fachada. El hombre tomó el equipaje de mano y comenzó a subir el pequeño tramo de escaleras, llamó a la puerta y de inmediato una criada les abrió el paso.

Ingresaron a un vestíbulo con espejos en ambas paredes que multiplicaban su efecto dando la sensación de amplitud, el final del mismo daba paso a un hermoso salón decorado en tonos azules y dorados.

Mientras las muchachas observaban el lugar con admiración, el primo Alfonso se les acercó y les dio una cálida bienvenida.

Al cabo de las presentaciones y saludos, pudieron pasar a sus cuartos a prepararse para la cena.

Ya sentados a la mesa, la conversación era amena. Alfonso estaba sentado frente a las muchachas con lo cual podía estudiarlas a gusto. Las dos estaban muy elegantes con sus vestidos sencillos pero adecuados a la moda que se veía en ese momento en Madrid. Nadie que las viera podía tomarlas por provincianas. Ambas sabían vestir para resaltar el color de sus ojos, de verde esmeralda Julia, de un

delicado color malva Mariquita.
Alfonso las observaba a ambas asombrado. No era lo que tenía en mente cuando su madre le habló de ellas. Aunque en realidad, no le había prestado demasiada atención debido al malhumor con el que tomó la obligación de servir de acompañante a un par de niñas. No, en realidad no era esa la imagen que se había hecho de ellas. Alfonso se obligó a prestar atención a la conversación, en ese momento su madre preguntaba:
—¿Y bien, cómo está mi prima Isabel? ¿Sigue teniendo el taller de costura?
—Sí —contestó Mariquita—. El taller ha crecido mucho y mi madre casi no cose, en realidad lo administra, atiende a las clientas, organiza el trabajo, efectúa las compras...
—Es cierto, la mayor parte del trabajo la realizamos las costureras —intervino Julia.
—¿Ustedes también trabajan en el taller?
—Especialmente Mariquita —dijo Julia—. Yo colaboro con algunos trabajos pero en realidad no me gusta mucho la costura, en cambio mi hermana tiene un don para ello. Estoy segura de que ella más tarde o más temprano será la encargada del taller.
—Julia, no exageres.
—Es cierto, cose muy bien pero su especialidad son los bordados. ¡No sabe tía las obras de arte que realiza!
—¡Julia, ya basta! —dijo Mariquita ruborizándose.
Alfonso decidió ese momento para intervenir en la conversación.
—No te avergüences, prima. Si tu hermana habla de ti con tanta admiración, tu trabajo ha de ser bueno.
—Es que tengo una buena maestra. Como les decía, el taller ha crecido mucho y es el más importante de la zona. Atendemos mujeres de todos los pueblos vecinos y hasta tenemos clientas en Toledo. Eso hizo que mi madre tomara varias costureras porque no podíamos absorber todo el trabajo. Entre las trabajadoras que llegaron está Paca. Paca es de Lagartera, ¡y ya saben lo famosos que son los bordados lagarteranos! Me ha enseñado mucho.
—¡Pero también es maravillosa con los bolillos! ¡Si la viera trabajar tía, da mareos tratar de seguir sus manos! Hace unos encajes de ensueño.
—No faltará oportunidad para que me muestres tus trabajos —dijo Mercedes—.
—A propósito, le hemos traído un regalo —intervino alegremente Julia—. Si me permite abandonar la mesa voy a buscarlo. ¿Puedo, tío?
—Ve, niña —dijo Antonio con una sonrisa ante la vehemencia del pedido—. De todas maneras ya es momento de pasar al salón a tomar el café.

Julia se contenía a duras penas para no subir corriendo las escaleras.

Mariquita, aprovechando su ausencia expresó:

—¡Por favor, disculpen a mi hermana! ¡Es tan inquieta! No puede disimular sus emociones.

—¡Es que es una chiquilla! —acotó Antonio.

—Intentamos que empiece a comportarse como una señorita, pero no siempre lo logramos. ¡Y este viaje la tiene tan excitada!

—Déjala entonces, no la reprendas. Solo está disfrutando la experiencia —terció Alfonso.

Pasaron al salón y tomaron asiento en los cómodos sillones. En ese momento llegó Julia con un paquete en sus manos.

—Sírvase, tía Mercedes, para usted, en agradecimiento por recibirnos en su casa.

Las palabras, dichas con gran ceremonia, desmentían la expresión de la niña cuyos ojos brillantes no podía disimular su ansiedad.

Mercedes tomó el paquete diciendo:

—Pero no tendrían que haberlo hecho. Para nosotros es un placer que nos visiten. Faltaba más.

No obstante abrió el paquete y desdobló ante todos su contenido. Se trataba de un mantel, de doce servicios a juzgar por el tamaño, confeccionado en finísimo hilo. Pero lo que dejaba sin habla era el exquisito bordado. El diseño combinaba estrellas en deshilado, con guirnaldas de flores en hilos matizados en rosas y azules. Bordeaba la prenda una cenefa de botijas dobles en los mismos tonos.

—¿Esto lo has hecho tú? —dijo Mercedes dirigiéndose a Mariquita.

—Las dos colaboramos, Julia confeccionó el mantel y yo lo bordé.

—¡Es precioso, hija! ¡Una verdadera obra de arte! Ya veo que tu hermana lleva razón. Tienes un don para la aguja. ¡Muchas gracias!

Alfonso observaba a las muchachas. Mariquita se había ruborizado y Julia sonreía feliz por el impacto que había causado su regalo.

—Por lo que veo disfrutas el trabajo en el taller —continuó Mercedes.

—Es cierto, me siento muy bien tanto cosiendo como bordando.

—No te va a resultar fácil dejarlo, ¿verdad?

—¿Dejarlo? No he pensado en dejarlo...

—¡Pero si dentro de poco vas a casarte! No vas a poder seguir trabajando, deberás permanecer en casa para atender a tu esposo, después los niños.

Mariquita, que estaba a punto de llevarse la taza de café a los labios, se tensó y volvió a colocarla en el platillo.

—Mi madre está casada y sin embargo...

Mercedes le palmeó la mano mientras decía:

—Pero tu madre lo ha hecho por necesidad. Ya sabes que desde que

nuestra familia perdió las posesiones en el Caribe después de la guerra de Cuba, la situación económica se resintió. Yo, ya comprometida con Antonio, no he sentido en demasía las consecuencias, pero la realidad de tus padres era distinta. En cambio tú, no tendrás necesidad, tengo entendido que tu prometido tiene un buen pasar así que no estaría bien visto que trabajases. Ya sabes “la mujer en el hogar y el hombre en su trabajar”...

Mariquita seguía envarada sin poder decidirse entre beber el café o depositarlo sobre la mesa de centro.

Alfonso, al ver su incomodidad decidió salir en su ayuda:

—Deje los consejos, madre. Mariquita y su familia tratarán el tema. Mientras tanto, debemos comenzar a planear las visitas a Madrid. ¿Por dónde les gustaría empezar?

El quince de agosto por la mañana Alfonso, Antonio y Mercedes se encontraban en el salón ya preparados para ir a misa. La ceremonia en la iglesia San Pedro el Real en el día de la Virgen comenzaría pronto. La familia en pleno asistiría al acto litúrgico, como era tradición en todas las familias importantes, adonde incluso acudirían las autoridades de la ciudad y con seguridad también, algún miembro de la familia real.

Mercedes se impacientaba. Las muchachas aún no habían bajado y era preciso salir de inmediato para la iglesia, llegar tarde resultaría imperdonable.

Cuando se disponía a llamar a una criada para ir en busca de las niñas, estas aparecieron en lo alto de la escalera y comenzaron a descender con evidente apuro.

—Disculpe, tía —dijo Julia— pero teníamos problemas para ajustar las mantillas, creíamos haber traído horquillas suficientes pero...

—¡Está bien, niña! —la interrumpió Mercedes—. No te preocupes que aún estamos a tiempo. Acérquense, déjenme que las mire.

Mercedes observaba a las muchachas detenidamente. Sus atuendos eran impecables: los vestidos en tonos claros, del largo adecuado a media pierna, estaban acompañados por un bolerito en el caso de Julia y una chaqueta corta para Mariquita, detalle de buen gusto pensado para cubrir los brazos en la iglesia a pesar del sofocante calor de agosto en Madrid. Los zapatos de tacón bajo para la niña y de tacón medio para la mayor combinaban a la perfección con la ropa, sus manos cubiertas con delicados guantes cortos sostenían sendos rosarios de nácar.

Pero el detalle que marcó la aprobación definitiva de tan estricto análisis fueron los tocados. Ambas muchachas lucían hermosas mantillas de color blanco, como correspondía a su condición de solteras y a una misa de celebración, sostenidas por peinetas de nácar.

Los encajes estaban confeccionados a mano, el de Julia era de blonda y el de Mariquita, de Chantilly, ambos exquisitos.

—Por favor, giren que quiero apreciar esos bordados —indicó la mujer.

Las muchachas así lo hicieron y Mercedes supo apreciar las prendas que caían a sus espaldas con la gracia dada por el broche que las sujetaba. La mujer pudo reconocer las pequeñas joyas que habían estado en su familia por años, joyas que las niñas habían heredado y que ahora usaban con tanta gracia.

Después de tan exhaustivo examen, Mercedes quedó más que complacida. Las muchachas tenían clase. Quizás tenían poco dinero, pero mucha distinción. Con clase se nace, y a simple vista se notaba que eran de buena cuna.

—¡Están preciosas! —sentenció Mercedes—. Van a ser el corrillo de la iglesia tanto por la novedad de su presencia como por su elegancia. ¡Vamos ya o llegaremos tarde!

Las muchachas se dirigieron hacia la puerta con evidente alivio por haber salido airosas del escrutinio de la exigente tía. No podían imaginar que también habían sido minuciosamente evaluadas por otro miembro de la familia que no sabría distinguir los tipos de encaje, pero sabía apreciar la belleza con otros parámetros, y en ese momento luchaba con sensaciones que le costaba asimilar.

Al terminar la misa de la mañana la familia volvió a la casa y por la tarde, los jóvenes salieron a disfrutar de la verbena que se prolongaría hasta la noche. Mercedes no aprobaba que Alfonso llevara a las niñas a esa fiesta popular, pero los tres habían insistido tanto que muy a su pesar dio su consentimiento.

—Alfonso, cuida muy bien a las niñas —ordenó Mercedes—. Con tanto pelado dando vueltas no vaya a ser que tengamos un disgusto.

—No se preocupe madre, no correrán ningún riesgo, se lo aseguro.

—¿Niñas están seguras que no prefieren quedarse en la casa?

—¡No tía, por favor! —argumentó Julia—. Si hemos venido en estas fechas para poder acudir a la famosa Verbena de la Paloma en honor a la Virgen. Quédate tranquila que no nos meteremos en problemas...

—Ya, ya —interrumpió Mercedes la ya conocida verborragia de la niña cuando estaba entusiasmada—. Vayan pero no vuelvan tarde.

Alfonso se apuró a colocarse entre medio de las muchachas, antes que su madre insistiera con sus dudas y recomendaciones y, poniendo sus brazos en jarras, le ofreció uno a cada una de ellas, de manera que los tres salieron por fin de la casa con paso apurado.

Minutos más tarde, el automóvil familiar los dejaba en el barrio La Latina, en las cercanías de la calle Toledo, que era el centro de los festejos.

Los tres, tomados del brazo, comenzaron a caminar por la populosa avenida. Las muchachas miraban todo sin disimular su curiosidad. Toda la calle estaba vestida de fiesta con guirnaldas que la cruzaban y flores, mantones e imágenes de la Virgen en los balcones y ventanas.

Por todas partes había personas vestidas con los trajes típicos, los *chulapos* y *chulapas* comparaban entre sí sus atuendos. Los hombres con pantalón oscuro y camisa blanca, algunos con chalecos, otros con chaquetas y todos con la gorra típica en cuadrillé blanco y negro. Las *chulapas* en cambio competían en colorido con sus faldas largas terminadas casi siempre en un gran volado, camisa blanca y un pañuelo blanco que cubriendo la cabeza terminaba atado al cuello. Todas ellas llevaban un clavel en lo alto de su cabeza sujeto por el pañuelo y el famoso mantón de Manila, la mayoría confeccionados en España, que cubrían con gracia sus hombros y espaldas.

Al poco de andar, Alfonso se detuvo en uno de los chiringuitos al paso, armados para la ocasión.

—Las invito a una limonada —ofreció—. A no ser que les apetezca más un chocolate con churros…

—Limonada está bien para mí, hace mucho calor, no estoy para chocolate —dijo Mariquita.

—A mí sí me gustarían los churros —agregó Julia.

Alfonso se dirigió a sendos puestos a fin de darles gusto a sus invitadas. Él hubiera preferido una sangría o algo más fuerte pero optó por una limonada y dejar el alcohol para otra ocasión en la cual no tuviera a nadie a su cuidado.

En una de las esquinas se acercaron a un concurso de abanicos. Se exhibían varios modelos que eran sometidos a un jurado, pero también la gente acompañaba con sus aplausos y vítores a los que más le gustaban.

Mariquita observaba fascinada todos los modelos. Julia se impacientaba.

—Vamos Mariquita, todavía queda mucho por ver.

—Espera, déjame mirar. Son una maravilla. Observa esos bordados, aquel está hecho en deshilado y aquel otro en encaje de bolillos. ¡Son hermosos!

—A mí me gustan más los pintados, pero ya los vi, sigamos —insistió Julia.

—Quiero acercarme para ver bien la técnica. En cuanto lleguemos a casa me pondré a bordar algunos.

—¿Ya estás pensando en trabajar? Vamos que no creo que ninguno de estos te enseñe nada. ¡Tú bordas mucho mejor! —le decía su hermana mientras tironeaba de su brazo para alejarla de los abanicos.

Finalmente Mariquita cedió ante la insistencia de Julia y también para no aburrir al pobre Alfonso, a quien se notaba que los encajes lo

tenían sin cuidado.

Llegaron a la intersección de la calle Toledo con la Carrera de San Francisco y siguieron por esta hasta la Plaza de la Cebada. Allí se anotaron en un concurso de Chotis. Como les faltaba un hombre para formar pareja, Alfonso se acercó a un muchacho de aproximadamente su misma edad para proponerle intervenir. Este aceptó encantado y participó bailando con Julia mientras él lo hacía con Mariquita.

Cuando el organillo comenzó a tocar, las parejas tomaron sus lugares y comenzaron a bailar.

Alfonso, a quien alguien había colocado una típica gorra de *chulapo*, intentó hacerlo lo mejor que pudo pero le resultaba difícil el giro porque no tenía el calzado adecuado. Mariquita se movía con gracia a su alrededor y Alfonso intentaba girar sin moverse de su lugar. Era sabido que el hombre que baila bien el chotis no necesita más espacio que una baldosa, pero Alfonso no conseguía cumplir ese objetivo.

Como era de esperar, fueron eliminados con rapidez y se quedaron observando a Julia con su pareja. Ellos se mantuvieron un tiempo más hasta que fueron superados por parejas mejores.

Una vez fuera, Alfonso devolvió la gorra prestada y el compañero de Julia se despidió besándole la mano con manifiesta admiración y reteniéndosela un momento mayor al necesario.

Siguieron su recorrido por la Carrera de San Francisco y allí, prácticamente chocaron con Jaime, que casi corría.

—¿Hombre, adónde vas con tantas prisas? —dijo Alfonso tomándolo de los hombros—. Ven que te presento a mis primas.

Jaime lo miró con extrañeza por ver interrumpida su carrera.

—Disculpa, no te había visto, es que estoy apurado. He estado en la Plaza de la Paja pero no encontré lo que buscaba; ahora voy a Las Vistillas a ver si tengo suerte.

—¡Espera un poco, hombre! Ven, te presento a Mariquita y a Julia.

Jaime se dirigió a las muchachas.

—Disculpen mi falta de educación. Alfonso me habló mucho de ustedes, me dijo que eran muy hermosas y no le falta razón. ¡Encantado de conocerlas!

—¿Quieres caminar con nosotros? Igual vamos para Las Vistillas… —preguntó Alfonso.

—Prefiero adelantarme, si no te importa. Podemos vernos allí — sugirió Jaime claramente inquieto.

—Está bien, ve, ve.

Jaime, ante el permiso, salió casi corriendo.

Alfonso y sus primas siguieron su paseo, como ya empezaba a anochecer, ofreció:

—¿Tienen hambre, se animan con unas gallinejas? No han pasado por Madrid si no probaron las gallinejas…

—Yo sí —dijo Mariquita.

—Ya me he comido los churros y no tengo hambre, pero tienes razón, tengo que probarlas —dijo Julia—. Compartiré el de Mariquita.

Alfonso se encaminó al puesto y volvió con dos porciones y tres limonadas, que fueron degustando mientras caminaban. Se turnaban para servirse de los cucuruchos de papel, los bocadillos de las tripas de cordero y las patatas fritas que conformaban las gallinejas, cuyo delicioso aroma inundaba la calle.

Llegaron a Puerta de Moros y ahí se animaron a otro concurso. Esta vez de pasodobles. También tuvieron que conseguir otra pareja para Mariquita mientras Alfonso bailaba con Julia. Ahora sí podría demostrar sus habilidades como bailarín al son de “El gato montés”. Julia bailaba muy bien y pudieron lucirse en la pista. Superaron a Mariquita y su pareja en varias rondas antes de quedar descalificados. Mientras tanto ella los esperaba a ambos al borde de la improvisada pista hablando y riendo con su ocasional compañero, del que se despidió en forma muy amigable cuando el concurso terminó.

Por fin llegaron a Las Vistillas y se ubicaron para disfrutar del espectáculo musical que comenzaría en un momento.

Jaime, que los había visto llegar, se acercó a ellos y le dijo por lo bajo a su amigo:

—¡La encontré! Va a cantar ahora.

Al momento hicieron su aparición los músicos y luego la cantante Amparito, anunciada por el presentador con gran pompa.

Alfonso la observó y prestó atención a su amigo que miraba el escenario embobado. Podía entender a Jaime, la mujer era hermosa. De una belleza sensual, muy distinta a las mujeres que lo acompañaban.

Amparo, de cabellos negros y piel trigueña contra los cabellos rubios y la piel blanquísima de sus primas. El cuerpo y los movimientos de Amparito eran toda voluptuosidad frente a la fina elegancia de las muchachas.

Dos estilos tan distintos, sin embargo, igualmente bellos. La belleza que podía volver loco a cualquier hombre.

Cuando el presentador anunció el último tema Jaime le dijo:

—Voy a intentar hablar con ella. ¡Deséame suerte!

—¡Suerte amigo! Nos vemos mañana.

Y Alfonso lo vio irse rápidamente sin estar seguro de, si la suerte que le había deseado era para que la encontrara… o para que no lo hiciera.

Alfonso no podía concentrarse en la comida. Era la cena de despedida de sus primas y Mercedes había decidido celebrarlo de forma especial. Invitaron a algunos amigos y aprovecharon la ocasión

para estrenar el mantel bordado por Mariquita.

El muchacho estaba inquieto. Le había costado mucho reconocer lo que desde el primer momento de la visita había sido evidente.

¡Estaba enamorado!

Desde que la vio por primera vez quedó impactado por su belleza, pero lo que terminó de convencerlo fueron los celos que había sentido al verla bailar y coquetear con otro hombre en la verbena.

A partir de allí, con el transcurso de los días, solo pudo confirmar lo que ni se le había ocurrido que pudiera sucederle.

Ahora que por fin estaba seguro, se acababa el tiempo. Las muchachas partirían hacia Talavera por la mañana.

Tenía que hacer algo.

Intentaría hablar con ella después de la cena. No sería fácil poder escapar a la mirada atenta de Mercedes para poder encontrarla a solas, pero tenía que intentarlo. Necesitaba conocer sus sentimientos. Una relación en esas condiciones con seguridad sería resistida por las familias, pero si ella correspondía a su amor, lucharía contra los prejuicios con el coraje de un torero.

4. Fragmento de “Coro de Lagarteranas” de la zarzuela “El huésped del Sevillano”. Música de Jacinto Guerrero y texto de Juan Ignacio Luca de Tena y Enrique Reoyo.

Capítulo IV

El cariño no es un cielo
con nubes de purpurina.
El cariño son los celos,
es un llanto sin consuelo
y lo demás son pamplinas[5]

Era la segunda vez esa semana.

La segunda vez que al ir a visitarla después del trabajo no la encontraba.

El conserje del modesto hotel en el que se alojaba Amparo le informó, por segunda vez, que ella había salido más temprano esa tarde y aún no había vuelto.

Jaime estaba furioso.

La noche misma de la verbena se convirtieron en amantes y desde entonces Jaime estaba obnubilado con Amparo. Ella había conseguido un contrato para cantar algunas noches en una taberna. Jaime iba a verla y volvían al hotel en el que Amparo se alojaba. Solo salía de su cama para ir a trabajar, esperando que terminara su jornada para volver a verla, y así día tras día.

Estaba obsesionado con esa mujer. Cuanto más la tenía, más la quería. Pensaba en ella día y noche, lo absorbía al punto de alejarse de familia y amigos. Pero él no lo lamentaba, su familia no lo entendería pero su amigo sí. Alfonso sabía la locura que lo había invadido nada más ver a Amparo, y ahora que por fin era su mujer no estaba dispuesto a pasar tiempo lejos de ella.

Pero era la segunda vez que no la encontraba.

Jaime no pudo evitar sentirse herido ante la mirada condescendiente del conserje al comunicarle que ella había salido.

La esperó en vano durante dos horas en la puerta. Esa noche no cantaba en la taberna así que no tenía dónde ubicarla. Ya tarde, decidió volver a su casa.

Tenía una sensación que le corroía el alma, una sensación dañina que oscurecía sus pensamientos. No podía permitirse pensar que eran celos, porque eso era suponer que ella podía estar con otro hombre, y eso era imposible. Una mujer solo se entregaría de la manera en que Amparo lo hacía por amor.

Amparo lo amaba, estaba seguro.

Por eso los celos eran imposibles, porque otro hombre era imposible.

Se alejó en la noche rumiando sus pensamientos, solo podía esperar al día siguiente para verla y que le diera una explicación.

Seguramente habría una explicación, como la vez anterior.

La segunda explicación en la semana.

***

Buenos Aires, 18 de Agosto de 1929

Querida hermana Mercedes:

Espero que al recibo de la presente todos se encuentren bien. Nosotros estamos muy bien, las niñas siguen creciendo y tienen su tiempo ocupado entre el colegio y con algún que otro baile del Centro Lucense, acompañadas por supuesto siempre por la madre.

No tengo que aclararte que tanto mi esposa Asunción como yo extrañamos nuestra tierra, pero he de ser sincero y agradecer las oportunidades que brinda este país para el que venga con ganas de trabajar.

El motivo de la presente tiene que ver con esto. Como ya sabes, hace años que instalé una sastrería en la Avenida de Mayo, que es una arteria moderna, en la que, a partir de su apertura se instalaron los comercios y edificios más importantes. Quiso el destino que hoy se haya transformado en la zona donde se congregan gran parte de los inmigrantes españoles, al punto de ser casi un reducto gallego casi exclusivo (por aquí a todos los españoles nos llaman gallegos, es inútil tratar de explicar la diferencia). Debido a ello, mi originalmente modesta sastrería no ha dejado de crecer y me encuentro entusiasmado con la idea de darle un giro a mi negocio. Por aquí se han puesto de moda las grandes tiendas.

He podido comprar el predio lindante a mi sastrería para montar una de estas tiendas. La clientela agradecerá poder proveerse de los mejores productos españoles, pero si bien los sueños son grandes, debo reconocer que no puedo solo. Como no tengo hijos varones he pensado que mi sobrino Alfonso es la persona ideal para hacerse cargo de mi negocio. Es un muchacho instruido y será para él una gran oportunidad…

Alfonso leía una y otra vez los párrafos más importantes de la carta mientras por dentro su mundo se sacudía. No quería levantar la vista para no encontrarse con la mirada de su madre que lo observaba ansiosa.

Cuando llegó esa tarde de sus paseos habituales y, tenía que reconocerlo, improductivos, Mercedes estaba esperándolo con la novedad.

Por fin sus ojos abandonaron el papel y se fijaron en su madre.

—¿Y bien? —dijo esta ante el silencio del muchacho—. ¿No vas a

decirme qué piensas?

—¿Ahora? ¿En realidad quiere que le diga ahora lo que pienso? No es el momento madre, tengo que pensarlo pero no creo que...

La frase de Alfonso quedó incompleta ante la ansiedad de Mercedes.

—¿Cómo que no crees? ¿Qué es lo que no crees? Es una gran oportunidad, hijo. Tú sabes que las cosas en España no están bien, nuestro rey está perdiendo el favor del pueblo y...

—¿Y qué tengo que ver yo con el rey? —preguntó extrañado.

—Parece mentira que tengas tanto estudio y no te des cuenta de la situación tan preocupante en la que nos encontramos. Nuestra familia prosperará mientras el rey prospere. Los pelados se hacen oír cada vez más hijo, y con tanta protesta y huelgas, no me quiero imaginar qué podría pasar.

—¿Usted cree que podríamos vernos perjudicados? ¿Que este descontento con Primo de Rivera y el rey puede pasar a mayores?

—Yo no quiero pensarlo, pero si llegara a suceder no estaría mal que puedas tener otras oportunidades. Y este ofrecimiento de tu tío llega como caído del cielo.

—¡Es que no sé qué pensar, justo ahora!

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué pasa ahora? —interrogó la madre.

Alfonso no podía discutir con ella todas las cosas que le pasaban por la mente en ese momento.

—Nada madre, no me presione, tengo mucho que pensar. ¿Mi padre está de acuerdo con usted?

—Sí hijo, lo hablamos apenas llegó la carta. Fue muy difícil ponernos de acuerdo, no querríamos separarnos nunca de ti. ¡Eres nuestro único hijo! De solo pensarte tan lejos me lleno de angustia. Pero acordamos que sería bueno para tu futuro.

Alfonso se dirigió a su habitación. Estaba abatido, de pronto su mundo tan despreocupado había cambiado. Tenía que tomar decisiones difíciles y hasta ahora nada le había resultado difícil.

Ya era un hombre y debía comportarse como tal.

Alfonso había conseguido que su padre le permitiera llevar el automóvil. Era un viaje largo y el muchacho no quiso que lo llevara el chofer como era habitual en la ciudad.

Jaime viajaba a su lado, un tanto ausente, tampoco había sido sencillo convencerlo de que lo acompañara.

Desde que estaba con Amparo prácticamente no se veían, pero como la mujer tenía un compromiso de trabajo el fin de semana en Toledo, y ante la insistencia de Alfonso, Jaime había aceptado acompañarle.

Lo que tenía que hacer era importante y no quería estar solo para enfrentar esos momentos. Necesitaba el apoyo de su amigo.

—Ya falta poco —anunció Alfonso—. ¡Estoy cada vez más nervioso!

—No sin razón, te presentarás así, sin más…

—No hay tiempo para formalidades, debo actuar con rapidez, mi futuro está en juego.

— Ya sé, ya sé, no hace falta explicármelo. Solo por eso estoy aquí contigo, porque quiero darte ánimos. ¡No será fácil!

—No, no lo será —Alfonso se mantuvo en silencio mientras se concentraba en encontrar la dirección que llevaba anotada—. ¡Es aquí, deséame suerte, amigo!

Jaime, por toda respuesta, le palmeó la espalda y ambos descendieron del vehículo ante una casa señorial, más modesta que la de la familia de Alfonso pero de buen estilo y muy cuidada.

Alfonso quedó unos segundos paralizado ante la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaime—. Golpea, ya estamos aquí. ¿No vamos a pasar la tarde frente a la puerta, no?

—¡Es que me sudan las manos! —dijo con angustia el muchacho—. Tal vez no sea buena idea después de todo. ¡Mejor nos vamos! Y dio media vuelta para volver al automóvil.

Jaime lo frenó tomándolo por los hombros y lo giró con igual brío hasta que la nariz de Alfonso casi se aplastó contra la puerta.

—¡De eso nada! Si no golpeas tú, lo haré yo. Y tomando la aldaba, golpeó con decisión, mientras Alfonso empalidecía.

Acudió al llamado una mujer madura, muy hermosa y elegante. Alfonso no tuvo dudas de quién era.

—Bu… buenas tardes, tía Isabel. Soy Alfonso, el hijo de Mercedes.

—¡Pero claro, hijo! ¡Qué sorpresa! Pasa, pasa por favor.

—Tía, quiero presentarle a mi amigo Jaime.

—Encantada, muchacho, pasen por favor. ¡Pero qué sorpresa! —Repetía la mujer una y otra vez. Pensé que era algún cliente, debiste avisar que venían y te habría esperado como corresponde.

—No hace falta, tía, al contrario, tendrá que disculpar que me haya presentado así, pero me trae un tema urgente. ¿Estará el tío en casa? Es preciso que hable con ambos.

—¡No me asustes hijo! ¿Es que ha pasado algo? ¿Tus padres se encuentran bien?

—Sí, sí, no se preocupe, mis padres están muy bien, pero necesito hablar con ustedes.

—Claro, claro. Tomen asiento que voy a pedir que nos traigan el té y a llamar a tu tío. Ya regreso.

Los muchachos tomaron asiento. Alfonso estaba sensiblemente nervioso y apenas su cuerpo tocó el sillón, volvió a ponerse de pie para caminar la sala de arriba abajo. Jaime lo miraba divertido. No quería burlarse pero no podía evitar observar sus idas y venidas con una sonrisa divertida en el rostro.

Por fin volvió Isabel con Pedro, su tío, que saludó a los muchachos efusivamente.

—Debo agradecerles el trato que les dieron a las niñas allí en Madrid. Nos han contado que las pasearon por toda la ciudad y se llevaron muy bien.

—Sí, de eso quería hablarles, en realidad…

Alfonso calló sin saber cómo seguir. Al levantar la vista, tres pares de ojos lo miraban expectantes, pendientes de sus palabras.

Decidió que llegado a este punto, lo mejor era ser directo.

—En poco tiempo me marcharé a Argentina, tengo una buena oferta de trabajo allí y deseo… ¡Tío Pedro, tía Isabel, he venido a pedirles la mano de su hija!

—¿Qué? —dijo el tío.

—¿Qué? —dijo la tía.

—¿Cómo que quieres casarte con mi hija? ¿Pero de dónde ha salido esto?

—Disculpe, tío, pero nos enamoramos en Madrid y, ante la noticia de mi partida no puedo pensar en otra cosa que en casarme con ella, comenzar juntos una nueva vida. No soporto la idea de no tenerla a mi lado para ello.

La pareja enmudeció unos momentos, el tío siguió al mando de la conversación.

—¿Y tú dices que ella comparte tus sentimientos?

—Sí, tío, nos hemos escrito casi a diario, sino no me atrevería…

—¡Pero en estas circunstancias puede llegar a convertirse en un escándalo!

Alfonso lo miraba serio y cuestionó:

—Reconozco que la situación es inesperada pero no creo que sea para tanto, yo…

En ese momento Mariquita entró a la sala con la bandeja del té. Los cuatro se volvieron a mirarla, evidentemente había llegado en un momento difícil.

—Pedro se incorporó y la increpó.

—¡Mariquita, ven aquí! Alfonso ha venido a hablar de matrimonio.

Mariquita miró a Alfonso y le sonrió, feliz.

—Sí, algo de eso sabía.

—¡Algo de eso sabía! —remedó su padre—. ¿Y tengo que entender que estás de acuerdo?

—Pues, sí. No solo estoy de acuerdo, estoy muy feliz, padre.

Isabel que hasta ese momento había dejado el interrogatorio a cargo de su marido, se incorporó diciendo.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Esto será un escándalo, un escándalo!

—¿Pero, madre, a qué te refieres? No tiene por qué serlo —intervino la muchacha.

—¿Cómo que no? Hay un compromiso. ¿Desde cuándo romper un compromiso no es un escándalo?

—¿Qué compromiso? —acotó Alfonso.

—¿Qué compromiso? —preguntó Mariquita.

Las miradas de Mariquita y Alfonso se cruzaron interrogantes por unos segundos, y al fin ambos comprendieron.

—Tía, creo que todo esto es un error. Lamento haber generado este enredo, pero sospecho que hay algo que no se ha entendido bien. ¡Yo quiero casarme con Julia!

—¿Con Julia? —dijo el tío.

—¿Con Julia? —dijo la tía.

—¿Con Julia? —dijo Jaime.

—¡Pues sí, con Julia! ¡Siempre fue Julia!

Y dirigiéndose a su amigo, lo increpó:

—¿Tú también creíste...? ¿Es que no me has escuchado todo este tiempo?

—Siempre creí que te habías enamorado de Mariquita, es que… ¡es que Julia es una niña, hombre!

—¡Es una niña! —dijo el tío.

—¡Es una niña! —dijo la tía.

—¡No es una niña! —intervino Mariquita—. Es joven, sí, pero les aseguro que se enamoró de Alfonso como una mujer, ha madurado mucho desde entonces. Y estoy segura de que se encuentra detrás de esa puerta, esperando que dejen de gritar y lo acepten. Alfonso y Julia se aman, madre, y me hace muy feliz la idea de que se casen.

Pedro llamó:

—¡Julia! ¡Entra!

La muchacha que, en efecto, estaba detrás de la puerta, ingresó a la sala decidida. Al cruzar la mirada con Alfonso, ambos parecían haberse iluminado. Esto no pasó inadvertido a ninguno de los presentes que terminaron comprendiendo el alcance de los sentimientos de los jóvenes.

—Julia —comenzó Pedro—, Alfonso ha venido a pedir tu mano.

—Lo sé, padre —contestó la muchacha sin apartar los ojos del aludido.

—¿Y tú qué piensas?

—¡Que ser la esposa de Alfonso me haría la mujer más feliz del mundo!

Se hizo un largo silencio, al cabo del cual Pedro dijo:

—Esto es lo que haremos. Vamos a tomar hasta mañana para darles una respuesta. Esto nos ha tomado por sorpresa y es justo que tengamos un tiempo para pensarlo. En otras circunstancias les ofrecería alojamiento en mi casa, pero no creo que sea lo adecuado. Les propongo que consigan un lugar para pasar la noche y mañana

vuelvan a esta hora y les comunicaré nuestra decisión.

Alfonso no pudo mantener la calma en ningún momento de esas terribles veinticuatro horas en las que se definiría su futuro.

A su vez, a Jaime la experiencia que estaba viviendo con su amigo lo indujo a pensar en su propia situación, en su propia mujer.

Jaime amaba a Amparo con todo su ser, pero no la poseía. Cuanto más la quería él, más esquiva se volvía ella. Quizás lo que Amparo necesitaba era un gesto de absoluta rendición de su parte.

Tenía que reconocer que admiraba a su amigo. Se había jugado a fondo por su amor e independientemente de cuál terminara siendo el resultado, su actitud había sido valiente. ¡A todo o nada!

Él también se jugaría a todo o nada por el amor de Amparo. En cuanto llegara a Madrid le propondría matrimonio.

Cuando fuera su esposa, dejaría su carrera y compartirían sus vidas sin reservas.

A la hora pactada, Alfonso volvía a pararse frente a la puerta de la casa de Julia, no menos nervioso que el día anterior. Otra vez tuvo que ser Jaime el que golpeara la aldaba con una decisión de la que Alfonso era incapaz.

Al ingresar encontraron a la familia en pleno en la sala.

Alfonso buscó la mirada de Julia y no pudo adivinar en ella si le esperaban buenas o malas noticias.

El tío Pedro tomó la palabra:

—Alfonso, estuvimos tratando el tema largamente. Lo cierto es que Julia es muy joven y creemos que no debería contraer matrimonio en forma tan precipitada.

La expresión de Alfonso se descompuso, le estaban diciendo que no...

—Sin embargo —prosiguió su tío—, entendemos que, si se aman sinceramente, no es descabellado pensar en concretar la boda dentro de un tiempo.

Aquí el muchacho cambió su expresión y escuchó con atención:

—Te propongo, mejor dicho, les propongo que te vayas a América y te establezcas allí, sin el compromiso de una familia ya formada. Al cabo de un tiempo, digamos dos años, si sus sentimientos siguen intactos se celebrará la boda. Nos daría tiempo para que se case Mariquita, que es lo que corresponde, que se case primero la hermana mayor, y se formalizará la relación dándoles intervención a tus padres, como es menester. ¿Qué contestas, muchacho?

La cabeza de Alfonso daba mil vueltas. No era una negativa, pero tampoco era un sí. Dos años. Era mucho tiempo. Pero pasado ese tiempo...

—¿Me permite tío, hablar con Julia a solas? Será solo un momento.

—Sí, creo que es necesario, pasen a mi despacho y cuando tomen una decisión vuelvan a comunicárnosla.

Cohibidos, se dirigieron al despacho. Alfonso abrió la puerta, cedió el paso a Julia y la cerró tras de sí.

La muchacha, que había avanzado unos pocos pasos dentro de la habitación, permaneció de espaldas a él, estaba mirando inmóvil su entorno, los estantes repletos de libros, la ventana, los cuadros. Alfonso no sabía qué era lo que captaba su atención pero no lo miraba a él. Eso no era buena señal. Ella siempre tan vivaz, tan elocuente, en ese momento estaba muda. Necesitaba llamar su atención, saber qué pensaba:

—Julia… —intentó tímidamente.

Y la muchacha giró hacia él con los ojos húmedos:

—¡Esto está mal, no va a funcionar, es un desastre! Mira que tú, así tan guapo, tan estudiado me vas a esperar a mí, que yo no sé nada. Qué sabré yo de ser la esposa de un hombre importante, si no soy más que una muchacha de pueblo. ¡Qué sé yo de llevar una casa, dime! Si ni siquiera me gusta coser. Sería un desastre. Dos años, una eternidad, es imposible. Apenas llegues a esas tierras las mujeres no te quitarán ojo, y tú ni te acordarás de mí, porque a ver, qué sabes tú de mí, no sabes nada…

Alfonso suspiró aliviado, ahí estaba su Julia, lanzando una tonelada de palabras al ritmo de sus pensamientos, imposibles de seguir. Tomó su mano y la atrajo hacia él, pasó su otra mano por su cintura y la pegó a su cuerpo. La muchacha se ruborizó pero le mantuvo valientemente la mirada.

—Sé que hablas mucho cuando estás nerviosa, y estás nerviosa porque estás celosa. ¿Es eso? ¿Tienes celos? Ese es el menor de nuestros problemas, si yo no tengo ojos más que para ti desde que te conozco.

—Porque aún no has visto a esas mujeres de las pampas, dicen que son muy bellas, cuando te vean llegar así tan señorito se matarán entre ellas para que las veas, ya lo verás, van a…

No pudo continuar hablando porque Alfonso selló sus labios con un beso dulce, el primer beso, el primer contacto físico como enamorados, pues desde la declaración de amor de la última noche en Madrid, el único contacto entre ellos había sido por carta.

Julia se tensó ante ese beso tan soñado, tan esperado pero, al fin y al cabo, su primer beso. Pasado el asombro inicial, se permitió relajarse y saborearlo. Tímidamente pasó sus brazos por el cuello del muchacho habilitándolo a estrechar el abrazo.

Lo importante estaba allí, a pesar de los contratiempos que tenían

por delante, ambos se encontraban en brazos del otro disfrutándose, con ternura, con pasión. Esa era la nueva tierra a la cual, sorteando los obstáculos, deseaban arribar.

Al cabo de unos momentos, en los cuales las caricias de Alfonso comenzaban a tornarse más audaces, Julia se distanció apenas un poco para decir:

—Mira si entra mi padre y nos ve así…

—No creo que con las sorpresas que le hemos dado en estos días se asombre por esto —no obstante contra su voluntad la tomó de la mano y la condujo hasta el sillón que había en la habitación—. Julia, debemos tomar una decisión. Sé que dos años es mucho tiempo pero quiero que seas mi esposa, nunca estuve tan seguro de nada en mi vida.

—Pero es que no sé si podré… ¡Hay tanto que no sé!

—No se trata de poder, sinceramente me trae al pairo si sabes coser, bordar o cantar. Lo importante es que me ames. Sé que no tengo derecho a pedirte que me esperes pero necesito estar seguro de que lo nuestro es lo suficientemente fuerte para superar los obstáculos que nos esperan. Yo no quiero otra mujer en mi vida más que a ti. Y si voy a empezar una nueva vida, tan lejos, tan incierta, necesito saber que al fin te tendré conmigo. Así que por favor, Julia es el momento de ser sinceros.

Alfonso concluyó su discurso con el corazón en un puño. Julia continuaba con la cabeza gacha, en silencio. Y él temía los silencios de ella, prefería mil veces la catarata de palabras a la que se había acostumbrado.

—Julia, por favor, di algo…

La muchacha alzó su rostro, y mirándolo a los ojos exclamó:

—¡No te amo lo suficiente! —el rostro de Alfonso se demudó, al notarlo Julia continuó rápidamente—: Te amo mucho más que lo suficiente. Lo suficiente suena a trámite, a compasión, a conformismo y yo no quiero conformarme contigo. Yo te amo y quiero que me ames más que lo suficiente y tanto te quiero que no soporto la idea de atarte a mí porque nos queremos lo suficiente. ¡Lo suficiente no es suficiente para mí!

Alfonso rió con ganas, con alegría, con alivio. Su Julia, tan joven y tan sabia volvía a hablar, y de su boca salían las palabras que él estaba necesitando, que le traían paz, que le daban fuerza para enfrentarse a todo lo que se le cruzara en el camino hacia esa vida soñada, esa vida que solo podía concebir con Julia a su lado.

—¡Te estás riendo de mí!

—Ven aquí —le dijo acercándola a su cuerpo para envolverla en un abrazo—. ¡Te prometo amarte siempre mucho más que lo suficiente!

Y se entregaron a otra sesión de besos recién descubiertos, con el

alma aliviada y los cuerpos anhelando futuros prometidos.

Al cabo de un rato, durante el cual todo en la sala fue silencio, regresaron tomados de la mano y con los ojos echando chispas de felicidad.

—¡Aceptamos! —anunció Alfonso.

Y Julia agregó feliz:

—¡En dos años seremos marido y mujer!

5. Fragmento de “Solo vivo pa’quererte” , de Antonio Quintero, Rafael de León y Manuel Quiroga.

Capítulo V

L'amour! l'amour! l'amour! l'amour!
L'amour est enfant de bohème,
Il n'a jamais, jamais, connu de loi.
Si tu ne m'aimes pas, je t'aime.
Et si je t'aime, prends garde à toi![6]

[¡El amor! ¡el amor! ¡el amor! ¡el amor!
El amor es hijo de gitano,
jamás, jamás ha conocido ley;
si no me amas, yo te amo:
si te amo, ¡tú ten cuidado!]

Tenía que esmerarse, tenía que hacerlo mejor que nunca. Ese hombre había vuelto. Ya no tenía dudas, venía a verla a ella. Lo había visto un par de veces en la taberna de Madrid y ahora también allí, en Toledo. No podía ser coincidencia.

Amparito no dejaba de dar vueltas a estos pensamientos mientras esperaba el momento de su número. Al fin llegó y se dirigió al centro del escenario contoneándose sensualmente.

Manuel Romero la observaba, no perdía detalles de esos movimientos, de esa voz, de ese porte. Ya estaba decidido, había encontrado su filón de oro. Amparito tenía todo lo que él buscaba en una artista. Es cierto que tendría que pulirla un poco, quitarle esa pátina de vulgaridad que le otorgaba el trabajo en un espectáculo de variedades, pero no sería difícil. Con su tutoría, ella podría desarrollar todo su potencial. Estaba seguro de que dentro de ella había un talento que se desperdiciaba en el cuplé sicalíptico que solo valoraba la picardía y el erotismo. Confiaba en el prometedor talento de esa mujer de belleza deslumbrante.

Al terminar su número, Amparito se dirigió a los camarines. Allí se encontró al hombre, esperándola. El corazón le dio un vuelco, el empresario la esperaba. ¡A ella! Tendría que manejarse con cuidado para no desperdiciar la oportunidad.

—¡Buenas noches, señorita!, permítame presentarme. Soy Manuel Romero y quisiera hablar con usted.

—Sé quién es usted, todo aquel que se dedique a esto lo sabe, y usted sabe quién soy yo porque lo he visto varias veces, así que podríamos dejar las presentaciones de lado...

A Manuel le gustó la franqueza de la gitana, no había remilgos ni mohines, no sería necesario dar rodeos.

—De acuerdo entonces, seré directo. Quiero ser su representante. Un nuevo estilo de artista se está gestando y creo que usted da la talla.

—¿A qué nuevo estilo se refiere? —preguntó Amparito, recelosa—. Usted ya ha visto lo que hago y cómo lo hago.

—El espectáculo de variedades está declinando. El estilo no es del gusto de muchos y se ve como poco respetable tanto la temática como los artistas que se dedican al “género ínfimo”. En cambio lo nuevo es la copla. El éxito que ha tenido Concha Piquer en el exterior está siendo visto con buenos ojos por otro tipo de público.

Manuel hizo una pausa. Amparito lo miraba interesada y desconfiada a un tiempo.

—Siga, ¿qué es lo que propone?

—Como le dije antes, quiero ser su representante. Quiero convertirla en la estrella de la copla andaluza.

Amparito hacía esfuerzos por no cambiar el gesto de desconfianza pero por dentro lo que oía le gustaba, tenía que ser cuidadosa, no mostrarse confiada.

—¿Y qué tendría que hacer para eso?

—Seguir mis indicaciones. Yo te conseguiré teatros, giras, te construiré un nombre en el espectáculo.

—¿Y usted qué gana?

—Un porcentaje de los contratos que te consiga —pasó naturalmente al trato informal al ver que el interés de la muchacha crecía—. Un porcentaje más elevado al principio que irá disminuyendo a medida que seas reconocida y exitosa.

—Si llego a serlo.

—¡Lo serás, créeme! ¿Qué te parece mi oferta?

—No sé, tengo que pensármelo. Amparito no tiene dueño, ¿sabe?

—No seré tu dueño, seremos socios, podrás deshacer el acuerdo cuando quieras.

—¿Cuánto tiempo tengo para contestarle? —preguntó reacia.

—Mañana por la tarde salgo para Madrid, de allí a Barcelona y Francia en gira con otros artistas a la que podrías agregarte. Me hospedo en el Hotel Alcázar. Si te decides, búscame.

Sin más palabras, se retiró sin despedirse.

Amparo volvió a la pensión. No dejaba de darle vueltas al asunto. Por un lado, la oferta a nivel profesional era lo mejor que le había pasado hasta el momento. Manuel Romero le ofrecía lo que ella deseaba. Giras, teatros de verdad en lugar de las tabernas que había podido conseguir por su cuenta. Además, el hombre era conocido en el ambiente, no temía un engaño, pero también era conocido por su afición a las mujeres y, en realidad eso tampoco la preocupaba. Manuel era bastante apuesto y, si el beneficio valía la pena, no le haría remilgos.

Pero había algo que ensombrecía la lista de cosas buenas que Manuel ofrecía. Y ese algo tenía nombre: Jaime. Tendría que dejar al muchacho; él no tenía cabida en esa vida que se le abría tentadora. Si bien nunca lo había considerado algo serio, tenía que reconocer que sentía cariño por él. Jaime la amaba apasionadamente y le gustaba la sensación de sentirse querida, necesitada, imprescindible.

Pero no podía engañarse, el amor de Jaime no brillaba lo suficiente como para opacar la vida que le esperaba. El camino que se había propuesto hacía tiempo comenzaba a materializarse y no sería un

muchacho enamorado quien se lo impidiera.

Poco tiempo después golpeaba a la puerta de la habitación del Hotel Alcázar. Manuel Romero le abrió vestido con una bata de seda que dejaba ver parte de su pecho. Él se quedó viéndola en silencio con la puerta abierta. Amparo dijo:

—Ya me decidí, traje mis cosas.

Manuel la miró y apreció nuevamente su belleza, ya libre de los artificios del maquillaje teatral.

—¡Pasa, te estaba esperando! —la invitó.

Jaime caminaba apurado. Había llegado a Madrid el día anterior pero necesitó tiempo para juntar sus ahorros y conseguir el regalo adecuado. Durante el viaje de vuelta no hizo más que darle vueltas a la idea de casarse con Amparito. La felicidad de su amigo se le había pegado y entendió que lo mismo debía hacer él. Casarse con la mujer que amaba. Con seguridad su madre pondría el grito en el cielo ante la noticia. Desde que había enviudado, había pasado toda su atención al hijo y Jaime se sentía asfixiado por sus demandas. Seguramente tendría reparos por la profesión de Amparo pero, una vez casados, ella se dedicaría al hogar y eso quedaría en el pasado.

El muchacho seguía su camino hacia la pensión con una mano sobre el bolsillo del saco a modo de protección de la joya que allí llevaba. Era el mejor anillo que había podido comprar; le costó todo lo que tenía pero valía la pena.

Ingresó a la pensión, el conserje estaba en su puesto en el mostrador como siempre. Jaime le dirigió un saludo rápido y se encaminó hacia las escaleras. El hombre lo detuvo.

—¿A dónde vas, muchacho?

Jaime giró a mirarlo, sorprendido. No era la primera vez que lo veía y sabía perfectamente adónde iba.

—A la habitación de Amparito —contestó con un tono irónico ante la obviedad.

—Es que no lo sabes. Ella no está —dijo el hombre visiblemente incómodo.

—¿Cómo que no está? Ella nunca sale a estas horas, seguramente está durmiendo. No se preocupe a mí me atenderá —dijo mientras giraba de nuevo hacia las escaleras.

—Ella no está, muchacho. Se fue, ha dejado la habitación —insistió el hombre.

Jaime quedó paralizado a medio camino tratando de comprender, girando hacia el conserje, lo increpó:

—¿A dónde fue? Tiene que haber dejado dicho dónde está. ¿Acaso se aloja en otro hotel?

—No lo sé, hijo, pero no lo creo. Ayer llegó con un hombre, empacó

sus cosas mientras él saldaba su cuenta y se marcharon.

—¡No puede ser! No se marcharía sin avisarme, seguramente se instaló en un lugar mejor, seguramente…

El conserje lo miraba con pesar. Otro muchacho enamorado. En los años que llevaba a cargo de la pensión de artistas había visto a muchos. Hombres enceguecidos, incapaces de ver en realidad a esas mujeres que vendían su pasión al mejor postor. El muchacho no podía competir con el hombre que había acompañado a Amparito el día anterior.

Al ver que Jaime se negaba a comprender, agregó:

—Ella habló de una gira, que viajaba de inmediato.

—¿A dónde viajaba? —gritó Jaime ya furioso.

—No me lo dijo. Muchacho, te aconsejo que te olvides de ella. No volverá, las mujeres como ella…

No pudo continuar, Jaime se abalanzó sobre el mostrador y tomó al hombre de las solapas. Sin el mostrador de por medio habría intentado estrangularlo.

—Mujeres como ella… Cómo se atreve a hablar así, ella es mi mujer, ella…

El conserje no se defendió, lo miró a los ojos hasta que Jaime tomó conciencia de la derrota y de que estaba descargando su cólera sobre la persona equivocada. Lo soltó lentamente.

De pronto, la verdad se abría paso en su mente como un rayo, un rayo que quemaba y destruía todo. Quemaba su alma, su orgullo, su pasado y su futuro.

¡Amparito lo había abandonado!

***

Un mes después Alfonso y Jaime se encontraban a bordo del “Buenos Aires”, el barco que los llevaba a Argentina. Ambos amigos se apoyaban sobre la baranda de popa mientras el puerto de Vigo se iba perdiendo en la lejanía.

Cada uno ensimismado en sus pensamientos. Cada uno en su propio punto de no retorno.

Alfonso corría hacia un destino que se vislumbraba próspero, con trabajo prometedor y la ilusión de unirse a la mujer que amaba.

Jaime, como la contracara de la misma moneda, dejaba en su tierra lo que su amigo perseguía en tierra extraña.

6. Fragmento de la Habanera de la Ópera Carmen de Georges Bizet.

Segunda Parte

VIUDAS DE VIVOS
1930-1937

Capítulo VI

E pousa, pousa, pousa,
e non me toques naquela cousa.[7]

[Y posa, posa, posa,
y no me toques en aquella cosa]

Buenos Aires, 1930

Las tres muchachas estaban sentadas alrededor de la bolsa. Con la cadencia de quien hace de las tareas rutinas a fuerza de repetirlas, se turnaban para introducir la mano en el saco del que sacaban las papas, las pelaban con rapidez e iban a parar a los fuentones que cada una tenía a su costado. Esta coreografía no cesaría hasta que el saco quedara vacío.

En el menú del día, y de todos los días en un comedor español, la necesidad de papas era mucha, pero el trabajo no amedrentaba a las muchachas que agradecían esos momentos de intimidad que dedicaban al cotilleo, al canto y a las bromas.

Luego, cada una tendría que retomar sus tareas en el hotel. Maruja tendría que comenzar a cocinar para el mediodía, Pilar debía preparar las masas para que el pan y los bollos dulces estuvieran listos a la mañana siguiente y a Sonsoles le esperaban pilas de sábanas y manteles para fregar.

El padre de las muchachas, después de haber transitado los más diversos oficios en esas tierras, había recibido la oferta de administrar ese pequeño hotel de pasajeros en la calle Moreno, muy cerca de la Avenida de Mayo, que era el lugar en torno al cual se habían congregado los españoles residentes en Buenos Aires. Gracias a ello se habían podido trasladar a vivir en la Capital y toda la familia trabajaba en el hotel.

Pilar iba a introducir la mano en la bolsa cuando un pensamiento congeló el movimiento.

—¿Qué *che* pasa*, muller*? —dijo Sonsoles al notar la actitud de Pilar —. Sigue, que todavía faltan *mariñas* por pelar.

—No se llaman *mariñas*. ¿Cuándo vas a dejar de hablar en gallego? Tienes que aporteñarte porque no hay quien te entienda —la amonestó Maruja, aunque sabía que sería inútil. De las tres, Sonsoles era la que más se resistía a abandonar su lengua madre y hablaba una mezcla de español y gallego difícil de seguir.

—En mi aldea de Orense son *mariñas* y así las *chamo* yo. Ustedes les *chaman* patatas y tampoco se dice así aquí. Y yo igual las entiendo —insistió tercamente Sonsoles—. *Non* me *contestaches,* Pilar. ¿Qué tienes?

Pilar salió de su momento de mutismo para contestar.

—Estaba pensando que hoy se cumplen trece años de nuestra llegada.

—Es verdad —dijo Maruja—. ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer que vi la ciudad por primera vez. ¿Recuerdas, Pilar?

—Claro que recuerdo, esa imagen no se me borrará nunca —contestó.

Las tres hicieron silencio salvo por el canturreo de Sonsoles que nunca cesaba, y se concentraron en su tarea, y en sus pensamientos.

Pilar observaba a su hermana, solo tenía veintiséis años y parecía una mujer mayor.

¡Desde que habían llegado a Buenos Aires la vida de Maruja había cambiado tanto! Al principio fueron a vivir a la casa de los primos de su padre que le habían facilitado una pieza en su casa de Avellaneda. Pero lo que podría ser un gesto de generosidad tenía una contracara, porque, para pagar la habitación, las niñas debían encargarse de las tareas domésticas de la familia y del almacén de sus tíos. Maruja en esto llevó la peor parte, por ser la mayor, le encomendaban las tareas más pesadas.

El padre de las niñas había conseguido trabajo en la fábrica Alpargatas y su madre hacía labores de costura. Gracias a eso, al cabo de un tiempo habían podido alquilar una vivienda pequeña pero propia. No obstante Maruja había seguido trabajando para sus tíos por unas pocas monedas, pues a la hora del pago invariablemente sacaban a relucir cuánto habían ayudado a la familia, apelando a la culpa y el agradecimiento para justificar la pequeñez del salario.

En la fábrica su padre conoció a Félix, un muchacho locuaz y enérgico al que no tardó en invitar a la casa con la intención de hacerlo su yerno. Con una de sus hijas casadas, la carga sería menor. Y lo consiguió. Había casado a Maruja con Félix cuando ésta era un poco más que una niña. Enseguida había tenido a los mellizos que ya tenían diez años y su hermana se parecía más a su madre que a la muchacha que todavía debería ser.

Para beneficio de Pilar, el matrimonio de Maruja no cumplió sus propósitos porque Félix no duraba mucho en ningún trabajo. Era irascible y siempre se veía envuelto en discusiones, generalmente sobre política. Esto le había costado más de un empleo por lo cual, especialmente a partir del nacimiento de los mellizos, los problemas económicos se habían multiplicado. Eso permitió que sus padres no insistieran en casarla y como su aporte a la casa era estimado, no la apuraban con el tema.

La distrajo la voz de Sonsoles que si bien nunca había dejado de canturrear, ahora lo hacía en voz más alta.

E pousa, pousa, pousa,

e non me toques naquela cousa
e pousa, pousa axiña,
e non me toques naquela cousiña[8]

Pilar soltó una carcajada al entender la cantiga.

—¿Pero qué estás cantado, Sonsi? ¡No seas desvergonzada! —increpó Maruja.

—¿*Pois que ten* de malo? ¡*É* divertida! —contestó Sonsoles y prosiguió con su canto con entusiasmo para molestar a su amiga.

Murmuraban as miñas veciñas
que eu andaba co crego nas viñas
eso é verdá, eu non o nego,
que eu andiven a loitas co crego.[9]

—¡Pero ten un poco de vergüenza, mujer! No ves que está Pilar, ella todavía es soltera, no tiene por qué estar escuchando tus cochinadas.

—¡*Non* por *moito tempo*! Ya vi cómo la anda mirando el de la habitación doce —respondió Sonsoles.

—¿De quién hablas? —inquirió Pilar curiosa.

—¿No hablarás del señorito Alfonso? —intervino Maruja.

—*Non*, qué va a ser ese. Anda *berrando* a quien lo quiera oír que dejó novia en Madrid y que *estache* por casar. *É* una pena porque es un buen partido, se le nota la finura de señorito. El que la mira es el *outro*, el tal Jaime.

—¿Tú crees? Pero si siempre se lo ve de mal humor, no tiene el don de gentes del señorito. ¿Cómo te diste cuenta? ¡Es tan serio! —respondió Maruja.

—Será serio pero no ciego, ese mira a la Pilarica con ganas, te lo digo yo... en cualquier momento va a querer tocarle *naquela cousiña*.

—¡Sonsi! —espetó Maruja espantada.

—¿Pero qué pasa? *A nena* es joven pero *non é* estúpida. Yo aviso. Ese *arrimaselle* seguro…

Dicho esto las dos mayores se quedaron mirando a Pilar. Esta, que se había ruborizado se vio obligada a aclarar.

—No es eso, Sonsi, a veces hablamos. Me pregunta algunas recetas. Lo que pasa es que él trabajaba en una confitería muy importante en Madrid y quiere abrir su propio negocio aquí.

—¡Ja, ja, *receitas*! —rió Sonsoles.

Las tres retomaron la labor. Maruja observaba a su amiga y no podía dejar de admirar su valentía. La historia de Sonsoles era tan trágica que ella creía que la única forma en que su amiga podía afrontarla era con humor.

Sonsoles se había casado también muy joven. De inmediato llegaron

los hijos. Tres varones nacieron con el intervalo mínimo entre uno y otro. Al escasear el trabajo en el campo, el marido se había embarcado rumbo a Buenos Aires. Rápidamente consiguió trabajo en el puerto y mandaba dinero a su mujer que había quedado en España a cargo del trabajo y de los niños. Cuando reunieron el dinero suficiente, ella y sus hijos también embarcaron hacia Argentina. Pero cuando llegaron se encontraron con la noticia de que su marido había muerto en un accidente en el puerto. Sin recursos para volver se quedó en el país con sus hijos y después de un corto tiempo y muchos sinsabores, había solicitado trabajo en el hotel y lo había obtenido. La paga no era mucha pero incluía una habitación en la que dormía con sus tres hijos. Había simpatizado con las hermanas en forma inmediata y estas la querían mucho. Sonsoles era optimista y siempre tenía una broma a flor de labios o una cantiga picante.

La atención de Maruja volvió a centrarse en Pilar.

—¿Así que un negocio propio? —preguntó.

—Sí, está en tratativas por el local de aquí a la vuelta, el de la calle Salta. Trajo algunos ahorros de España y también ha pedido bastante prestado, con eso pondrá una panadería y confitería —contestó Pilar.

—Sí que sabes bastante *do* mozo —intervino Sonsoles—. Y por eso necesita *as tuas receitas*, claro. —Y retomó su tarea con una sonrisa mientras seguía canturreando: *E pousa, pousa, pousa.*

Mientras el doble sentido de su comentario flotaba en el aire, Sonsoles pensaba en Pilar. La muchacha era bonita, tenía unos hermosos ojos castaños, pero tenía la actitud de quien no está acostumbrada a recibir atenciones. ¡Sus padres eran tan fríos! Su padre se había tomado muy en serio lo de ser el hombre de la casa, era autoritario y si bien no era una mala persona, prácticamente no tenía en cuenta a las mujeres. ¡Y la madre! Cuando ella la conoció era una mujer sumisa, pendiente y dependiente de su marido, pero a partir de la noticia de la muerte de su madre en España, se volvió una sombra. Sonsoles no entendía cómo ese dolor no había servido para profundizar el amor con sus hijas, con sus afectos más cercanos. Al contrario, se distanció de ellas cada vez más. Y allí estaba Pilar, sin que nadie reparara mucho en ella. Y la joven era muy inteligente, se daba cuenta de las cosas con rapidez y, a pesar de haber ido poco a la escuela, no había como ella para sacar cuentas y organizar pendientes. Tanto era así que su padre le había ido delegando tareas de administración del hotel. Pero si bien le delegaba el trabajo, nunca le dirigió un elogio, un reconocimiento, el gesto que la muchacha tanto necesitaba para valorarse a sí misma.

—¿Y entonces, te ha ofrecido trabajo en la panadería? —retomó Maruja la conversación.

—No me ha dicho nada de eso, pero dice que le gustan mis panes y

mis postres, que he sabido incorporar los gustos de los argentinos y por eso me pide consejo. No sé, tal vez… —contestó Pilar. La interrumpió la risa de Sonsoles.

—¡*Lle gustan teus pans! ¡Ay que carallo! ¡Teus pans*! —dijo la muchacha entre carcajadas—. ¡A ese le gustas tú, niña! Vete haciendo a la idea y… *pousa, pousa, pousa.*

Pilar se ruborizó intensamente y enseguida las tres comenzaron a reír y acompañaron a Sonsoles en la cantiga que se les había pegado.

***

¡Por fin habían terminado! Fueron meses de mucho trabajo. Desde que compraron el local de la calle Salta, se habían dedicado a reformarlo y a equiparlo.

Los hombres se dieron un abrazo y se dirigieron juntos al mostrador.

—¡Esto merece un brindis, hombre! —dijo Alfonso palmeando el hombro de su amigo.

—Ya me ocupé de eso, le dije a las muchachas del hotel que nos acercaran algo de comer y de tomar. Aquí está llegando —contestó Jaime mientras iba a abrir la puerta a Pilar que venía cargada—. Pasa, pasa, llegas en el momento justo, recién terminamos la faena.

Pilar se acercó al mostrador y desplegó unos vasos, un vino, un crujiente pan gallego, una tortilla, ajíes fritos y algunas torrijas. Completó el improvisado pícnic con unos platillos, cubiertos y servilletas.

—¡Pero cómo te has venido con todo esto, no era necesario tanto, mujer! —la amonestó Jaime aunque en buen tono.

—Ya sabes cómo es Maruja, todo le parece poco y no cesaba de agregar cosas a la canasta, he tenido que obligarla a parar diciéndole que no podría cargar todo.

—Y estabas en lo cierto, esto es muy pesado para ti. De haberlo sabido habría ido yo a buscarlo.

Alfonso observaba el intercambio extrañado.

—Buenas tardes, Pilar —intervino—, gracias por ocuparte. Todo se ve riquísimo, digno final para tanto trabajo.

—No es nada, Alfonso, que lo disfruten. Más tarde paso a recoger las cosas.

—Ni hablar, ven que te muestro cómo quedó todo y luego vas a brindar con nosotros.

Jaime tomó a Pilar del brazo y la condujo a la cocina.

Alfonso estaba cada vez más extrañado.

El local de atención al público era amplio, tenía un gran mostrador y varios estantes para exponer la mercadería. Pero lo que a Jaime lo enorgullecía era la cocina y eso quería mostrarle a Pilar.

—Pasa, míralo todo y dime qué te parece —le dijo y quedó pendiente de la expresión de la joven.

Pilar miraba todo con asombro, el lugar era amplio, todo estaba perfecto, señal de que aún no había comenzado a fabricarse nada allí. Se acercó lentamente hacia el centro del espacio protagonizado por una gran mesa de trabajo, pasó su mano por la impecable madera imaginando las masas que allí se trabajarían. Desde allí dirigió la mirada hacia el fondo, sobre cuya pared destacaba un hermoso y moderno horno.

—¿Te gusta? —le preguntó Jaime.

—¡Claro, es muy grande y se ve tan moderno!

—Lo es, me costó mucho conseguirlo, es de segunda mano pero está en buenas condiciones, es que yo quería uno igual al de Viena Capellanes.

—¿Y eso qué es?

—¡Cómo qué es! Es la confitería más famosa de Madrid, allí me formé. Ojalá algún día mi confitería se parezca a esa. ¿En verdad no la conoces?

—No conozco nada de Madrid. De mi tierra solo conozco mi aldea, de la cual ya recuerdo poco, y de allí vinimos directo a Buenos Aires. Pero qué nombre extraño para una panadería.

—No tanto. Fue la primera en fabricar el pan de Viena y estaba en la calle de los capellanes, así que de ahí el nombre. Sabes, el dueño de Viena Capellanes también es gallego, empezó como chico de los mandados y de a poco trajo a su familia y compró el lugar. Es un trabajador incansable. Como casi todos los gallegos que conozco.

—Como dice mi amiga Sonsoles, los gallegos trabajamos para comer y comemos para poder trabajar.

—Algo más habrá, no todo es trabajo en la vida.

—No mucho —acotó Pilar mientras seguía su recorrido por el lugar —. ¿Y qué es aquello? —dijo señalando un artefacto desconocido.

—Es una amasadora —respondió Jaime con orgullo.

Pilar se acercó, asombrada.

—¿Y cómo funciona?

—Se coloca en el tambor la harina, el agua, la levadura y la sal, se enciende y esas paletas se encargan de unificar los ingredientes para formar la masa, a partir de allí se termina la división, el formado y el barnizado en la mesa.

—¡Qué maravilla!, con esto gran parte del trabajo se aliviana. —Pilar no podía evitar comparar lo que Jaime le explicaba con la forma

artesanal con la que ella había aprendido a hacer el pan.

—Es verdad, pero el ojo y la mano del panadero hacen la diferencia. Cuando llegaron las primeras de estas máquinas a la panadería, allá en Madrid, los obreros le prendieron fuego pensando que se quedaban sin trabajo. Pero por supuesto no fue así, como tú dices solo hace una parte más fácil pero las manos siguen siendo indispensables.

Pilar observaba todo pensando cuan distinto sería a su trabajo en el hotel. Ella tenía que amasar sola todo lo que se consumía en el comedor, sin máquinas que la ayudaran.

—¿Y cuándo comienzas?

—La semana próxima. Estos días los voy a utilizar para mudarme y para encontrar ayudantes. ¿Te interesaría trabajar aquí?

—¿Yo, aquí? —contestó Pilar asombrada—. Pero yo no sé utilizar máquinas, y además el hotel...

—Si trabajas aquí, podemos proveer al hotel a un precio conveniente. A usar las máquinas se aprende, y por el momento las manejaré yo. No puedo contratar mucha gente, tengo muchas cosas por pagar, he tenido que pedir dinero prestado para terminar todo, los primeros tiempos serán duros, no te voy a mentir pero voy a salir adelante. Espero no haberte asustado. ¿Qué dices? ¿Te gustaría trabajar aquí?

—Déjame pensarlo, tengo que hablarlo con mi padre para ver qué le parece. Te agradezco el ofrecimiento —contestó Pilar, cohibida—. Te contesto en cuanto pueda.

—Muy bien entonces. Ahora vayamos por ese brindis para el que nos está esperando Alfonso.

Ambos se dirigieron al mostrador donde ya se hallaba servido el vino. Cada uno tomó su vaso y Jaime propuso el brindis.

—¡Por la panadería y pastelería *“Sol de España*”!

Y alzando sus vasos los tres gritaron:

—¡Salud y pesetas!

Al poco rato, y con el pequeño festín concluido, Pilar recogió las cosas y se retiró del lugar. Jaime la acompañó hasta la puerta y la despidió con galantería, agradeciéndole las molestias tomadas.

Alfonso los miraba apoyado en el mostrador.

Jaime cerró la puerta tras de Pilar y se volvió hacia su amigo. Este lo miraba fijo, sin emitir sonido.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—¿Qué fue eso?

—¿Qué fue qué?

—Eso, como trataste a Pilar, nunca te había visto tan atento.

—Qué tiene de malo, es una buena chica.

—¡Exacto! Es una buena chica, no se te olvide.

—¿Qué quieres decir?, no se me olvida, eso es lo que me gusta de ella.

—Así que entonces te gusta. Ten cuidado, Jaime, no te metas en algo que pueda lastimarla.

—Por qué habría de lastimarla, ahora que tengo el negocio armado, va siendo hora de pensar en formar una familia.

—¿Y piensas en Pilar para ello?

—Sí, ¿por qué no? Es guapa, trabajadora, ¿qué tiene de malo?

—¿Cómo qué tiene de malo? Te escucho y parece que estuvieras eligiendo mercadería para tu negocio. ¿Dime, tú la amas?

—¿Amarla? Si te refieres al tipo de amor que ya he vivido y que solo me ha traído desgracia, no. No la amo. Pero le tengo cariño y creo que sería una muy buena esposa.

Alfonso lo miraba atónito.

—Ves, a eso me refiero con lastimarla. Tú no la amas y primero uno se enamora y luego piensa en el matrimonio. ¡Estás haciendo todo al revés!

—¡Tú y el amor! Desde que conociste a Julia estás hecho un gilipollas, pero no todo el mundo tiene la misma suerte. Yo no olvido lo que el amor me ha hecho sufrir y, si me preguntas, no quiero volver a enamorarme nunca más, gracias.

Pilar aceptó la oferta de Jaime y comenzó a trabajar en la panadería y confitería “Sol de España”. Se habituó rápidamente al ritmo que exigía un comercio mucho más ambicioso que la producción de la cual era responsable en el hotel. Pronto aprendió tanto el manejo de la fábrica como el del comercio convirtiéndose en una colaboradora inestimable para Jaime.

Y tal como su amiga Sonsoles le venía anticipando. Un día Jaime solicitó hablar con su padre y, delante de él, le propuso matrimonio.

El muchacho le ofrecía formar una familia, y como base un comercio que, si bien llevaría mucho trabajo, prometía una estabilidad económica con la cual sostener el hogar.

Su padre no necesitó más para dar su consentimiento a la propuesta de Jaime. Quedaba así formalizado un noviazgo sobre el cual Pilar no había tenido posibilidad de expresarse.

Cuando, entre sus íntimos había intentado esbozar alguna duda, todos coincidían en que era muy afortunada. Jaime era un muchacho bueno y trabajador, candidato ideal para formar una familia, había tenido mucha suerte.

Y en realidad, Jaime era un buen hombre, ambicioso, inquieto, no le haría faltar nada. Tal vez demasiado serio, pero agradable.

Poco a poco la muchacha se convenció de que las circunstancias eran más que venturosas y que no había motivos para cuestionar la

decisión de su padre de propiciar el matrimonio.

Tres meses más tarde se casaban con una sencilla ceremonia en la capilla de la Basílica de Nuestra Señora de Montserrat a la que siguió una igualmente sencilla reunión en *"Sol de España"* a la que asistieron los pocos amigos y familiares que tenían en el país.

Pilar y Jaime comenzaron su vida juntos con muchas deudas y algunas ilusiones.

7. Fragmento de una canción popular gallega.

8. Y posa, posa, posa, / y no me toques en aquella cosa / y posa, posa enseguida, / y no me toques en aquella cosita.

9. Murmuraban mis vecinas / que yo andaba con el cura en las viñas / eso es verdad, yo no lo niego, / que yo andaba en luchas con el cura.

Capítulo VII

La prenda que más le gusta
a la mujer española
por ser la que más favorece
es la mantilla de blonda[10]

Buenos Aires, 1931

El órgano comenzó a sonar, majestuoso, brindando la esperada señal.

La gente se puso de pie, mirando hacia la puerta que comenzó a abrirse lentamente.

Alfonso, del brazo de su madre, de pie ante el blanquísimo altar de mármol de Carrara, no quitaba los ojos de esa fastuosa puerta doble de vitraux que no terminaba de abrirse. Contuvo la respiración hasta que, a través de la abertura pudo vislumbrar lo que esperaba con ansias. Así, muy lentamente apareció en su totalidad y, de inmediato sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡Allí estaba su Julia!

Más hermosa aún de lo que la recordaba, más mujer, con esa belleza elegante que después de más de dos años de distancia le cortaba la respiración.

Mientras Julia comenzaba a avanzar del brazo del padre de Alfonso por el largo pasillo de la Iglesia Nuestra Señora de la Piedad, el muchacho absorbía con voracidad esa imagen. Quería guardar en el recuerdo todos los detalles de su mujer viniendo por fin a su encuentro.

Mariquita terminó de acomodar el vestido de su hermana y cuando comenzó a tocar el órgano se escabulló por la puerta lateral, ingresó a la iglesia y se dirigió a las primeras filas. Desde allí observaba la entrada y el largo pasillo y era testigo de las miradas de admiración que la gente brindaba al paso de la novia.

¡Julia estaba bellísima!

El vestido, confeccionado por su madre, era de satén de seda de corte muy sencillo que caía hasta sus pies. Los zapatos blancos, forrados de la misma tela, solo se vislumbraban cuando Julia daba sus pasos pausados, lentos, como toda novia que se deja apreciar.

Por todo adorno llevaba una espectacular mantilla de encaje de blonda que, enmarcándole el rostro caía por sus hombros en todo su largo hasta transformarse en la cola misma del vestido. Estaba sujeta en forma muy sutil al peinado, dando la impresión de que un halo de diminutas rosas blancas flotaba sobre la novia.

A medida que Julia avanzaba por el largo pasillo flanqueado por

imponentes columnas que sostenían la cúpula, la gente que tenía oportunidad de ver la prenda en detalle, en especial las mujeres, emitían exclamaciones y cuchicheaban con sus vecinas acerca de la delicadeza del encaje.

Durante el trayecto por la alfombra central, Julia no apartaba la mirada de Alfonso que la esperaba en el altar.

¡Qué amor maravilloso! ¡Qué feliz se sentía Mariquita por ellos!

Había pasado tanto tiempo y tantas cosas para que esto por fin estuviera sucediendo.

Los primeros tiempos, posteriores a la partida de Alfonso, se había puesto fecha a su propio matrimonio. Se agilizaron los preparativos que, si bien se venían efectuando, se precipitaban ante la fecha cierta de su boda.

En tanto, los novios seguían su relación en la distancia. Numerosas cartas, fotos, promesas y suspiros cruzaban el océano en ambas direcciones sin cesar, sin desfallecer.

La pasión manifestada entre Alfonso y Julia fue como un espejo frente al rostro de Mariquita. Cuanto más contenta se sentía por su hermana, más realista se volvía con respecto a su propio noviazgo. Había dilatado la boda debido a sus dudas con respecto a la vida de casada y a ello se sumó el reconocimiento de la falta de pasión en su relación. Su prometido y ella no vivían nada parecido a lo que experimentaba su hermana y que había puesto patas arriba su mundo. Las dudas fueron apoderándose de Mariquita y finalmente, ante el disgusto de toda la familia, rompió su compromiso y anunció su intención de ir a vivir a la Argentina cuando Julia partiera.

Pasados la angustia por el escándalo que supuso su decisión, todos se abocaron a la boda de Julia y hasta aceptaron con alivio la partida de Mariquita. En los pueblos las reputaciones se arruinaban con mucha facilidad y la muchacha ya no sería bien mirada; en cambio, en una nueva tierra y con sus habilidades podría comenzar una vida libre de miradas reprobatorias.

Los padres de Alfonso viajaron a Talavera para ultimar los detalles de la boda y al fin pusieron fecha. Todos estaban felices y brindaban por los novios como si ambos estuvieran presentes y no separados por miles de kilómetros. En un momento de la noche Mariquita fue a su cuarto y volvió con un paquete en sus brazos.

—Este es mi regalo de compromiso, Julia —y se lo entregó con emoción.

Julia tomó el paquete de manos de su hermana con reticencia, tenía una idea de que se trataba. Comenzó a descubrirlo con delicadeza. Cuando estuvo segura del contenido se lo volvió a tender a Mariquita.

—No puedo aceptarlo. Esto es tuyo, has pasado la vida bordándolo. Era para tu boda. No puedo hermana, no puedo…

—Claro que puedes. Me haría muy feliz que tú lo uses —insistió la muchacha—. ¿O es que acaso no te gusta? Si es así…

—¡Cómo no va a gustarme! Si es una joya, es el encaje más hermoso que he visto nunca, pero…

—Entonces acéptalo, Julia. Si aceptas llevar la mantilla en tu boda me harás muy feliz, no puedo pensar en un destino mejor para ella. Mamá te hará un vestido adecuado y estarás bellísima. Por favor, acéptala —imploró la joven.

Julia miraba la prenda con lágrimas en los ojos. Comenzó a desplegarla para que pudieran apreciarla las personas reunidas. La tía Mercedes dio un respingo.

—¡Es preciosa, Julia! ¡Una maravilla, serás la novia más hermosa de Buenos Aires! —y dirigiéndose a Mariquita—. ¡Te felicito, muchacha, por tu trabajo y por tu generosidad!

El tiempo pasó muy rápido después de ese día. Había mucho de que ocuparse. Se realizó el casamiento por poder en Madrid al que asistieron los padres de las muchachas. Estos no iban a poder viajar por razones de trabajo y también de economía. No disponían de dinero suficiente para el traslado de toda la familia, así que participaron de la fría ceremonia con una emoción que encerraba mucho más que la firma de papeles. Los tíos ya se habían embarcado hacia Argentina para ultimar los detalles de la ceremonia religiosa que se realizaría en Buenos Aires.

Concretado el casamiento por poder, se embarcaron las muchachas. Habían llegado dos días atrás, pero siguiendo la tradición, los novios no se habían visto hasta ese momento en el que por fin se estaban encontrando en el altar.

Mariquita salió de su ensimismamiento al escuchar cuchichear a dos señoras del banco de atrás:

—¡Ha visto qué pompa! Han preparado esta boda por todo lo alto. La puerta principal de La Piedad no se abre para cualquiera.

—Sí, se nota que aquí hay dinero mire, esas arañas no se encienden solas verdad, y las flores, hay cientos de ellas. Se nota que la familia Aranda ha puesto sus buenos cuartos…

Mariquita se alejó de las cotillas, pero entendía los comentarios. Su tía Mercedes no había escatimado recursos para la boda de su único hijo, pero la realidad era que Alfonso trabajaba muy duro. Le costó mucho esfuerzo organizar las tiendas *“Galerías del Rey”* y ella sabía que el joven matrimonio tenía por delante muchos años de trabajo si querían consolidar una buena posición económica. El apellido, que tantas puertas abría en España, no resultaba tan importante en el nuevo mundo. Habría querido poder contestarle a esas cotillas que no es oro todo lo que reluce.

Por fin Julia llegó al altar junto a Alfonso. Las palabras del sacerdote se perdían en la cabeza de Mariquita, solo estaba pendiente del semblante de felicidad de los novios.

Se hicieron el juramento de fidelidad, recibieron la bendición y finalmente se besaron por primera vez como marido y mujer.

Mariquita acudió a ayudar a su hermana con la cola del vestido para que pudiera desandar el camino hasta el atrio del brazo de su esposo.

Maruja había hallado una silla en un rincón alejado del lugar en el que se desarrollaba la fiesta. El hall principal de las "*Galerías del Rey*" que en ese momento estaba lleno de los invitados a la reunión la intimidaba.

Había venido ante la insistencia de Pilar que estaba obligada a asistir porque el señorito Alfonso era el mejor amigo de su marido, pero su hermana estaba conociendo gente del brazo de Jaime y hasta el momento era poca la atención que había podido brindarle.

Félix, su marido, no había querido acompañarla y tenía que reconocer que tal vez tuviera razón. Ellos no tenían nada que ver con esa gente. Maruja se había puesto su mejor vestido pero ante el vestuario de la mayoría de los invitados, no podía evitar sentirse fuera de lugar. Tampoco había traído a los mellizos, esos niños eran dos diablillos que su madre no podía controlar y que se parecían mucho a su padre, siempre se buscaban problemas.

Desde que en España se había instaurado la Segunda República, Félix estaba más exaltado que nunca. Más de una vez había protagonizado escándalos en algún café de la Avenida de Mayo peleándose con los defensores monárquicos. Últimamente discutía mucho y trabajaba poco y eran frecuentes las discusiones en el matrimonio. Maruja las llevaba con cansada resignación, su marido olvidaba a menudo que había dos hijos que mantener y muchas veces el único ingreso en la familia era el de su trabajo en el hotel.

Pensando en ellos, le volvió a la mente la conversación que había tenido con su marido esa misma tarde.

—Maruja, me voy a España, tenemos que conseguir el dinero para el pasaje, hay un barco que parte la semana próxima.

—¿Cómo que te vas? ¿Tú solo? ¿Y los niños y yo?

—Ustedes se quedan aquí, yo encontraré empleo allá y les mandaré pasta para que vengan después.

—¿Pero cómo estás tan seguro de que resultará bien? ¿Es que acaso te han ofrecido algo? Acá no estamos mal, no hagas una locura, Félix, piensa en los niños.

—¡En ellos pienso! ¿Acaso tú no quieres volver alguna vez, no extrañas tu tierra? En España asumieron los republicanos y asegurarán trabajo para todos, ya verás. Las cosas han cambiado mucho allá, y yo

voy a estar allí para ver mi país libre de la monarquía por fin.

Maruja había empezado a llorar.

—Félix, es una locura, no nos puedes dejar aquí...

—Ya basta, mujer, siempre la misma pesimista. Te digo que me voy y no se hable más. Pídele a tu padre un adelanto en el hotel que necesito el dinero, ya se lo devolverás más adelante.

Y se había marchado dejando a Maruja hecha un mar de lágrimas. ¡Qué duro era el matrimonio! En esos momentos difíciles se le daba por pensar qué habría pasado si se hubieran quedado en su querida Carballo. ¡Siempre recordaba su aldea con tanto cariño! Si se hubiera quedado no la habrían casi obligado al matrimonio. ¿Se habría casado, tal vez con Joaquín, el muchacho que le dio su primer beso? ¿Habría él sido más cariñoso? ¿Más cuidadoso? ¿La habría querido de verdad?

No quería seguir pensando en esas cosas porque cuando lo hacía la atacaba la *morriña* y no era fácil salir de ella. Y estaba en una fiesta. Una fiesta en la que no participaba, tendría que encontrar la forma de escabullirse y volver a su casa.

Se encontraba observando el salón decidiendo cuál era la forma menos notoria para desaparecer cuando, de detrás de una columna salió a su encuentro la señorita, la hermana de la novia. Y parecía dispuesta a hablar con ella. Maruja se cohibió ante la presencia de la hermosa mujer y se quedó muy quieta mirando hacia abajo.

—Buenas noches —dijo la señorita—, mi nombre es Mariquita. ¿Tú eres la hermana de Pilar, verdad?

Maruja asintió levemente con la cabeza.

—Me la presentaron hace un rato y me dijo que había venido con su hermana a la que había perdido de vista. Yo también estoy sola, no conozco a casi nadie y no puedo escaparme como me imagino que estabas por hacer tú, porque no sé cómo llegar al hotel en el que me alojo. ¿Te molesta si nos hacemos compañía un momento?

Maruja se ablandó ante la sencillez de la señorita y tomando coraje se apuró a aclararle:

—Qué va a ser molestia, solo que no sé cómo conversar con toda esta gente tan elegante —y tendiéndole la mano dijo—. Soy Maruja.

Mariquita tomó su mano con una amplia sonrisa.

—Ves, ya tenemos algo en común. Las dos somos españolas, las dos nos llamamos María, pero nadie nos llama María.

—¿Es que acaso hay mujeres españolas que no se llamen María? —preguntó Maruja sonriendo a su vez.

—Yo soy María Dolores, como mi madre —aclaró Mariquita.

—Y yo María Concepción, porque nací el 8 de Diciembre —en mi pueblo se consulta el santoral para los nombres.

—¿Y cómo es que no te dicen Concha?

—No sé, siempre me han dicho Maruja, mi abuela me decía

Maruxiña, y es una suerte porque en cuanto bajamos del barco nos recibieron los parientes muy preocupados por ello. Me decían "*que non che chamen Concha que aquí é mala palabra*" —remedó Maruja acentuando el gallego que en realidad ya casi no usaba.

Ambas muchachas rieron ante el comentario y así siguieron hablando el resto de la velada.

La madrileña de buena familia y la campesina gallega supieron soslayar diferencias y encontrar puntos en común. La soledad, el desarraigo y la morriña no atendían razones de atuendos ni de educación.

10. Fragmento del pasodoble "Encaje de bolillos" de la revista "La Blanca doble". Música de Jacinto Guerrero y texto de Enrique Paradas y Joaquín Jiménez.

Capítulo VIII

...¡quén puidera non deixar![11]

[...¡quién pudiera no dejar!]

Buenos Aires, diciembre de 1936

Maruja descansaba un rato, sentada a la sombra de la parra que cubría la glorieta del jardín de la casa de los Aranda. Había colaborado toda la tarde cocinando y ayudando a servir la comida a los invitados a la reunión.

En esa ocasión celebraban el bautismo de las dos últimas niñas. Esos años habían sido una sucesión de nacimientos que unieron a las familias cada vez más. El primero en llegar había sido su adorado sobrino Juan Manuel. El primogénito de su hermana Pilar y Jaime era su debilidad, especialmente ahora que se encontraba tan sola y asustada. El niño, que ya tenía cuatro años, quería mucho a su tía Maruja y en cuanto la veía corría a hacerle carantoñas, sabiendo que sería recompensado con algo rico. A Juan Manuel le había seguido María Dolores, la primera niña de los Aranda, dos años menor. Desde ese momento el comentario habitual entre las familias era que los niños se casarían cuando fueran mayores. Juan Manuel demostraba algo de celos ante esa niña que le hacía sombra. Hasta ese momento él era el único, el más mimado, el que más atenciones recibía.

En realidad los primeros niños de la familia habían sido sus mellizos pero para cuando Juan Manuel nació estos ya tenían doce años.

¡Sus mellizos!

Últimamente no podía sacárselos de la cabeza, procuraba distraerse para no angustiarse ante su ausencia pero era inútil, hasta el detalle más insignificante se los traía una y otra vez a la memoria.

Hacía tres meses que habían partido y hacía un mes que no sabía nada de ellos. Félix había vuelto a España tal como prometió pero —pese a que también prometió— no consiguió un trabajo estable en la España republicana y fue brincando por el país, mandando noticias de vez en cuando, pero nunca dinero.

Sus hijos esperaban noticias de su padre cada vez más ansiosos, y no veían la hora de verlo de nuevo. Cuando estalló la guerra civil, Félix escribió diciendo que se unía a la lucha contra los militares sublevados. Su carta estaba llena de fervor patriótico y sus hijos lo veían como a un héroe, idealizado y engrandecido por la distancia. Tanto fue así que un mes después ambos se embarcaban rumbo a España, a luchar junto a su padre por esos ideales que les eran ajenos. De nada sirvieron las lágrimas y las súplicas de Maruja, sus niños, ya

jóvenes e impulsivos, habían partido a una misión que su madre no comprendía.

Un movimiento de gente atrajo su atención y la sacó de su ensimismamiento. Todos se reunían alrededor de la mesa donde se hallaban las tortas de bautismo para efectuar el brindis por las niñas.

Pilar, con Jaime a su lado, sostenía en brazos a la pequeña Lucía de seis meses de edad y Alfonso sostenía a María Macarena de diez meses, relevando a Julia de cargar el peso de la niña debido a su avanzado embarazo.

Maruja estaba segura de que Julia tendría otra niña. Tenía la panza bien redonda y eso era signo inequívoco del embarazo de niñas. Así que venía otra María en camino. María Guadalupe era el nombre elegido para el próximo nacimiento.

Concluido el brindis, Maruja se disponía a ayudar a repartir la torta entre los invitados, cuando vio al muchacho del hotel que se dirigía hacia ella con premura. Cuando estuvo a pocos pasos la llamó.

—Señora Maruja, tengo algo para usted. Acaba de llegar al hotel y su padre me mandó para que se lo entregue con urgencia —dijo el muchacho agitado por la corrida.

Maruja se acercó y el chico le entregó lo que traía. La muchacha lo observaba paralizada. Era una carta. A ella nadie le escribía cartas. Solo su marido, muy de vez en cuando, y la letra del sobre no era de Félix. Aquello no podía ser bueno. Al cabo de un momento, tomó el coraje suficiente para moverse y mirando al muchacho le dijo:

—Búscame a Mariquita, dile que la espero en la salita que está al lado de la cocina. Date prisa, es muy importante.

El muchacho salió corriendo a cumplir su cometido y ella se dirigió a la salita que hacía las veces de sala de reuniones informales en las que las mujeres se juntaban a coser o a conversar.

Maruja, demasiado nerviosa para sentarse, se paseaba de un lado a otro retorciéndose las manos, hasta que llegó Mariquita.

—¡Qué sucede, Maruja! ¿Qué necesitas? ¿Te sientes mal?

Por toda respuesta Maruja le extendió la carta. Mariquita la tomó con cautela.

—Léemela —dijo resuelta.

—Ven, vamos a sentarnos —dijo Mariquita visiblemente nerviosa.

—No quiero sentarme, por favor, amiga, léemela de una vez —rogó Maruja angustiada.

Mariquita comenzó a abrir la esquela con gestos torpes causados por la aprehensión. Cuando lo hubo conseguido, un rápido vistazo al texto confirmó sus sospechas y acudió a abrazar a su amiga incitándola a sentarse. No hubiera querido por nada del mundo ser la portadora de semejante noticia. Tuvo que obligarse a leer:

Con profundo pesar me dirijo a usted para comunicarle el fallecimiento de los camaradas Juan Félix Souza y José Félix Souza acontecido durante los cobardes bombardeos a Madrid de los días 18 y 19 de Noviembre del corriente año.

Acompañamos su dolor quienes tuvimos la oportunidad de compartir algunos días con tan valientes y patrióticos jóvenes que…

Mariquita no pudo seguir leyendo, tuvo que asistir a su amiga que había perdido el conocimiento.

Había pasado una semana desde que recibieran la terrible noticia. Maruja no salía del cuarto de hotel que era su hogar desde que su marido se había marchado. La joven no abandonaba su mutismo, se negaba a comer, prácticamente tenían que obligarla a ingerir una sopa de vez en cuando.

Sus padres, grandes ya, y poco comunicativos como siempre fueron, no sabían cómo acercarse a Maruja. El consuelo lo recibía de ese grupo de mujeres que la nueva tierra había amontonado, haciéndolas confluir en el mismo lugar y afianzando los lazos a pesar de las diferentes circunstancias de cada una de ellas.

Pilar, Mariquita, Sonsoles y Julia eran el sostén de Maruja en esos momentos en los cuales la realidad se volvía insostenible. Las muchachas temían por la salud tanto física como mental de Maruja pues no conseguían que volviera a la vida.

Las amigas se turnaban para no dejarla nunca sola. Julia, que no trabajaba, iba por las mañanas hasta que llegaba Pilar después de las labores de la panadería. Por las tardes iba Mariquita al cerrar su taller de costura y Sonsoles se había mudado al cuarto de su amiga para que no pasara sola las noches. Ninguna había conseguido sacarla de ese estado de no-vida en el que se hallaba desde el desmayo posterior a la lectura de la carta. A pesar de la organización de las jóvenes para acompañarla, no eran pocas las veces que coincidían en el cuarto, abrumadas por la ansiedad de ayudar a Maruja.

Este era uno de esos días. La preocupación había llevado a las cuatro muchachas a la vera de la cama de Maruja. Pilar le tomaba la mano y la acariciaba mientras las otras cuchicheaban a sus pies intercambiando opiniones y sugerencias.

De pronto Maruja abrió los ojos y fue mirando a sus amigas una a una. Se incorporó en la cama:

—Mariquita, por favor, toma lápiz y papel. Quiero que escribas una carta por mí —dijo con una voz pastosa por falta de uso.

Las muchachas se miraron con una mezcla de alivio y extrañeza por tan particular pedido.

—¿Maruja, cómo te sientes? —le preguntaba Pilar, que sin soltar su

mano intentaba ayudarla a incorporarse.

—Quédate tranquila *agora*, *xa* escribirás esa carta, *é* importante que comas algo —agregaba Sonsoles.

—Después comeré, se los prometo. Ahora necesito que hagan lo que les pedí, por favor.

Todas se miraron y asintieron levemente.

—Ya vuelvo —dijo Mariquita—, voy a la recepción a buscar lo necesario, no te inquietes, enseguida regreso.

Al cabo volvió Mariquita con papel y bolígrafo.

—¿A quién quieres escribirle? —preguntó.

—A Félix, tengo que escribirle a Félix.

Las muchachas ensayaron diversas protestas acerca de la conveniencia de hacerlo en ese momento, pero ante la sorpresa de todas Maruja con voz alta y firme declaró:

—Tengo que hacerlo, por favor no me contradigan.

Todas callaron y se dispusieron a escuchar lo que Maruja tenía tanta necesidad de decir:

> *Félix*
>
> *Seguramente estarás al tanto del fallecimiento de nuestros hijos, si no es así lamento que te enteres de esta forma.*
>
> *Escribo para decirte que no vuelvas, nada te queda aquí. Ni cosas materiales que hayas sido capaz de conseguir, ni esposa, porque la que dejaste no te espera.*
>
> *Quiero que sepas que pienso que mataste a mis hijos, primero por no estar a su lado mientras crecían, proveyéndoles alimento y educación como era tu deber, y por último arrastrándolos a un peligro innecesario y ridículo que terminó con dos muertes innecesarias y ridículas.*
>
> *Solo te pido un último favor. Deja encargado a alguien que me comunique tu muerte real, solo para dejar todo arreglado, porque para mí ya estás muerto.*
>
> *María Concepción Romero*

Un silencio pesado se produjo en el cuarto cuando Maruja terminó de dictar su carta. Ninguna de las mujeres sabía qué decir a continuación. Mariquita fue la que se animó a romper el silencio:

—¿Maruja, estás segura de esto? Quizás no sea el momento, estás muy dolida, no es necesario… —intentó la joven mientras las demás asentían de diversos modos.

—Por supuesto que es necesario. Debo levantarme de esta cama como una mujer distinta de la que fui hasta ahora, sin hijos, sin marido, sin España —respondió resuelta.

—¿Sin España? —intervino Sonsoles—. Siempre *quixeches* volver a ver tu aldea a la que recuerdas con tanto cariño. Si no haces otra cosa que *falar* de ella, *muller*. ¿Por qué sin España?

—Porque la España que yo recuerdo no existe. En la España que yo recuerdo los vecinos eran parte de la familia, en la aldea se compartía lo poco que había. Un vecino hacía el esfuerzo de prender el horno, y todos aprovechaban para cocer sus panes en él. Todos nos ayudábamos y repartíamos lo poco que teníamos con los que la estaban pasando mal. Porque sabíamos que cuando nos tocaran malas, allí estarían todos apoyando. Los niños eran lo más importante, eran cuidados por todos. Esa es la España que yo recuerdo y que quiero seguir guardando en mi memoria. No esta. En esta los vecinos se denuncian entre sí para salvarse. En esta unos queman iglesias matando curas y monjas y los otros bombardean ciudades llenas de mujeres y niños. Yo no recuerdo esta España, esta no es la tierra que yo dejé y que guardo dentro. ¡La España que yo amo también está muerta!

Otra vez el silencio denso y húmedo porque a los ojos de todas asomaban lágrimas ante el arrebato de Maruja. Esas palabras como puñales las afectaban a todas en alguna medida.

Poco a poco fueron saliendo de ese estado de inmovilidad y tácitamente se distribuyeron los roles necesarios para ayudar a Maruja en su triple pérdida. La ayudaron a asearse y a vestirse con la ropa oscura que correspondía al duelo. Era muy probable que no se la quitara nunca. Ropa de viuda eterna, a pesar de su juventud.

Un día de mayo de 1937 llegó un telegrama. En él se le comunicaba el fallecimiento de Félix Souza. Había sido fusilado cuando intentaba escapar a Francia a través de los Pirineos. Maruja era legalmente viuda. Los papeles demostraban lo que sus ropas y su alma habían aceptado casi un año atrás.

Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequeños;
adiós, vista d'os meus ollos,
non sei cándo nos veremos.
Miña terra, miña terra,
terra donde m'eu criei,
hortiña que quero tanto,
figueiriñas que prantei.
Prados, ríos, arboredas,
pinares que move o vento,
paxariños piadores,
casiñas d'o meu contento.

Muiño d'os castañares,
noites craras d'o luar,
campaniñas timbradoiras
d'a igrexiña d'o lugar.
Amoriñas d'as silveiras
que eu lle daba ô meu amor,
camiñiños antr'o millo,
¡adiós para sempr'adiós!
¡Adiós, gloria! ¡Adiós, contento!
¡Deixo a casa onde nascín,
deixo a aldea que conoço,
por un mundo que non vin!
Deixo amigos por extraños,
deixo a veiga polo mar;
deixo, en fin, canto ben quero...
¡quén puidera non deixar![12]

11. Fragmento de "Adiós ríos, adiós fuentes", de Rosalía de Castro, en Cantares gallegos.

12. Adiós ríos, adiós fuentes / adiós, riachuelos pequeños / adiós, vista de mis ojos / no sé cuándo nos veremos. / Mi tierra mía, mi tierra, / tierra donde me crié / huerto que yo labraba, / higueras que yo planté. / Prados, ríos, arboledas, / pinares que mueve el viento, / pajarillos piadores, / la casa de mi contento. / Molino del castañar, / noches de luna clara, / campanitas timbradoras / de la iglesia del lugar. / Zarzamoras de las zarzas / que yo le daba a mi amor, / caminos entre el maíz, /¡adiós para siempre adiós! /

¡Adiós, gloria!, ¡adiós, contento! / ¡Dejo la casa en que nací / y la aldea que conozco / por un mundo que no vi! / Dejo amigos por extraños / y la vega por el mar / dejo, en fin, lo que más quiero… / ¡quién pudiera no dejar!

Tercera Parte

ENTRE
LÁGRIMAS Y VERBENAS
1948-1958

Capítulo IX

Esta gitana está loca,
loca que la van a atar;
que lo que sueña de noche
quiere que sea verdad.[13]

Méjico, 1948

Otra función concluida, otra entre tantas funciones exitosas. El teatro lleno, los aplausos larguísimos que obligaban a la artista a varios bises. Las flores seguían llegando y ocupando pasillos y hasta el foyer, porque el camarín de Amparo ya no tenía lugar para más.

Ya se había quitado el vestuario del último número y mientras se colocaba su bata preferida, de terciopelo azul noche bordado, que caía en forma sensual por su cuerpo, se acomodaba en el taburete frente al espejo fuertemente iluminado para comenzar a quitarse el maquillaje.

Poco a poco, con los experimentados movimientos de algodones y cremas, fueron desapareciendo las pestañas postizas, el perfecto delineado de los ojos, el infaltable rouge rojo y algún lunar falso, cercano a la boca que disparaba la imaginación de los hombres que soñaban con acercarse lo suficiente a él.

Lo que no desaparecía era la fuerza de los rasgos y la intensidad de sus ojos negros. A sus treinta y ocho años, Amparo no había perdido un ápice de su belleza.

Cuando se disponía a tomar el cepillo para dedicarse a su cabello, oyó unos golpes a la puerta del camarín.

—¿Quién es? —preguntó con sequedad, su asistente sabía que no le gustaba ser importunada en esos momentos posteriores al espectáculo.

—¡Soy yo, Joseíto, déjame pasar, es importante!

Con una expresión de fastidio, cedió:

—¡Está bien, pasa!

La puerta se abrió y por ella ingresó una cantidad obscena de rosas rojas. Detrás de tan impresionante arreglo avanzaba su portador, un hombre menudo, impecablemente vestido, que con movimientos torpes debido al peso que cargaba intentaba al mismo tiempo entrar, cerrar la puerta junto a la que se agolpaban varios admiradores, y buscar un lugar donde depositar su carga.

—¡No te quedes ahí mirando! Ayúdame a ubicar las flores —increpó Joseíto mientras cerraba la puerta de una patada.

—¿Para qué trajiste eso? ¿Dónde quieres que lo ponga? Ya sabes que aquí no hay más espacio.

—Pues hazle sitio porque este es importante.

—¿Qué tiene de importante? —preguntó con fastidio mientras desocupaba una mesita auxiliar en el cual descansaba otro arreglo que

ya podía descartarse.
—Son rosas rojas. ¡Carísimas habrás notado!
—¡Sí, rosas rojas que indican pasión! —contestó Amparo en tono burlón—. He recibido cientos de ellas de cientos de hombres. ¿Qué tienen de especial?
—Las envía Cesáreo González —dijo el asistente con dramatismo esperando impresionarla.
—¿Quién?
Joseíto, poniendo los ojos en blanco contestó enfático.
—¡Cesáreo González, el empresario español! Me ha pedido que te las entregue personalmente y solicita que lo recibas. Chica, es Cesáreo González, ¿comprendes?
—No, no comprendo, no me des largas. ¿Por qué aceptaste? Sabes que hoy no voy a recibir a nadie. Necesito descansar.
—Es uno de los empresarios más importantes de Madrid, sus películas son las más exitosas. ¡Seguramente va a ofrecerte un contrato, una gira por España!
Amparo giró en su taburete hasta quedar frente a Joseíto.
—¿Y quién te dijo a ti que me interesa lo que pueda ofrecerme?
Él la miró seriamente, intentando encontrar en su cara un rastro de burla. Al no hallarlo, lanzó.
—¡España! ¿Me has oído bien? ¡España! Podrías volver a tu país como una estrella.
—¡Yo ya soy una estrella! ¡Y no quiero volver!
Dicho lo cual, Amparo giró de nuevo hacia el espejo y volvió a tomar el cepillo para el cabello.
—¿Estás de broma? ¿Por qué no quieres volver? —dijo mientras acercaba una silla y tomaba asiento a su espalda.
Amparo, que lo miraba por el espejo, contestó:
—En España está Franco.
—¿Y con eso? El Generalísimo es un amante de la copla y eso beneficiaría tu carrera.
—Sí, pero ¿a qué precio? Franco utiliza a los artistas para mejorar su imagen en el mundo favoreciendo su causa. Él y su séquito deciden qué se canta y cómo se canta. Si hasta han hecho cambiar las letras de algunas canciones porque ofenden a la sociedad pacata de *la nueva España*, eso ya lo sabes.
—Sí lo sé, pero es una tontería….
—No, no lo es. ¿Te olvidas que soy gitana? A mí, ni él ni toda su parentela me dirán lo que tengo que hacer o dejar de hacer —repuso Amparo con dureza.
—Estás exagerando, el nuevo régimen es duro en algunas cosas pero ha sido necesario. Ahora en España hay orden.
—¡Orden a palos! No me gusta, y no voy a dar a entender con mi

presencia que estoy de acuerdo con ellos.

—¿Qué, eres republicana acaso? No te conocía esas tintas…

—Tampoco. Los republicanos también han hecho lo suyo. Por suerte ya estaba instalada aquí en Méjico cuando estalló la guerra civil, sino habría corrido la misma suerte que “La Celia”.

Ahora fue el turno de Joseíto de mostrarse desorientado:

—¿Qué Celia?

—Gámez, de Celia Gámez te hablo. ¿Acaso hay otra? A la pobre le han requisado todas sus joyas para la causa. No, los republicanos tampoco son plato de mi gusto, sus acciones no los hacen mejores que aquellos a los que dicen combatir.

—¿Y entonces, de qué lado te pones?

—Del lado de Amparo Calé. Soy gitana, las leyes de los *payos* no son mis leyes, yo soy libre. No me interesa nada que me exija hacer algo que no deseo hacer, en nombre de no sé qué ideales. Qué otros peleen por ellos. ¡Yo sigo cantando lo que quiero y con mis joyas bien puestas!

—En cambio a mí sí me simpatizan los falangistas.

—Entonces vuelve, pero ten cuidado. Cuando vean los moditos que te gastas, te molerán a golpes como a Miguel de Molina.

—Te repito que exageras….

—Es posible pero no pienso arriesgarme. Allí la única forma en que la sociedad te autorice a follar es si antes pasas con el candidato ante un altar para que te arrojen agua bendita. Y está claro que ni tú ni yo estamos santificados. Yo aún puedo decidir montarme el numerito, pero tú... ni en un millón de años, cariño.

—Tampoco es que aquí se me haga fácil, ¿sabes?

—Puede ser que aquí la vida se te haga complicada, pero allí es probable que te quedes sin vida que complicar. Tú sabrás. Que te quede claro, yo a España por ahora no vuelvo. El mes próximo salimos de gira por toda América. ¿Vas a acompañarme o te vuelves?

Joseíto hizo un mohín ofendido y contestó:

—No sé. Lo pensaré —y poniéndose de pie para salir, preguntó—: ¿Qué le digo entonces al empresario?

—Pues no lo desilusiones todavía. Dile que le agradezco mucho las rosas. Explícale que no lo recibiré hoy porque no me encuentro bien. Que tal vez mañana… Y tal vez mañana se le ocurra insistir con verme, trayendo algo más brillante y útil que un gran ramo de flores.

Cuando Joseíto se retiró, Amparo retomó la tarea que su asistente había interrumpido. Tomó el cepillo y comenzó a pasarlo lenta y sensualmente por su cabello.

Su larga melena negra necesitaba cuidados y ese era un ritual que siempre la tranquilizaba y la ayudaba a pensar.

De pronto algo llamó su atención. Se acercó más al espejo y ajustó las luces.

¡Sí, no había dudas!

Con un brusco movimiento acercó su mano a la cabeza y arrancó con fuerza un cabello. Se lo quedó mirando con atención. No era un cabello. ¡Era una cana! Una cana lo suficientemente larga como para haber estado allí desde hacía un tiempo. Tiempo en el que ella se había negado a verla.

Pero ya no había negación posible, esa insignificante hebra blanca que había salido de su cabeza tenía una presencia tan apabullante que opacaba todos los colores y eliminaba todos los aromas de las flores de la sala.

¡El momento había llegado!

Siempre pensó que se retiraría siendo aún joven y bella. No soportaba la idea de dar lástima por los escenarios a una edad en la cual sus mejores atributos hubieran desaparecido.

Había llegado el momento de planear su retiro.

Esta sería su última gira.

No pudo evitar una sonrisa amarga al recordar la conversación que había tenido hacía solo unos minutos con Joseíto. ¡Había resultado premonitoria!

Cuando volviera, debía dedicarse a asegurar su futuro.

Y lo haría como lo hicieron todas las mujeres desde que el mundo es mundo.

¡Debía buscar marido!

Un marido lo suficientemente mayor para que el sexo no resultara agobiante y lo suficientemente rico para convertir en atractivos la barriga y la calvicie que, seguramente vendrían adjuntos a la edad y al dinero.

Y pasaría por la farsa de la boda, por supuesto. Sus días de amantes alocados habían llegado a su fin.

Se construiría un futuro en el que todo el mundo tuviera que llamarla Señora.

13. Fragmento de “Zorongo gitano” de Federico García Lorca.

Capítulo X

Pisa morena
pisa con garbo
que un relicario
que un relicario me voy hacer
con el trocito de mi capote
que haya pisado
que haya pisado tan lindo pie.[14]

Buenos Aires, 1948

A Mariquita le gustaba ir caminando al Teatro. Disfrutaba el trayecto por la Avenida de Mayo. Venía andando desde su departamento en la calle Salta. Al llegar a la intersección de ambas calles no podía evitar mirar hacia la derecha, allí donde habían estado las *Galerías De los Reyes* y que ahora ya no existían. La ampliación de la Avenida 9 de Julio había hecho desaparecer esa cuadra entre Lima y Bernardo de Irigoyen donde se encontraba la tienda. Al ver la rotonda que ocupaba ese lugar sentía cierta nostalgia por esa cuadra que había transitado durante tantos años y por las tiendas que fueran prácticamente su hogar.

Se había desempeñado en los talleres de costura, como empleada al principio, llegando a ser jefa de taller a costa de esfuerzo y del reconocimiento a la exquisitez de su trabajo.

Hoy contaba con su propio departamento en el que funcionaba una academia de costura.

Se había decidido a fundarla cuando comenzó a recibir encargos cada vez más frecuentes del teatro, volviéndose incompatible con el trabajo del taller que podía ser agobiante en especial en los cambios de temporada.

Es por ello que su vida había dado un vuelco varios años atrás cuando conoció al empresario español Jesús Linares. Ante un contratiempo en el vestuario de uno de sus espectáculos del Teatro Avenida, le habían recomendado a Mariquita como a una de las mejores bordadoras de la ciudad y allí había aparecido en el taller de las *Galerías De los Reyes,* preguntando por ella.

Siempre recordaban ese día, divertidos.

Una de las dependientas bajó apurada a los talleres, seguida de cerca por un hombre elegante que demostraba con su actitud cierto grado de ansiedad. La muchacha se acercó a Mariquita y le dijo por lo bajo:

—Este guapetón está buscando a María Dolores. Parece un personaje importante, fíjate que hasta me ha ofrecido una “atención” si la encontraba pronto. Aquí te lo dejo, atiéndelo pues.

Mariquita lo miró extrañada y ese primer examen le reveló a un hombre que andaría por los cuarenta, bien parecido, elegante y ansioso. No dejaba de moverse en el lugar y mientras jugueteaba con

el sombrero que tenía entre las manos, visiblemente nervioso. Mariquita decidió no hacerlo esperar más.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

El hombre se acercó y con notoria impaciencia expresó:

—Estoy buscando a la señora María Dolores, tengo bastante urgencia.

—¿Y para qué la busca, si puede saberse?

—Mire, señorita, no puedo perder tiempo, si por favor le avisa que necesito hablar con ella prontamente...

Mariquita se dio cuenta de que el hombre no creía que ella fuera la persona que buscaba y eso le divirtió. Se quedó unos segundos mirándolo inmutable hasta que decidió sacarlo de su confusión. Extendiendo la mano dijo:

—María Dolores Olivares Salazar, señor...

El hombre la miró sorprendido y tras unos segundos de vacilación también extendió su mano.

—Linares, Jesús Linares. Discúlpeme pero, a juzgar por lo que me habían dicho de su trabajo y de su experiencia, esperaba encontrarme con una mujer mayor. ¿Es usted la encargada del taller? Preguntó el hombre aún escéptico.

A Mariquita dejó de divertirla la situación y poniéndose seria informó:

—Señor Linares, si usted busca a la señora María Dolores, soy yo. Si busca a la jefa del taller de las galerías, soy yo, y si busca una modista que trabaje bien y con experiencia, también soy yo. ¿Ahora, me haría el favor de decirme qué lo trae por aquí, para que podamos avanzar?

El hombre había quedado descolocado ante la actitud de la mujer, de la joven mujer, que lo enfrentaba con firmeza. Jesús Linares no estaba acostumbrado a que le hablaran de ese modo. Él, como productor de espectáculos era el que planteaba, exigía y esperaba respuestas, y ahora que se veía apurado por la muchacha, la bella muchacha, se sentía incómodo. No obstante se repuso con rapidez e intentó reencausar la conversación.

—Permítame empezar de nuevo. Mi nombre es Jesús Linares y soy productor teatral. Mañana estrenamos un gran espectáculo en el Teatro Avenida pero, debido a un contratiempo, los talleristas no han podido concluir con el vestuario de la cantante principal. Imagínese mi apuro, no puedo decirle a la estrella que su atuendo no está listo. Por eso necesito que usted venga conmigo al teatro, me dijeron que solo usted podría solucionarlo, le enseñaré lo que queda por terminar, le pagaré muy bien.

Mariquita lo miraba muy seria y disfrutaba viendo a ese hombre en un aprieto, parecía la clase de persona acostumbrada a tener todo y a todos bajo control. La muchacha se quedó quieta mientras él giraba

para dirigirse a la puerta, al notar que ella no se había movido, se volvió a mirarla.

—¿Me acompaña, por favor? —preguntó impaciente.

—Señor Linares, no voy a acompañarlo porque este es mi lugar y mi horario de trabajo. Si usted espera que termine mi jornada, me acercaré al Teatro y evaluaré si puedo solucionar su problema, entonces, y solo entonces veremos si acepto el trabajo y lo que usted considera pagarme.

Linares quedó paralizado, si la joven no comenzaba enseguida, el trabajo no se terminaría.

—¿Y cuándo termina su jornada?

—A las 17 horas.

—¡Pero son las 16 horas!

—Así es...

—¡Todavía falta una hora! —dijo desesperado.

—Sí, señor Linares, es lo habitual. Entre las 16 y las 17 hay una hora por transcurrir, durante la cual tengo mucho trabajo así que, si no le molesta voy a continuar con él y, si está de acuerdo iré luego al Teatro.

Ante la firmeza de la muchacha, Linares no tuvo más remedio que capitular.

—Sí, señora María Dolores, como usted diga. La estaré esperando aquí mismo para acompañarla.

—No hace falta, pero si insiste... Otra cosa, señor Linares, nadie me llama María Dolores, y no soy señora, llámeme Mariquita.

—Como usted diga, Mariquita, la esperaré lo que haga falta.

Mariquita solucionó el problema de vestuario con tal rapidez y perfección en los detalles que Linares la fue convocando para más trabajos y poco después era una de las vestuaristas más reconocidas del Teatro Avenida.

Y aquí estaba, yendo al teatro a ultimar detalles para el espectáculo de esa noche al que llevaría a las niñas. Los hijos de Pilar se habían sumado a sus tres sobrinas de sangre, las tres Marías, hijas de Julia: Dolores, Macarena y Guadalupe, y para todos ellos era la tía Mariquita sin distinciones.

Esa noche les había prometido a las dos menores, Guadalupe y Lucía, que las llevaría al teatro con ella para presenciar el espectáculo.

Las cuatro niñas asistían al taller de costura al que también solían venir sus madres. Además Maruja y Sonsoles colaboraban en los momentos en los que se acumulaba el trabajo, especialmente ante el estreno de algún espectáculo, por lo cual el departamento de Mariquita se había convertido en el punto de reunión de mujeres y mujercitas y se vivía allí el clima cálido de la complicidad femenina.

Todas ellas eran una constante compañía en su vida. Al ser la única soltera no cesaba de recibir opiniones acerca de la conveniencia de encontrar un marido y formar su propia familia, pero Mariquita insistía en que con toda la gente que la rodeaba, la soledad era la menor de sus preocupaciones.

A sus cuarenta y un años seguía siendo una mujer hermosa, y siempre tenía algún pretendiente al que debía ocuparse de desalentar, ante la frustración de sus allegados.

Mientras tanto Mariquita, no se arrepentía de haber renunciado a un matrimonio sin amor aunque tenía que reconocer que como mujer sin hombre debía ser muy cuidadosa. En una sociedad tan pendiente de la vida ajena la postura de Mariquita no solo no era comprendida sino que era blanco de ojos avizores a los cuales les encantaría verla dar un paso en falso. Por eso estaba muy atenta al dicho "No solo hay que ser bueno, sino que hay que parecerlo". Su reputación, la de su familia y la de su Escuela de costura dependían de ello.

Lucía y Guadalupe estaban tras bambalinas, recorrían con su mirada toda la escena detrás del telón sin atreverse a dar un paso por miedo a ser engullidas por tanta febril actividad.

Los escenógrafos ya bajaban el telón de fondo que serviría de marco al primer acto del espectáculo en el que se recreaba una calle andaluza.

Los artistas estaban ultimando los detalles de maquillaje y comenzaban a calzarse el vestuario que los convertiría por las próximas dos horas en españoles en España.

La tía Mariquita se movía como loca entre toda esa gente. Al momento de vestirse siempre surgían inconvenientes: un vestido que no cierra, una falda que arrastra más de lo conveniente, un cierre que falla... Mariquita iba, con aguja en mano, solucionando todos los imponderables de último momento.

Los artistas que ya se encontraban listos, pisaban un cuadrado con un polvillo que las niñas no sabían qué era. Más tarde le preguntarían a su tía y esta les explicaría que se trataba de resina, un polvo que al adherirse al calzado evitaba posibles resbalones en el escenario.

Poco a poco la actividad fue disminuyendo, alguien gritó "en cinco minutos abrimos, todos a sus posiciones". Cada artista fue tomando su lugar y el ejército de maquilladores, escenógrafos, vestuaristas y asistentes se fue replegando hacia las entrañas del teatro.

Las niñas, que seguían allí, se animaron a espiar por una esquina del telón al público que ya estaba ubicado y ansioso, ignorante de todo lo que acontecía del otro lado del cortinado rojo.

En ese momento hizo su aparición el director de orquesta en medio de un gran aplauso y tomó posición al frente de sus músicos que ya

hacía un rato que habían ocupado sus lugares.

Ante un movimiento del director, estalló la orquesta y el telón se abrió…

Las niñas permanecieron durante todo la función en esa posición privilegiada detrás de escena, en el medio de dos mundos, el que se mostraba en el proscenio todo brillo y perfección y lo que ocurría tras bambalinas, todo corridas por los cambios de vestuario que en algunos casos se hacía allí mismo, pues no había tiempo para llegar a los camarines. Les sorprendió ver cómo las artistas quedaban en enaguas ante los ojos de todo el que anduviera por allí, sin vergüenzas. Lo importante era seguir el ritmo del espectáculo.

La representación era una sucesión de música, danzas y coplas españolas. El plato fuerte del mismo sería la aparición de una cantante muy famosa que se encontraba de gira en Argentina proveniente de Méjico; todo el mundo moría por escucharla cantar.

El espectáculo comenzó con el ballet interpretando “La boda de Luis Alonso”, las niñas miraban todo maravilladas. Las bailarinas lucían unos vestidos cuyo torso era muy adherido al cuerpo de color negro y unos hermosos bordados de lentejuelas, obra de su tía Mariquita. Por debajo del busto comenzaba a delinearse lo que sería la falda de varias capas de un deslumbrante tono violeta, que marcaba sus caderas y se ensanchaban hacia el largo, de modo que cada vez que las bailarinas movían sus piernas se desplegaban mágicamente capas y capas de tules que serpenteaban por el escenario como cientos de alas.

Los hombres del ballet estaban vestidos en forma más modesta, con pantalones negros de cintura alta, camisa blanca y chaqueta negra, con faja del mismo color que las faldas de las mujeres.

¡Los movimientos eran tan elegantes!

La coreografía era compleja, con tanto movimiento y desplazamientos, que a Lucía se le subía el corazón a la boca cada vez que se cruzaban entre sí por temor a que chocaran, pero la coordinación era tan perfecta que la permanente ilusión de desastre potenciaba el efecto del dominio que los dieciséis bailarines tenían del escenario.

Cuando el número terminó y el teatro estalló en aplausos, Lucía soltó el aire que había estado reteniendo por la emoción.

A ese siguieron varios números de zarzuelas, algunos dramáticos, otros de comedia, todos hermosos.

Hasta que en un momento se cerró el telón, se apagaron todas las luces, en el escenario Lucía percibió un movimiento de alguien que se desplazaba por el mismo desde el lado opuesto en el que ella se encontraba, y se ubicaba en el centro.

Se corrió el telón, las luces iluminaron el escenario, y Lucía quedó paralizada, con la boca abierta por el asombro.

Allí se encontraba la cantante principal con una bata de cola blanca que se extendía varios metros a su alrededor, el vestido ajustado al cuerpo se continuaba en cientos de volados que recorrían toda la cola, dando la impresión de que la cantante se encontraba en una nube.

La ovación fue muy fuerte, tanto por la presencia de la artista tan esperada, como por el efecto de esa aparición casi mágica y cuya ilusión solo puede brindar el teatro.

Cuando los aplausos fueron decreciendo, expectantes, la orquesta comenzó a tocar "El relicario" y los mismos volvieron a intensificarse al reconocer el público ese pasodoble tan bello que iban a disfrutar.

Cuando la cantante comenzó, Lucía sufrió una conmoción. ¡Qué voz! ¡Qué fuerza tenía esa mujer! La gracia con la que cantaba mantenía a los espectadores pendientes de cada una de sus palabras y de sus movimientos. ¡Y manejaba la bata de cola con tanta destreza!

La niña seguía como en trance la letra de la canción. Cuando se acercaba el final, sus ojos se llenaron de lágrimas al imaginar al torero moribundo que con tanto sentimiento describía la cantante.

En ese momento tan emotivo, Lucía volvió a espiar a los espectadores. Varios de ellos tenían lágrimas en los ojos. Le llamó particularmente la atención un hombre mayor, que mantenía sus párpados cerrados mientras las lágrimas manaban por el borde de sus ojos y se deslizaban por sus mejillas. El hombre estaba ajeno a lo que ocurría en el escenario. Estaba viendo algo muy profundo en su interior.

¡Ese hombre no estaba imaginando, estaba recordando!

Entonces Lucía comprendió, la mayoría de esa gente no estaba allí solo por el espectáculo visual, estaba allí para permitir que la música les invadiera el alma, para remover la *morriña* y que esta no se transformase en amargura. Se otorgaban sin saberlo, solo por intuición, el poder sanador que la música puede brindar.

Toda esa gente acudía con la ilusión de estar por lo menos durante dos horas en su España natal, una España que estaba muy profundamente arraigada en su interior y que la música dejaba temporalmente a flor de piel.

Lucía entendió que el teatro no solo tenía la función de entretener, que el arte escénico era una forma maravillosa de llegar al alma humana.

Mientras tanto, Guadalupe no podía dejar de observar el vestuario, la escenografía, la forma en que las luces jugaban con las lentejuelas de los vestidos creando destellos mágicos y cómo las mismas servían para ambientar la escena dando un clima de intimidad cuando las luces eran bajas o acompañando los momentos culminantes de la música con la potencia de la iluminación multicolor.

Demasiado pronto el espectáculo llegaba a su fin. Las niñas estaban absorbiendo tantas cosas que la función les pareció corta.

Todos estaban preparados para el gran final. Cantantes, orquesta y ballet se lucirían juntos interpretando la gran jota “La Dolores”.

Poco a poco todos los artistas fueron incorporándose a la escena, acompañando los cambios de ritmo, lento para las partes cantadas, rápido para las bailadas, hasta el gran final de la jota, que lanzó a todos los espectadores de sus asientos para poder aplaudir de pie ese final feliz a toda orquesta.

Terminados los números previstos, toda la compañía recibió el reconocimiento del público, que no dejaba de aplaudir. De los palcos altos se arrojaban flores al escenario que los artistas agradecían con sonrisas, muy emocionados.

Por fin ingresó al escenario la *cantaora* que, como estrella principal fue la última en saludar. El director de orquesta le acercó un gran ramo de flores y ambos fueron vitoreados y aplaudidos hasta que las manos dolieron.

Los artistas, en un tácito acuerdo, saludaron al unísono, y el telón cayó.

Delante del telón, el público comenzó a abandonar la sala con una sonrisa pintada en el rostro.

Detrás del telón, todos los artistas se saludaban entre sí y también con todo el equipo que había podido dar vida al espectáculo que había salido muy bien, y se despedían con la satisfacción que dan las cosas bien hechas.

Lucía y Guadalupe, con la emoción reflejada en el rostro, se miraron la una a la otra, sabiendo que esa noche constituiría un antes y un después en la vida de ambas.

14. Fragmento de “El relicario”. Pasodoble compuesto por José Padilla en 1914, con letra de Armando Oliveros y José María Castellví.

Capítulo XI

Te sueño rebelde y gitana
cubierta de flores
y beso tu boca de grana
jugosa manzana
que me habla de amores.[15]

Jaime subió a su casa, esperaba esa hora de tranquilidad. Si bien era temprano en la mayoría de los hogares, en casa de los Ríos a las 8:30 la actividad comenzaba a menguar y era el momento en que podía sentarse tranquilo a desayunar.

El trabajo en la panadería exigía levantarse a las 3 de la mañana para preparar los hornos y organizar a los empleados para que todo estuviera listo a las 6 para comenzar el reparto.

Mientras tanto Pilar despertaba a los niños y los enviaba al colegio para luego bajar a atender la panadería.

Entró en la cocina y allí sobre la mesa, su esposa había dejado todo preparado para que Jaime desayunara. Café recién hecho, un par de tortitas negras, las facturas que le gustaban y el infaltable diario La Razón de la mañana. Pilar se ocupaba de todos los detalles del hogar, él le reconocía el esfuerzo que había hecho siempre trabajando en la panadería y atendiendo a la vez la casa y los hijos. Como todo gallego era una trabajadora incansable y aceptaba lo que fuera viniendo, sin cuestionarse demasiado y sin quejarse nunca.

Tomó el periódico, leyó los titulares y pasaba con rapidez la sección de espectáculos para llegar a la de deportes, que era la que más le interesaba, cuando algo lo hizo volver atrás la página.

Una foto, una foto que, como todas las fotos en los diarios se veía lejos y mal. Esa foto le hablaba, lo llamaba de tal manera que le impedía pasar la hoja.

Enseguida buscó la nota cuyo título le aceleró el pulso, *“La gitana estrella de Méjico en Argentina”* y a continuación se dirigió al epígrafe de la foto: *“La gran Amparo Calé en el momento culminante del show de anoche en el Teatro Avenida”*.

Siguió leyendo, incapaz de detenerse:

...el público aplaudió varios minutos de pie a la cantante gitana que cautivó...

...de inquietante belleza, su voz envuelve al espectador en una magia que...

...la cantante de origen español, radicada en Méjico desde hace varios años...

Jaime leía y volvía a la foto una y otra vez.

¿Podría ser?

¿Podría haberse convertido su Amparito en la famosa Amparo Calé?

Habían pasado tantos años, casi veinte. Bien podría serlo. Todavía

sería una mujer joven y su belleza no podía haberse deteriorado, seguramente estaría más hermosa cada día.

¡Y esa foto! Esa maldita foto que no le daba las certezas que necesitaba. Su Amparito no era una mujer estática y gris, su Amparito era una explosión de color y movimiento. No, esa foto no lo sacaría de dudas.

Comenzó a pergeñar formas posibles para quitarse esa espina que se le había clavado no más ver la foto.

Al rato ya había dado con la solución. Como todas las estrellas, estaría alojada en el Hotel Castelar. Tenía un par de amigos allí y les pediría el favor.

Una hora después estaba frente a la habitación que le habían indicado, se sentía inquieto e inseguro como un adolescente.

¿Y si no era ella? O peor aún: ¿Y si lo era?

¿Qué iba a hacer con todas las emociones que creía sepultadas y se despertaron ante la mínima posibilidad de volver a verla?

Se compuso lo mejor que pudo y golpeó la puerta de la habitación.

Al cabo de un rato que le pareció eterno, la puerta se entreabrió y por ella se asomó un hombre que lo miraba con expresión interrogante. Tuvo que reconocer que lo que sintió fueron celos, ridículos celos de ese hombre que estaba en la habitación de su Amparito.

El hombre, que lo miraba de arriba abajo, por fin dijo:

—¿Quién es usted? ¿Se puede saber quién lo dejó llegar hasta aquí? ¡Habráse visto, qué falta de respeto! Dijo dando una enfática patada al suelo.

Jaime no pudo evitar sentir una estúpida alegría al presenciar la escenita que montaba el hombre. Fuera quien fuere, podría estar en su habitación pero no en su cama.

—Buenos días, ¿podría hablar con Amparito, por favor?

—¿Amparito? —casi gritó—. ¿Usted se está refiriendo a la Gran Calé? A ver si nos ubicamos, señor mío, un poco más de respeto por favor. ¡Amparito! ¡Qué tupé!

Se escuchó una voz de mujer desde adentro.

—¿Qué pasa, Joseíto, que te oigo cacarear? ¿Quién es?

—Pues no sé, pregunta por Amparito y está duro como un decorado. Me podría decir su nombre, señor.

Antes de que pudiera reaccionar la puerta se abrió por completo y Jaime quedó frente a frente con Amparito. Su Amparito. Más mujer, más bella, más sensual de lo que la recordaba.

Se le hizo un nudo en la garganta. En solo un momento volvió a ser un muchacho ansioso y enamorado.

Amparo también estaba inmóvil y en su estupor se escapó de sus

labios como un silbido:

—¡Jaime!

Él, recomponiéndose con esfuerzo, contestó.

—¡Olvidaste despedirte!

Maruja estaba trabajando sentada a la mesa de la cocina del hotel mientras pensaba en su hermana y lo que le había contado.

Como todos los días pasaba a dejar el pan para el comedor del hotel que Maruja atendía y la vio desmejorada, tan triste que la sentó a la mesa y mates de por medio le contó sus preocupaciones.

Seguía cavilando sobre esto cuando Sonsoles entró a la cocina.

—¿Qué estás *facendo*? —preguntó.

—Ya ves, trozando la carne de cerdo para la zorza que serviré mañana.

—*Deixa* que *che* eche una mano con el adobo.

Sonsoles buscó en los armarios orégano, sal, ajos y pimentón y comenzó a mezclar los ingredientes en una fuente mientras miraba a Maruja sin disimular su ansiedad.

—¿Qué estás mirando? ¿Qué quieres?

—¡*Ti* sabes que *quero, quero* que me cuentes que *lle* pasa a la Pilarica! Sabes cómo quiero a tu hermana y no hace falta ser muy despierta para ver que algo *lle* pasa. ¿Está enferma? ¿Están *ben os rapaciños*?

—Sí, Sonsi, los niños están bien es que...

Maruja se detuvo mientras incorporaba la carne de cerdo trozada a la fuente donde su amiga tenía listo el adobo.

Sonsoles se puso a mezclar la carne y apremiaba a Maruja para que siguiera.

—¡Vamos, dime de una vez, *muller*!

—Es Jaime. Hace unos días que anda raro. A la madrugada va a trabajar como siempre pero durante la tarde desaparece hasta la noche, incluso faltó un par de noches a dormir.

—¡Qué *carallo*! ¡*Pon os cornos*!

—¡No seas bruta mujer! No sabemos, tal vez es otra cosa. Jaime nunca fue de esos. Hasta ahora nunca dio motivos para sospechar de otra mujer. La pobre no sabe qué pensar.

—¡Que hay *cornos, che* digo! ¿Y qué ha hecho, le ha preguntado?

—¡Claro que no! Pilar es incapaz de encararlo con algo así, sabes lo cerrado que es Jaime. Y mi hermana es tan sufrida...

—*Vai facer* lo que *facemos* todas, cerrar os *ollos*. Pero yo no se la hacía fácil, no. A *meu home* yo le montaba cada escena que se le quitaban las ganas. *Gritaballe, tiraballe os* platos o cualquier *cousa*, hasta lo he corrido a zuecazos, y terminaba pidiéndome perdón, y yo lo perdonaba. Pero después de un tiempo a cabra *sempre* tira *ó monte*...

—Sí, a la larga una se acostumbra, pero para Pilar es la primera vez y está triste la pobre.

Ambas terminaron de mezclar la zorza en silencio.

Sonsoles entonces hizo sobre la fuente la señal de la cruz e introdujo en la mezcla un diente de ajo entero.

—¿Qué haces? —preguntó Maruja.

—La defiendo del mal de *ollo*.

—Tú y tus cosas de *meiga*. Aquí no hay brujas ni trasnos, quedaron en los bosques de Galicia.

—¡Y qué sabes tú! Vivirán en los túneles, o en los sótanos pero que *habelas, hailas*.

***

—¡Que me voy te digo! ¡No insistas!

—Pero es una locura, piensa en tu mujer, en tus hijos.

—No puedo pensar en ellos. Cuando estoy con ella todo desaparece. Entiéndeme, amigo, todos estos años fueron un sinvivir. ¡Solo con ella me siento vivo!

—Pilar no se merece esto.

—Lo sé, pero no puedo hacer otra cosa. Les dejo todo, la panadería, el reparto, la casa. Sé que tú los cuidarás como a tu propia familia, pero yo me marcho.

Alfonso y Jaime seguían discutiendo acaloradamente, creyéndose solos en la casa, sin imaginar que en el pasillo Pilar escuchaba todo.

La invisible Pilar lloraba en silencio.

15. Fragmento de “Granada” de Agustín Lara.

Capítulo XII

Soy la que no tiene nombre,
la que a nadie le interesa,
la perdición de los hombres,
la que miente cuando besa.
Ya… lo sabe… Yo soy… esa…[16]

Pilar caminaba nerviosa. Había estado segura de hacerlo pero ahora que estaba cerca, las fuerzas le flaqueaban. Caminaba por la Avenida de Mayo y en su mente repetía una y otra vez lo que diría.

Era media mañana, había tenido que esperar que Jaime fuera a hacer las compras para su negocio, ese día como si lo hiciera a propósito había tardado más de la cuenta en irse. Debía darse prisa, a mediodía llegarían sus hijos del colegio y ella debería estar en su casa para entonces.

Al llegar al Hotel Castelar, se quedó parada en la puerta, incapaz de dar el siguiente paso. Se había arreglado bien para la ocasión, con uno de sus mejores atuendos, pero parada frente al edificio no pudo evitar notar la sencillez del mismo. El empleado de la puerta, vestido con riguroso uniforme la miraba con curiosidad, finalmente se acercó a Pilar y le dijo.

—¡Buenos días, señora! ¿Puedo ayudarla?

Pilar tuvo ganas de salir corriendo, pero juntando fuerzas contestó:

—Buenos días. Necesito hablar con un huésped del hotel. No sé en qué habitación se aloja.

—Permítame que la acompañe a la recepción, allí van a saber informarle.

Dicho esto cedió el paso a Pilar y ambos ingresaron al hotel. Una vez dentro Pilar observó el lujoso hall, los pisos que brillaban a la luz de las arañas y se sintió cohibida. Nunca había estado en un lugar como ese, nunca hubo lujos en su vida. Miró a su alrededor, la gente que se encontraba por allí sentada a la mesa en la confitería o en los sillones ubicados en forma estratégica, parecían relajados. La mujer temió llamar la atención de estas personas y que se dieran cuenta de que ella estaba fuera de lugar allí. Antes de que tuviera tiempo de arrepentirse, el recepcionista se dirigía a ella con mucha amabilidad.

—Dígame, señora. ¿A quién desea usted ver?

—A la señora Amparo, la artista.

El hombre la miró con curiosidad.

—¿La señora la está esperando?

—No, no sabe que he venido.

—Ya veo, tendré que avisarle entonces. El empleado tomó el teléfono y marcó un número. Al ser atendido dijo:

—Buenos días, señora. Aquí en la recepción del hotel se encuentra una persona que desea hablar con usted.

El hombre escuchó y, tapando el tubo con la mano le preguntó a Pilar:

—¿A quién debo anunciar?

Pilar se turbó, no sabía qué decirle, no había pensado en cómo presentarse.

—Dígale que no me conoce... que vengo de parte de Jaime.

El empleado transmitió lo que Pilar le había dicho y después de un momento, colgando el auricular le dijo:

—La señora va a recibirla, por favor acompañe al botones, él le indicará el camino.

—Muchas gracias, señor.

Golpeó tímidamente la puerta de la habitación, al cabo de unos segundos la puerta se abrió y Pilar quedó paralizada.

La mujer que le abrió la puerta era impresionante. Lucía una bata roja de seda y encaje que le llegaba hasta los pies descalzos. La prenda se abría a lo largo de uno de sus muslos y el escote dejaba ver el nacimiento de sus pechos. Llevaba el pelo suelto que caía como una cascada negra y ondulante por su cuerpo. El rostro dejaba adivinar que no hacía mucho había despertado, pero el desaliño posterior al sueño no opacaba en absoluto la fuerza de esos bellísimos ojos negros. Esa mujer emanaba sexualidad y Pilar se sintió insignificante, a punto estuvo de dar la vuelta y regresar por donde había venido.

Amparo a su vez también observaba a su visitante. Su encogimiento al verla y la sencillez de su atuendo no le dejaron muchas dudas.

—¡Déjeme adivinar! ¿Usted debe ser Pilar, verdad?

Pilar la miró asombrada y se ruborizó violentamente.

—Sí, soy Pilar, la esposa de Jaime. ¿Puedo hablar con usted?

Amparo se hizo a un lado y le hizo un gesto para que pasara a la habitación. Cerró la puerta y se encaró con Pilar.

—Y bien, ¿qué ha venido a decirme?

—He venido a pedirle que deje a mi marido.

Amparo la observaba, le había largado aquello con la mirada baja, avergonzada.

—¿Y no cree que eso se lo tendría que pedir a él? Él es quien tiene una relación con usted, el que debería dar explicaciones, no yo.

—No puedo hablar con Jaime de esto, ni siquiera sabe que yo sé lo de ustedes, si supiera que estoy aquí se enfurecería.

—¿Y por qué cree que conmigo le irá mejor? ¿Por qué tendría yo que acceder a lo que me pide?

—Por sentido del deber, por compasión, por lo que quiera, pero déjelo. Él está loco por usted y es capaz de abandonar a su familia para seguirla. Tenemos dos hijos pequeños y es por ellos que le pido esto.

—¿Y usted? ¿Usted también lo necesita a su lado?

—Yo necesito al padre de mis hijos. Si Jaime los deja sufrirían mucho y yo no sé si pueda llevar adelante un hogar sin marido, ellos no se merecen pasar por eso. Sería una vergüenza tan grande...

—¿Qué sería lo vergonzoso?

Pilar titubeaba pero ya se había abierto una compuerta que no podía cerrar.

—Sería un escándalo que nos deje por... por...

—¿Por una mala mujer quiere decir, verdad?

—Yo no quiero ofenderla, señorita, pero.....

—Pero me considera una puta, ¿no es así?

Pilar dio un respingo ante lo duro del lenguaje. Pero, en lugar de amilanarse, como seguramente era la intención de Amparo al hablar de esa manera, la estimuló a aclarar el comentario.

—Bueno, usted es una cupletista, se acuesta con hombres casados, acepta regalos caros... Sexo a cambio de dinero o regalos. ¿No es así como se comportan las rameras?

—Sí, en realidad es así, aunque no soy una cupletista, soy una cantante de coplas que no es lo mismo, por lo menos no en el sentido que usted le ha dado. Pero déjeme preguntarle algo: ¿usted se acuesta con su esposo?

Pilar enrojeció violentamente.

—¡Cómo se atreve!

—Contésteme por favor.

—Es mi esposo, por supuesto que a veces... son cosas que suceden en un matrimonio.

—¿Usted lo ama?

—¿Qué quiere decir? Es mi esposo, por supuesto que lo quiero, es el padre de mis hijos...

—¡Eso ya lo sé! Lo que yo le pregunto es si lo ama, si se vuelve loca cuando está con él, si no ve las horas de verle, si su vida es más brillante con él a su lado, si se moja de deseo con su sola presencia... A eso me refiero.

—No me ofenda, yo soy una mujer decente, lo que usted dice es indecoroso, es...

—Lo que suponía. No lo ama. ¡Y aún así se acuesta con él! A pesar de no amarlo, lo hace solo porque es su esposo. Como yo lo veo, usted y yo no somos tan distintas. Yo me acuesto con hombres para obtener algo a cambio. Usted se acuesta con alguien a quien no ama para que mantenga su casa y la ilusión de la familia decente. No, en verdad no somos muy distintas.

Pilar no podía creer lo que estaba escuchando, esa mujer la había comparado con una ramera, a ella, que era una esposa legítima. Se dirigió a la puerta mientras le decía:

—Discúlpeme, fue un error venir, ya me voy. Me siento insultada y creo que ha sido en vano pasar por esta humillación. Solo le pido que si le queda algo de decencia deje a mi marido en paz, a usted no va a aportarle gran cosa, pero en casa tiene dos niños que lo necesitan. Buenos días.

Amparo la dejó ir, necesitaba pensar, debía tomar una decisión.

Tenía ganas de seguir con él un tiempo más. Le gustaba Jaime y le gustaba la sensación de sentirse amada. Porque él era distinto de la mayoría de los hombres que se le acercaban. Estos lo hacían solo por lujuria, pero Jaime la amaba de verdad y eso la hacía sentir por momentos una mujer normal con aspiraciones de un hogar estable basado en el cariño y el respeto. No obstante tenía que reconocerse a sí misma que eso no era más que una ilusión.

También tenía que pensar en su retiro y en lo que se había propuesto antes de salir de gira.

Estaba el detalle de la esposa de Jaime, la había conmovido la actitud de la mujer que era capaz de humillarse por defender a sus hijos.

No todas las madres priorizaban a sus hijos.

¡Si lo sabría ella!

Amparo recordaba.

La visita de la esposa de Jaime había removido dolores que ya creía sepultados. Pero no lo estaban, solo los había guardado muy hondo, creyendo dominarlos, pero habían saltado a la superficie sin que ella pudiera evitarlo.

No le gustaba la sensación, hacía muchos años que se había jurado a si misma que nunca perdería el control. Quien tenía el control tenía el poder, y ella era poderosa. La vida le había enseñado que había dos clases de personas, las que se dejaban llevar por las circunstancias, y las que, a partir de ellas se hacían cargo de sus propias decisiones.

Ella era de estas últimas. Nunca más el entorno manejaría su vida.

Se permitió unos minutos para recordar, quizás si dejaba salir los recuerdos aunque sea por un instante, se volvieran menos dolorosos al momento de volver a sepultarlos.

Era noche de fiesta en el campamento gitano. Amparito amaba las fiestas, las esperaba con ansias para poder observar a los bailaores y también tenía que reconocerlo, para poder lucirse ella misma en algún momento de la noche, con apenas doce años la niña era una buena artista.

Había reunión de grupos y todo se estaba armando para la noche.

Los carromatos se habían colocado en forma circular en torno a la gran fogata central, a cuya lumbre se llevarían a cabo los cantos y las danzas.

Amparo tenía una buena voz, pero el *cante jondo* no era para ella. Con el grupo invitado venían dos guitarristas y un cantaor que hacía las delicias de todos con las inflexiones de su voz y el sentimiento con el que expresaba su arte.

A medida que iba cayendo la noche, la gente se arrimaba al fuego y circulaba la comida que compartían y también la bebida. Esta no dejaría de hacerlo seguramente hasta el alba.

Las guitarras comenzaron a sonar...

Candela, la madre de Amparo fue la primera en abrir el baile. La niña la miraba embobada, su madre bailaba muy bien, su madre *tenía duende* y ella estudiaba todos sus movimientos para practicarlos a solas durante horas y así poder ser tan buena como ella.

Pero lo que mejor hacía Amparito era cantar, eso lo había heredado de su padre.

Su padre había muerto siendo ella muy niña, apenas lo recordaba, pero el grupo lo rememoraba con nostalgia, porque su voz alegraba siempre las reuniones.

Hacía poco tiempo que su madre se había emparejado con un gitano de una tribu húngara, se habían conocido en una de las reuniones y al unirse a Candela se había quedado a vivir con ellos.

A la niña no le gustaba Paco, como ella veía las cosas, su madre era la que hacía casi todo el trabajo tejiendo y vendiendo cestos de mimbre y el hombre, si bien era herrero, nunca parecía tener mucho que hacer y se la pasaba merodeando por allí mientras Candela trabajaba. Pero esta parecía feliz a su lado.

Cuando el baile terminó, todo el grupo estalló en aplausos de reconocimiento a su mejor bailaora. Llegó el turno del lucimiento del cantaor. Hasta allí las guitarras solo acompañaron los movimientos de Candela, ahora todos se disponían a escuchar las mejores piezas del *cante*, acompañando con sus palmas.

Los bailes, cantos y recitado siguieron durante horas. Pasadas las actuaciones principales, Amparo solicitó con timidez a los guitarristas si la acompañaban con una copla.

Después de unos minutos poniéndose de acuerdo sobre qué pieza interpretarían, Amparo se dirigió al centro del círculo y comenzó a cantar.

La niña cantaba y movía su cuerpo con una destreza poco común para su corta edad. Era evidente que llevaba a una artista en la sangre que estaba comenzando a mostrarse.

Todo el campamento la miraba concentrado, pendiente de sus palabras y de la gestualidad con que acompañaba la música. Todos

reconocían como grupo el surgimiento de otra de los suyos. Artistas que perpetuarían su arte por generaciones.

Entre todas esas personas, había una que no le quitaba los ojos de encima.

En esa mirada no había orgullo, ni reconocimiento artístico.

En esa mirada había sorpresa. La niña no era tan niña. El lenguaje de su cuerpo transmitía una sensualidad que, si bien recién comenzaba, prometía mucho.

Paco se encontró descubriendo a la mujer en esa niña que se movía como los dioses y no pudo evitar una punzada de deseo.

Había bebido bastante y el pensamiento se le turbaba. Desde ese momento no perdía de vista sus movimientos y observaba a los demás hombres del grupo con los cuales la niña hablaba y bromeaba. ¿Acaso estaba coqueteando? ¿Los demás habían descubierto lo mismo que él? ¿Sentirían la misma incomodidad en los pantalones que él sentía?

Vació otra copa y se encaminó hacia el carromato que compartía con su mujer y su hija. Estos se hallaban apartados y en penumbras pues la luz de la gran fogata no llegaba hasta ellos. La zona estaba desierta porque todos estaban cerca del fuego.

Cuando estaba a punto de ingresar, vio aparecer a Amparo que también se dirigía a su casa.

Al verla le dijo, arrastrando las palabras.

—¡Qué buena actuación has hecho hoy! ¡No te conocía esas dotes!

La niña se sobresaltó al descubrir su presencia.

—Gracias. Suelo cantar en las reuniones pero como tú hace poco que estás aquí no me habías visto nunca.

Paco se acercaba más a medida que ella hablaba.

—Ven aquí, permíteme felicitarte con un abrazo.

—No… no, no hace falta...

—Ven aquí, te dije, después de todo soy como tu padre.

Paco la atrajo hacia sí y la abrazó, la niña se puso rígida e intentó deshacer el abrazo rápidamente. Esta resistencia no hizo más que enojar al hombre que forzó el mismo, atrayéndola aún más hacia su cuerpo.

Amparo no sabía qué hacer, aquello no le gustaba, quería resistirse pero, por otro lado pensó que, si lo dejaba hacer más pronto terminaría.

A Paco el sentir el cuerpo de la niña lo enardeció y, borracho como estaba, no se resistió al deseo. Apoyó las manos en las nalgas de Amparo y la atrajo hasta apoyarla en su erección. La niña se asustó y comenzó a empujarlo, pero estos movimientos lo provocaban aún más. Enseguida sus manos comenzaron a recorrer su cuerpo y se detuvieron en sus pechos que sobó provocándole dolor.

Amparo por fin pudo soltarse y arreglándose la ropa gritó:

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco?

—¡Cómo qué estoy haciendo! Te estoy mostrando cuánto me gustó verte actuar. ¿Acaso no sabes lo que esos movimientos provocan en los hombres?

—¡Pero qué dices! Yo solo cantaba. Esto no está bien, se lo diré a mi madre.

Paco la tomó con fuerza de la muñeca y atrayéndola hacia su rostro le increpó:

—¿Y qué vas a decirle? Yo no te he hecho nada, nadie me ha visto hacerte nada. Yo negaré todo y, ¿a quién crees que le creerá? ¿A una mocosa celosa o al hombre que le calienta la cama? ¿Tú que crees?

Amparo forcejeó mientras repetía:

—Suéltame, estás borracho, no me toques...

Los quejidos de Amparo hicieron reaccionar a Paco que sintió miedo de que alguien los escuchara y soltándola dijo:

—¡Qué chillona eres! Está bien, vete si quieres, pero ten cuidado con lo que dices por ahí. Después de tu actuación de esta noche, todo el mundo se dio cuenta de que eres una provocadora. ¡Y si provocas, pues te la aguantas!

Desde esa noche, Paco la acechaba y aprovechaba los momentos en que la encontraba sola para manosearla. Amparo siempre se resistía y el hombre, luego de un rato que a la niña le parecía eterno, la soltaba siempre advirtiéndole que no dijera nada.

Nadie iba a creerle porque ella era una buscona.

Amparo vivía angustiada, eso no estaba bien pero, ¿acaso era culpa de ella? ¿Ella provocaba esas situaciones? ¿Sería cierto lo que decía Paco? Si era cierto, no entendía cómo lo hacía, ella no quería hacerlo pero, ¿qué podía hacer? ¿Cómo evitarlo?

Desde esa noche no había vuelto a cantar, no quería provocarlo a él ni a nadie, pero era inútil, en cuanto la descubría sola, Paco no le sacaba las manos de encima. A Amparo le asqueaban esos encuentros pero no sabía cómo ponerles fin.

Decidió que se arriesgaría a hablar con su madre, ella la defendería y terminaría esa situación.

Amparo se dirigió al solar en el que Candela, junto a otras mujeres tejía cestos. La llamó:

—¿Madre, puedo hablar contigo?

—Estoy ocupada, Amparo. ¿No puede esperar?

—¡Por favor, madre, es importante!

Candela dejó su labor de mala gana y se acercó a su hija. Comenzaron a caminar hasta la orilla del río.

—Y bien, ¿qué querías decirme?

—No sé cómo empezar, sse... se trata de Paco.

—¿Y qué tienes tú que decirme de Paco?

—Es que hace cosas que no están bien...

—Amparo, yo sé que no te cae bien. No será perfecto pero ahora es el hombre de la familia y yo lo quiero. Yo sé que algunas cosas...

—Es que... Me refiero a que me hace cosas que no están bien.

Candela se puso rígida:

—¿De qué hablas?

Ante el silencio de Amparo, la agarró por los hombros y la zamarreó, repitiendo.

—¿De qué hablas?

—Él, él... me toca... Me toca las nalgas, los pechos…

Amparo no pudo seguir hablando, Candela le dio un fuerte cachetazo, la niña la miró espantada.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Por qué inventas esas cosas? Es el colmo, sé que quieres parecerte a mí, tratas de imitarme en todo pero esto es demasiado. A Paco le gustan las mujeres. ¡Y tú no eres una mujer, eres una niña celosa! No vuelvas a decir esas cosas horribles, si no te gusta Paco, te lo aguantas porque es mi hombre. ¿Entendiste? Ya tendrás tiempo de tener tu propio hombre cuando crezcas, mientras tanto no quiero volver a escuchar más mentiras. ¿Me oíste?

Amparo la miraba con los ojos abiertos como platos, su madre estaba furiosa, no le creía. Quedó paralizada.

Candela volvió a zamarrearla y le espetaba una y otra vez.

—¿Me oíste?

—Ssí, madre...

—Por esta vez no voy a decirle a Paco lo que andas diciendo, sino seguro que te azota, pero no vuelvas a hacerlo porque no sé de lo que soy capaz...

Por supuesto la situación no solo no se detuvo sino que un tiempo después Paco la violaba cada vez que Candela iba al pueblo a vender sus canastos. Ante la reacción que había tenido su madre, Amparo nunca se animó a decir nada. Soportaba las embestidas de Paco ausentándose mentalmente para no ceder a la repugnancia que le causaba y así empeorar las cosas evitando por lo menos los golpes.

Cada vez que la veía actuar, Paco se volvía loco y las violaciones eran más violentas, mientras le repetía una y otra vez que era una pequeña puta, que ella se lo buscaba.

Había vuelto a cantar al darse cuenta de que el no hacerlo no desalentaba los ataques. Pero se resistía a dejar de cantar, era lo que amaba hacer, y se aferraba a esto que era lo único que le recordaba quién era; si no fuera por el canto habría enloquecido.

Fueron varios meses de pesadilla. Amparo había conseguido que su

madre la llevara algunas veces a vender los canastos al pueblo, ella pretendía convencerla de que le permitiera a ella hacer las ventas y su madre se quedara en casa tejiéndolas, pero Paco aportaba lo suyo diciendo que era muy niña para la tarea y que mejor se quedaba atendiendo la casa. No obstante, de vez en cuando Candela la llevaba al pueblo.

En una de esos días conoció a Antonio. Era torero y estaba haciendo unas presentaciones. A Amparo le gustó, su porte y su actitud la deslumbraron. Se acercó a un grupo que lo saludaba efusivamente y se quedó mirándolo. Él percibió su mirada y se acercó a ella.

—Hola, guapa. ¿Cómo te llamas?

—Amparo.

—Qué bonito nombre. ¿Te gustan las corridas?

—No lo sé, nunca he estado en una...

—Eso es imperdonable, no es posible que siendo española no disfrutes de una buena corrida de toros. Ven mañana, yo te invito.

—No creo que me permitan venir.

—Si no te lo permiten, pues te escapas. Cuando termine el espectáculo podremos hablar... ¿Qué dices?

—No sé, lo intentaré...

Amparo obedeció al torero y se escapó, este la hizo entrar a la plaza de toros y la niña quedó profundamente impresionada por el espectáculo. Los movimientos de Antonio la fascinaban, cuando clavó las lanzas en el toro la sensación fue extraña. Por un lado la apenaba el sufrimiento del animal y por otro el alivio por la victoria de Antonio enardecieron su sangre y se encontró celebrando como una posesa a la par de la multitud que al unísono vitoreaba al torero.

Al terminar el espectáculo, Antonio la llevó a cenar con algunos acompañantes y luego a su cuarto de hotel.

Allí Amparo aprendió que el sexo podía ser placentero, durante toda la noche el torero se abocó a despertar el cuerpo de Amparo con la misma pasión que empleaba en la arena. Y Amparo creyó morirse varias veces durante esa noche.

Al amanecer, Antonio la despertó.

—Vamos, niña, debes irte. Yo tengo que prepararme para la partida.

Amparo somnolienta, le dijo:

—¿Te marchas? ¿A dónde?

—Sigo la gira por otros pueblos.

—¿Me dejarás? ¿No me llevarás contigo?

—¡Pero qué dices, niña! ¿Por qué pensaste eso?

—Es que lo que pasó anoche. Yo... nosotros.

—No hay nosotros, niña. Anoche no pasó nada especial, fue solo sexo.

Amparo lo miró con los ojos llenos de lágrimas, Antonio se enterneció y sentándose a su lado la obligó a mirarlo a la cara.

—Escúchame. Lo que pasó anoche es lo que pasará con cualquier otro hombre con el que tú decidas estar. Amparo, eres muy hermosa, los hombres no pueden evitar desearte cuando te ven. Es un hecho, los hombres siempre querrán acostarse contigo. Entiende esto que te estoy diciendo y aprende a utilizar tu cuerpo en tu beneficio.

Antonio se levantó y se acercó a la mesa de noche.

—Aquí te dejo algo de dinero para que te compres algo bonito. Me marcho. ¡Cuídate!

Y se fue dejándola sola y desnuda sentada en la cama. Amparo pasó un buen rato pensando y llorando. Al cabo se levantó y tomó lo que Antonio le había dejado en la mesita de noche. Él le había dicho que le dejaba "algo de dinero". ¡Eso no era "algo", eso era una fortuna! Ella nunca manejaba más que monedas, solo alguna cobranza de las ventas de canastos, pero eso que tenía en sus manos era mucho dinero.

Esa noche había aprendido mucho:

El sexo podía ser muy placentero si era con consentimiento.

Por ese placer los hombres estaban dispuestos a pagar.

El sexo era una moneda fuerte.

Quien posee una moneda fuerte, tiene poder.

Se levantó y se vistió a toda prisa, había tomado una decisión.

Era media mañana cuando llegó al campamento, entró a su carromato y comenzó a preparar un atado con sus pocas pertenencias. Cuando lo tuvo cerrado buscó en un estante al lado de la cama una navaja que su madre tenía siempre a mano por si tenían problemas. Amparo la guardó en la cintura de su falda, quizás podría serle útil. Había decidido huir del campamento. Iría al pueblo, había escuchado que había una compañía de espectáculos y se iba a presentar para buscar trabajo. Sabía que tenía talento e iba a intentar ganarse la vida con él.

Cuando estaba a punto de salir, entró Paco. Al verla le gritó con furia:

—¿Dónde has estado?

—¡Por ahí!

—¡Cómo que por ahí! ¿Con quién estuviste? Seguro estuviste con un hombre, ¿no?

—¡No es asunto tuyo, déjame salir, me voy!

—¿Qué no es asunto mío? ¿Que te vas? ¡Pero qué te has creído, tú haces lo que yo te digo!

—¡Aléjate de mí, no me toques! ¡No me tocarás nunca más!

Paco la miró asombrado y pasados unos segundos largó una feroz carcajada mientras se acercaba a ella, amenazante.

—¡Así que la putita no quiere que la toque, no me digas! Ya verás cómo haré lo que quiera contigo, me pagarás esta escenita. ¡Ven aquí!

Y la tomó con fuerza de la muñeca, empujándola contra una de las paredes del carromato. Amparo forcejeó con uñas y dientes, en cuanto pudo sacó la navaja que guardaba en la cintura y le atravesó el rostro desde el ojo hasta la boca.

Paco la soltó y se tomó la cara entre las manos por las cuales se deslizaban regueros de sangre. El hombre miró sus manos atónito. Amparo aprovechó su desconcierto y agarrando su atado salió corriendo del carromato.

Al darse cuenta, comenzó a perseguirla a los gritos. Amparo comenzó a correr y de pronto se topó con su madre que la sostuvo por los hombros.

—Amparo, qué pasa. ¿Adónde vas?

—¡Me voy de aquí!

—¿Cómo? ¿Por qué?

En ese momento apareció Paco herido y chorreando sangre.

—¿Por qué, me preguntas? Ahí tienes el porqué. ¡Suéltame que me voy!

—Tú te quedas aquí conmigo. ¡Yo soy tu madre!

Amparo la increpó furiosa.

—¡Tú no eres mi madre! ¡Tú no eres una madre, eres solo una hembra! Las madres protegen a sus hijos, y tú me arrojaste a la cama de esta basura. Pero quédate tranquila, que acá te lo dejo todo para ti, solo lo lastimé un poco. Tendría que haberlo castrado, pero no te preocupes, podrás seguir disfrutándolo. ¡Que te aproveche!

Amparo dejó a su familia esa noche y nunca volvió a mirar atrás. Había conseguido trabajo como cantante en la compañía que pasaba por el pueblo y después fue escalando hasta llegar a compañías más grandes. Lo había hecho a fuerza de talento y no había dudado en utilizar su cuerpo cuando una puerta tardaba en abrirse más de lo que ella estaba dispuesta a esperar. Nunca se había arrepentido, todo funcionaba bien mientras ella tuviera el control. Era ella la que decidía con quién, cuándo, cómo, dónde y por qué. ¡Quien tenía el control tenía el poder, y ella era poderosa!

Jaime subió a su casa después de las tareas de la madrugada. Como siempre, su esposa le había preparado el café, las dos tortitas negras y el Diario La Razón de la mañana.

Al ver la mesa lista, sintió una punzada de culpa. Pero su decisión era irrevocable. En una semana se iría con Amparo, ya no había vuelta atrás. La sola aparición de su nombre en su mente disipó con rapidez cualquier cargo de conciencia.

Siempre era así, la presencia de Amparo anulaba todo lo demás, ni esposa ni hijos adquirían la entidad suficiente ante la mujer que amaba.

Amparo. Su Amparito al fin sería suya para siempre.

Las ganas de volver a verla lo carcomían. El día anterior habían acordado no encontrarse. Jaime tenía trámites que hacer para dejar todo resuelto para que su familia no tuviera ningún contratiempo económico. Era lo menos que podía hacer por ellos. Estaba dilatando el momento de decírselos. Todavía faltaba una semana, ya habría tiempo, pero la verdad era que se le hacía un nudo en el estómago al pensar en el momento en que les dijera que los abandonaba.

A esa hora Amparo estaría durmiendo después de la función de la noche. La vería por la tarde, ardía de impaciencia por ello. Un día lejos de ella ya le resultaba insoportable.

Se sirvió el café y se sentó a la mesa. Le dio un mordisco a una factura y desdobló el diario para darle un vistazo a los titulares.

La nacionalización de los ferrocarriles por parte del Presidente Perón ocupaba la mayoría de la portada y con seguridad, buena parte del cuerpo del periódico.

Leía distraídamente los títulos hasta que uno pequeño, en el margen inferior derecho llamó su atención.

¡Escándalo! Estrella abandona el país en medio de su gira – Pág. 18.

Se dispararon todas las alarmas. No, no podía ser. Seguro que es alguien más. ¡Estos periódicos siempre tan alarmistas!

Todo eso pasaba por su cabeza mientras pasaba en forma frenética las hojas hasta llegar a la página 18.

¡Y allí estaba!

La gran Amparo Calé abandonó el país entre gallos y medianoche...

Será demandada por incumplimiento de contrato...

El teatro devolverá el dinero de las funciones canceladas...

La estrella no dio ninguna explicación...

Se especula que un famoso empresario al que se la vincula reclamó su presencia en Méjico...

A esa altura, las letras eran símbolos sin sentido para Jaime.

No era cierto, se trataba de un error.

Tenían planes, no podía haberse marchado.

Otra vez, no.

Otra vez rondaba un hombre importante.

Otra vez lo abandonaba.

Otra vez había olvidado despedirse.



16. Fragmento de “Yo soy esa”. Copla compuesta por el trío español Quintero, León y Quiroga.

Capítulo XIII

¿Por qué no te casas, niña?
dicen por los callejones.
Yo estoy compuesta y sin novio
porque tengo mis razones[17]

Buenos Aires, 1954

El taller de Mariquita hervía de actividad. Un nuevo espectáculo se estrenaría en el Teatro Avenida y todas las manos disponibles eran bien recibidas en esos días.

Así que se habían convocado las dos generaciones de mujeres para colaborar. Las jóvenes ayudaban a María Dolores con las clases del taller que Mariquita había dejado a su cargo hacía poco tiempo. La muchacha era tan aplicada y tan responsable que no tuvo dudas en delegarle esa rama del taller; así ella podía dedicarse a los bordados que le gustaban más y para lo cual no tenía reemplazante.

Por ello, mientras en uno de los cuartos se dictaba el taller, en la otra habitación las mujeres trabajaban juntas, cada una en una labor.

Mariquita tejía con bolillos, además del vestuario del espectáculo le habían encargado una mantilla nupcial. Desde la boda de su hermana Julia, hacía ya más de veinte años, no había dejado de recibir encargos de ese tipo. Era la mejor encajera de Buenos Aires.

A su lado Pilar bordaba en canutillos una chaqueta, Sonsoles cortaba tiras de tela que se convertirían en los volados de una bata de cola, Maruja adhería flecos a varios mantones que ya habían sido bordados por Mariquita, y Julia cebaba mate y ayudaba con algún cierre o terminación cuando era absolutamente indispensable porque seguía sin llevarse bien con la aguja.

Las mujeres charlaban alegremente de trivialidades, cuando, proveniente del otro cuarto entró Lucía hecha un huracán.

—Me voy mamá —le decía a Pilar mientras le estampaba un sonoro beso en la mejilla—. Estoy apurada, hoy tenemos una nueva audición para el papel masculino y no me la quiero perder. ¡Faltan tan pocos días para el debut! Esperemos que se presente alguien que valga la pena porque lo que vino hasta ahora... ¡Chau tiítas!

Lucía saludó una por una a sus tías y salió con la misma fuerza arrolladora con la que había entrado al cuarto.

Cuando se fue se hizo un prolongado silencio.

Clap-clap se escuchaba la música de los bolillos de Mariquita, rip-rip las tijeras de Sonsoles, fru-fru los mantones de Maruja. Y cada tanto el shuuup del mate que llegaba a su fin. Ninguna voz humana osaba quebrar la extraña atmósfera que se había instalado.

Hasta que Sonsoles no lo soportó más.

—¡Pero qué *carallo*! ¿Es qué nadie *vai dicir* nada? ¡Un desastre está *chegando*, si señor! ¡Un desastre! —Increpó con dureza a sus amigas.

—No exageres, Sonsi —acotó Maruja.

—*Non estou* exagerando —se dirigió a Pilar—. ¿Cuándo vas a *falar* con Jaime?

Todas dejaron de disimular estar concentradas en sus tareas y miraron al unísono a Pilar. Esta, cohibida ante el escrutinio, siguió bordando como si nada, mientras expresaba en tono tranquilo.

—Estuve pensando que no es necesario por ahora. Lucía debutará con nombre artístico y Jaime no se dará cuenta, tal vez más adelante.

—Eso dijiste hace dos años Pilar —acotó Maruja—. Creo que Sonsoles tiene razón, tendrías que hablar con él.

—Pilar —intervino Mariquita—, cuando me pediste ayuda en ese momento me pareció bien, pero las cosas se precipitaron y no creo que sea una buena idea mantener el secreto.

Pilar dejó su labor sobre la mesa, se incorporó y comenzó a pasearse por la sala, nerviosa.

—¡Es que no puedo! Ustedes no entienden, no estuvieron allí. Cuando Jaime descubrió que Lucía quería ser cantante, la furia se apoderó de él. No era el mismo hombre que yo conocía. ¡Se volvió loco!

—Sin embargo, me pediste que hiciera lo posible para que Lucía siguiera tomando clases de canto a escondidas y yo estuve de acuerdo, pero... —acotó Mariquita sin lograr terminar la frase.

—Todas lo estuvimos —intervino Julia.

—Era necesario, la felicidad de mi niña estaba en juego, ustedes la conocen, saben lo feliz que es cuando canta. Ella dice que nació siendo cantante y es cierto. Yo no podía quitarle esa felicidad.

—Aún a escondidas de tu marido —dijo Maruja.

—Era la única manera. Lo que pasó con esa mujer lo trastornó, y era muy reciente, pero cuando pueda pensar con tranquilidad otra vez va a entender. Cuando vea lo feliz que es su hija va a ceder.

—Jaime *é mais* duro que un cascote. *Non vai* cambiar de opinión —agregó con vehemencia Sonsoles.

—¡Sonsi, por favor, mira que eres bruta! —la amonestó Maruja.

—*Eu* digo la verdad, y llevo razón —porfió.

Maruja se dirigió a su hermana:

—¿Cómo ha estado desde qué pasó aquello? ¿Qué te hace pensar que no sigue doliéndole? ¿Acaso está más cariñoso con sus hijos, más atento contigo? Sé que no es así, Pilar.

Pilar la miró con tristeza.

—No, Jaime nunca volvió a ser el mismo. A veces creo que ni siquiera nos ve. Lo único que le interesa es su negocio y está obsesionado con la idea de que Juan Manuel se haga cargo. Desde que

mi hijo estudia medicina las peleas son frecuentes.

—Si llegara a enterarse por las malas de lo de Lucía será peor, Pilar, tienes que hablar con él antes del debut —aconsejó Julia.

—Lo voy a pensar, mientras tanto les pido que sigan guardando el secreto.

—Y *eu* digo que un desastre está *chegando*. ¡Ay, *carallo*!

El timbre interrumpió la charla. Macarena abrió la puerta y entró Juan Manuel. La muchacha volvió al taller en el que estaba ayudando a Dolores junto con su otra hermana Guadalupe y el muchacho pasó a saludar a su madre y a sus tías.

Maruja, siempre dispuesta a mimar a su sobrino favorito, lo hizo sentar e inmediatamente le ofreció algo de comer.

—Siéntate, siéntate, querido. ¿Tienes hambre? ¿Te preparo una tortillita? Mariquita ¿tienes para una tortilla?

—¡No, tía, no tengo hambre! Comí algo cuando salí de la facultad. Seguí trabajando. Pasaba a saludar, como sabía que estaban reunidas... ¿Lucía está en el taller? Voy a verla.

—Lucía ya se fue pero están las muchachas, pasa, por favor —dijo Mariquita.

Juan Manuel se dirigió al taller, mientras Sonsoles lo seguía con la mirada.

—¿Y éste, desde cuándo tan saludador? —preguntó Mariquita.

—No seas mala, si el muchacho es un amor. ¡Es tan cariñoso! —lo defendió Maruja.

—Sí claro, muy cariñoso. No te pongas así que no he dicho nada malo de tu protegido. Me resulta extraño, es todo —respondió Mariquita.

Al rato Juan Manuel salía del taller seguido por Dolores quien lo acompañó hasta la puerta. Desde allí se despidió de sus tías y se marchó. La muchacha volvió al taller.

—Pensé que iba a haber un poco de zaguaneo, ¿o ya no se estila? —exclamó Pilar.

—¡Cómo eres, como para zaguán están con todas nosotras mirando! —volvió a defender Maruja.

—Igual que ya pueden ir empezando a concretar, ¿no? Desde que eran pequeños que esperamos los confites, ¿cuándo se van a decidir? —intervino Julia.

—Ya no son críos y a Dolores más bien se le está por pasar el arroz —acotó Pilar.

—¡Si me habrán dicho eso a mí! —se quejó Mariquita.

—Y tenían razón mira que se te ha pasado largo... —la peleó Maruja.

—Es cierto, y eso solo es un problema, si lo único que quieres es

comer arroz —concluyó Mariquita.

—Me temo que es el caso de Dolores. Mi hija está esperando desde hace rato y Juan Manuel parece que no se decide, pero por otro lado, ya ves, no pierde ocasión de pasar por casa con cualquier excusa, o por aquí sin ninguna excusa —dijo Julia.

—Tal vez espera a recibirse. La carrera de medicina no es fácil y no querrá tener compromisos —intentó Pilar.

—Sí, tal vez es eso y cuando se reciba se decidan a formalizar. Ya verán, cuando mi sobrino sea médico se va a decidir —concluyó Maruja.

Sonsoles, que se había mantenido en un sospechoso silencio pero no había perdido detalle del comportamiento del muchacho desde su llegada comentó en forma enigmática.

—¡Sí, *nalgún* momento *terá* que decidir!

17. Fragmento de “Compuesta y sin novio” de Rafael de León y de Antonio Quintero.

Capítulo XIV

No puede ser una vulgar sirena
que envenenó las horas de mi vida.
No puede ser
porque la vi rezar
porque la vi querer
porque la vi llorar.[18]

Lucía entró al teatro como una tromba. Estaba llegando tarde a las audiciones de ese día. Esperaba que se presentara alguien adecuado para el papel de Julián. Hasta ahora no habían conseguido un postulante con la voz y la apariencia adecuada para ese papel. Desde que había conseguido el papel protagónico para “La verbena de la Paloma”, Lucía se había involucrado en todos los detalles de la obra. Sería su debut y era importante que todo el elenco fuera bueno para no deslucir el espectáculo.

Para su prima Guadalupe también sería un debut. Por fin había conseguido el puesto de asistente de dirección y en esta obra las dos muchachas tenían mucho que demostrar. Cuando recordaban aquella lejana noche en la que, siendo unas niñas habían presenciado la función de Amparo Calé, no dudaban de que allí se había decidido su destino. El canto para Lucía, la dirección para Guadalupe. El mundo del teatro para ambas.

Por eso, no querían perderse nada, su prima había preferido seguir ayudando en el vestuario y ella presenciaría la audición.

Al atravesar la puerta casi se dio de bruces con un hombre joven.

—Disculpe, señorita —le dijo con un marcado acento italiano.

—No es nada, no se preocupe —contestó distraída mientras intentaba seguir su camino.

—No quiero molestarla, me podrá decir si aquí es la audición para tenores —la atajó el muchacho.

—Es aquí —le contestó Lucía—. Pero es para un papel en la zarzuela.

—Sí, sí, eso es lo que busco.

—Si es así pase por allí, que ya lo van a llamar.

La muchacha ingresó a la sala y fue a sentarse al lado del director.

—Buen día —saludó—. Esperemos tener suerte hoy. ¿Hay muchos postulantes?

—Hasta ahora, ninguno.

Lucía lo miró con una expresión angustiada.

—¿Nadie? ¡Qué barbaridad, qué vamos a hacer!, tendremos que decidir entre alguno de los que ya se presentaron pero...

—Ah, parece que aquí viene un candidato.

Giró para ver al hombre que el director le indicaba y se volvió con un gesto de abatimiento.

—No te hagas ilusiones, no servirá —dijo.

—¿Y tú qué sabes, te ha cantado al oído acaso?

—No hizo falta, lo vi en la entrada y cruzamos un par de palabras.

—¿Y te diste cuenta de que no sirve porque…? —interrogó burlón el director.

—Porque es italiano, tiene un indiscutible acento italiano, y acá hacemos zarzuela.

—¡Hostias, con lo bien que nos hubiera venido! Igual, que ya está aquí, le voy a permitir dar la prueba. Y después tendremos que elegir entre los que vinieron, el estreno se acerca.

Lucía se mostró contrariada, solo los haría perder el tiempo, pero el director tenía razón, lo escucharían y lo despedirían con la consabida frase: lo pensaremos y nos pondremos en contacto con usted.

A un gesto del director el hombre subió al escenario.

La muchacha lo observaba moverse, tomar control del escenario y acercarse al pianista para solicitar el tema. Tenía que reconocer que era atractivo, cualidad que potenciaba con una actitud de seguridad y profesionalismo. Por fin se ubicó en el centro, mirando al público.

—¿Puede decirme su nombre señor? —interrogó el director.

—Monti, Renzo Monti —contestó el hombre.

Lucía se inclinó ante el hombre sentado a su lado y le susurró:

—¡Te lo dije! Más italiano que la pizza.

—Interpretaré “No puede ser” —prosiguió el cantante.

—Adelante —autorizó el director.

Entonces Renzo comenzó a cantar. Y todo preconcepto quedó de lado.

Interpretaba con gran oficio una de las arias más difíciles de la zarzuela. Era imposible no sentir la angustia del hombre engañado que el tema describía.

Pero lo que dejó sin palabras a Lucía era el acento. Nadie que lo escuchara dudaría de que ese hombre hubiera nacido en España, utilizaba el ceceo con absoluta naturalidad.

Cuando el tema concluyó, en el climax de la angustia y del poderío de la voz, no se escuchaba un ruido en todo el teatro, tal era la atmósfera lograda por Renzo.

El director giró hacia Lucía y le dijo:

—Ya puedes cerrar la boca. Parece que hemos conseguido a tu Julián. Además, no sé qué habrás escuchado tú, pero sobre ese escenario hay un hombre más castizo que los churros.

Renzo se incorporó de inmediato a los ensayos que ya tenían un gran retraso. Si bien se había avanzado con los cuadros en los que no intervenía el personaje de Julián, era necesario apurar su inclusión para que la dinámica del grupo funcionara.

Guadalupe, como asistente de dirección fue la encargada de dar

introducción ante todo el elenco.

—La Verbena de la Paloma es un sainete costumbrista, por lo tanto debemos mantener el aspecto desenfadado en todos los números. Comenzaremos con el cuadro de Don Hilarión y Don Sebastián.

Renzo observaba la escena, disfrutando de la misma. El diálogo entre los artistas ya estaba bien aceitado:

—*Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad*

—*¡Es una brutalidad!*

—*¡Es una bestialidad!*

El conocido latiguillo generaba sonrisas entre todos los oyentes.

A continuación pasaron al número en el que chulapos y chulapas, típicos personajes de Madrid, iban a la verbena, también de corte simpático:

Por ser la Virgen de la Paloma, un mantón de la China, la China, la China-na, un mantón de la China-na, te voy a regalar…

Las muchachas del coro querían lucirse ante el nuevo espectador. Esta situación no se le pasó por alto a Lucía que observaba especialmente a Tina. No le quitaba ojo a Renzo mientras cantaba y se movía.

Y el joven la compensó con una sonrisa brillante que aceleraría el pulso de cualquier mujer. Al terminar el número y cuando comenzaba a dejar el escenario, Tina miró a Renzo y le guiñó un ojo.

Lucía puso los ojos en blanco ante la obviedad de la muchacha pero a él no pareció molestarle, al contrario, la saludó con un gesto de la cabeza y una mirada prometedora. Tenía que reconocer que era apuesto y que sabía utilizar sus encantos. En breve se encontrarían en problemas con el elenco femenino. Estaban todas alteradas y Renzo disfrutaba de ser el centro de atención.

A continuación les tocó el turno a ambos de subir al escenario a marcar el número que les tocaba hacer juntos.

El director rápidamente los puso en situación:

—A ver, Renzo, tú eres Julián y vas a la verbena en busca de Susana. Por la mañana la habías visto pasear en un coche con un viejo y vas a reclamarle, muerto de celos. Y tú, Susana, quieres hacerlo rabiar y juegas con los celos del muchacho. ¿Comprendido?

—Sí, señor —contestaron ambos al unísono.

—Adelante, entonces.

Renzo, con el guión en la mano, pues aún no había tenido tiempo de memorizar la letra, comenzó:

—*¿Dónde vas con mantón de Manila? ¿Dónde vas con vestido chiné?*

Y Lucía, como Susana:

—*A lucirme y a ver la verbena, y a meterme en la cama después.*

Cuando Lucía comenzó a cantar, Renzo levantó el rostro del papel que sostenía y la miró a los ojos. Parecía que era la primera vez que la

veía, que notaba su presencia. La muchacha tenía una voz dulce, envolvente y ella creyó percibir un destello de admiración en la mirada del joven.

A partir de ese instante, de ese reconocimiento, la escena entre ambos evolucionó naturalmente. Renzo apenas miraba el guión y envolviendo a Lucía con sus movimientos continuó:

—*¿Y por qué no has venido conmigo, cuando tanto te lo supliqué?*

Y Lucía, coqueta, jugaba a la indiferencia:

—*Porque voy a gastarme en botica, lo que me has hecho tú padecer.*

Y siguieron la escena hasta el final, escena que parecía haber sido ensayada mil veces.

Desde las butacas, el director y su ayudante se miraron asombrados, complacidos. La pareja había congeniado y eso se notaba. Entre los protagonistas había "chispa".

Tina también había percibido la conexión entre los protagonistas y, como no estaba dispuesta a dejar pasar la pequeña victoria obtenida unos minutos antes, se acercó rápidamente a Renzo y zalamera intentó:

—Hola, yo soy Tina. Soy la suplente de Lucía y si querés te puedo ayudar a ensayar el número. A vos te serviría para ponerte al día y a mí para prepararme para, Dios no lo quiera, reemplazar a la protagonista.

Renzo, visiblemente incómodo, no sabía qué contestar pues la intromisión de la muchacha lo había sorprendido, aún no se desprendía del personaje interpretado.

—Pues no sé, sí tal vez me haga falta… si Lucía está de acuerdo…

—Sí claro, ¿por qué no? Yo ahora no puedo continuar pero hacés bien en ofrecerte, Tina, al fin y al cabo sos la suplente, la segunda.

Dijo esto con más dureza de la que hubiera querido. Bajó del escenario y tomando sus cosas, se encaminó a la salida. ¿Qué le pasaba? Ella no era así. Es cierto que Tina había actuado como una buscona, ¿pero qué le importaba a ella? Ahora no tenía tiempo de analizar lo que había sucedido, después tal vez tendría que pedir disculpas, pero por el momento lo único que necesitaba era salir de allí.

Unos metros más adelante, Guadalupe observaba la salida airosa de Lucía y la mirada contrariada con la que Renzo la seguía. Sonrió y se dijo: Ya lo creo que acá hay "chispa".

Los días siguientes fueron una sucesión de rutinas agotadoras, se notaba que Renzo estaba haciendo grandes esfuerzos por aprender su parte y ponerse a la altura del resto del elenco.

En el descanso, Renzo se acercó a Lucía que leía las líneas que debía memorizar para el ensayo de la siguiente escena:

—¿Crees que llegaremos a tiempo? —preguntó—. ¡Faltan tan pocos días!

—Yo creo que sí, los ensayos están saliendo bien. A propósito, te debo una disculpa.

—¿A mí, y por qué?

—Porque si por mí hubiera sido ni siquiera habrías dado la prueba. Aún hoy me cuesta creer que me hables en italiano y cantes en castizo. ¿Cómo lo hacés?

—Actuación. Cuando actúo todo me sale naturalmente, no es algo que tenga que trabajar demasiado. ¡Y tendrías que verme cuando canto tangos, me brota el arrabal!

—¿También cantás tangos? ¿Cómo es que no te dedicás a la ópera?

—Lo hago. Pero no quiero agotar mis posibilidades en un solo género. Me gusta viajar y descubrir otros, y cuando descubrí la zarzuela, me enamoré de ella.

—Es curioso que, viniendo de la ópera, te guste la zarzuela. En España siempre se le ha tratado con cierto desdén. Le dicen "el género chico".

—De chico no tiene nada, hay obras que están a la altura de muchas óperas. "La leyenda del beso", por ejemplo, es una pieza de nivel superior.

—Hay tantas obras bellas: "La del manojo de rosas".

—"Luisa Fernanda".

—"El año pasado por agua".

—"Gigantes y Cabezudos".

—"Agua, azucarillos y aguardiente".

—¡Podríamos seguir toda la tarde, es un género tan rico! ¿Y qué vas a hacer cuando terminen las funciones de La verbena? —preguntó Renzo.

—La compañía está pensando en montar otra obra, probablemente sea "Doña Francisquita", y espero que me ofrezcan el papel protagónico. ¿Y vos qué vas a hacer?

—Lo decidiré entonces. Tal vez intente profundizar en el tango o irme a Méjico o Venezuela donde también hay comunidades importantes de españoles, a seguir por el camino de la zarzuela, ya veré.

Lucía sintió una pequeña punzada de desilusión que no estaba dispuesta a analizar en ese momento.

—Estás de paso entonces.

—Estoy viviendo, nunca se sabe si algo o alguien pueda retenerme en un sitio —dijo mirándola fijamente—. Sigo mi corazón y tengo un corazón romántico.

Tampoco pensaba analizar la estúpida alegría que le había ocasionado ese comentario.

Debían volver a los ensayos.

Cuando se incorporaron al grupo para seguir las instrucciones del director Lucía descubrió la mirada glacial que le dirigió Tina. Desde el día en que tan mal le había contestado, y por lo cual nunca había pedido disculpas, Renzo no le hacía demasiado caso. Galanteaba con todas, era su naturaleza, pero ponía cuidado en no alentar a ninguna.

Por eso Lucía no pensaba tomarse en serio los comentarios y actitudes de Renzo para con ella. Ni las miradas demasiado intensas, ni los susurros demasiado cercanos, ni los contactos demasiado largos. No necesitaba distracciones, lo único que importaba era que el trabajo saliera bien. ¿O no?

18. Fragmento del aria “No puede ser” de la zarzuela “La tabernera del puerto” de Pedro Sorozabal.

Capítulo XV

Claro que la culpa de que esto pasara
no la tuvo nadie, nadie más que yo,
yo que me reía de que esto acabara
y luego he llorado porque se acabó.[19]

Juan Manuel llegaba a su casa agotado. Esa semana prácticamente no había dormido. Estaba en época de exámenes y no disponía de tiempo suficiente para el estudio y el trabajo. Era responsable de los repartos de la panadería lo cual lo obligaba a levantarse de madrugada. Terminado el recorrido contaba con el tiempo justo para asistir a la universidad. Al volver a casa se dedicaba a estudiar y a dormir unas pocas horas hasta la madrugada siguiente.

También el tema de su noviazgo lo tenía preocupado. Todo esto lo ponía particularmente irritable, lo único que necesitaba era llegar a su cama y dormir un par de horas.

Al entrar a su casa saludó a su padre que estaba sentado a la mesa merendando y rodeado de papeles, y a su madre que volvía de la cocina trayendo el café.

—Hola, hijo, llegas justo para la merienda, siéntate que ya te sirvo —dijo Pilar.

—No, mamá, gracias. Necesito descansar un momento. Mañana tengo examen y pasaré la noche estudiando.

—Siéntate, que tengo que comentarte algo —dijo Jaime.

—Pero papá, ¿tiene que ser ahora? En serio necesito…

—Que te sientes, es importante —insistió.

Juan Manuel, resignado, obedeció a su padre y tomó asiento.

—Está bien, solo un momento, ¿qué son todos estos papeles?

—Estoy sacando cuentas, ajustando tiempos. Estoy abriendo otro turno de reparto, vamos a distribuir tortas en restaurantes y para eso tenemos que llegar con la mercadería antes de mediodía. He tomado como clientes a los principales bares de la zona, El Imparcial, Iberia, El Globo y algunos más. ¡El negocio se expande! —dijo Jaime satisfecho.

—¡Qué bien, te felicito, papá!

—Esto es más bien bueno para ti. Te harás cargo del reparto nuevo.

Juan Manuel tardó en responder:

—Pero, papá, si no te entendí mal este reparto debe hacerse durante la mañana.

—Pues, sí.

—Y yo a la mañana voy a la facultad.

—Ya verás eso más adelante, esto es una oportunidad para ti, para tu futuro.

—Pero…

—Pero, pero. Te estoy ofreciendo la oportunidad de establecerte, y tú lo único que haces es titubear. Más quisieran unos cuantos contar con lo mismo. Tendrás tu propio negocio, hasta ya puedes comprometerte.

Juan Manuel miraba a su padre y no terminaba de entender lo que decía, tal vez el cansancio le estaba jugando una mala pasada.

—¿Comprometerme?

—Pues claro, ya va siendo hora. Si ya estás establecido tendrías que ir concretando con Dolores.

Definitivamente su padre le hablaba en otro idioma. Juan Manuel estaba empezando a perder la paciencia.

—Papá. Yo no voy a comprometerme con Dolores.

—Es que no entiendes, ahora sí podrás hacerlo —insistió Jaime—. Hasta ahora no tenías nada que ofrecerle pero con esto...

—Te lo voy a decir de otra manera. No quiero comprometerme con Dolores porque no pienso casarme con Dolores.

Jaime lo miró alarmado.

—¿De qué estás hablando?

—Lo que oíste. No voy a casarme con Dolores, no estoy enamorado de ella.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Enamorado! Hay un compromiso. Estamos hablando de esto desde que eran niños. Además Dolores será una esposa excelente, es discreta, de su casa. Hoy en día no es fácil encontrar chicas así, sino mira nada más sus hermanas. La más chica se la pasa en los teatros y la del medio va a la universidad. Tienen pajaritos en la cabeza...

—Y tal vez a mí me interesan las cabezas con pajaritos, ¿nunca lo pensaste?

—¿Qué quieres decir? —Jaime lo miró con esa expresión de enojo que toda su familia solía evitar.

Juan Manuel estaba harto, no quería que las cosas se desencadenaran así pero su paciencia llegó al límite; se puso de pie y elevando la voz espetó:

—Estoy enamorado de otra mujer. Una mujer con pajaritos en la cabeza como decís vos. Amo a Macarena desde siempre y ella a mí. Vamos a casarnos en cuanto me reciba de médico.

Jaime se incorporó, furioso.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre? Eso es algo que no se discute, ¿es que los compromisos no significan nada para ti?

—¿Qué compromiso? ¿Desde cuándo lo que vos querés es una obligación para mí? Es mi vida y yo voy a decidir con que mujer compartirla.

—¿Y qué clase de esposa sería Macarena? ¿Cómo llevará adelante una casa y los hijos, paseándose por la universidad? ¿O es que piensas

cocinar tú?

—¡No veo porqué no!

—¡Pollerudo! Te estoy dando la vida resuelta y me vienes con pavadas.

—Me das la vida que vos querés que yo tenga, pero no me estás escuchando. Yo no quiero una esposa adecuada, quiero una mujer que me acompañe pero que no sea mi sombra. Tu idea del matrimonio no es la mía.

En ese momento Juan Manuel se volvió a mirar a Pilar que estaba parada en la puerta de la cocina mirando a ambos, asustada.

—Disculpame, mamá, no quiero ofenderte. Siempre me pregunté cómo siendo tan inteligente, te mantenés al margen de todo. —Y dirigiéndose a Jaime le cuestionó—: ¿Acaso le preguntaste alguna vez lo que piensa, qué le parece mejor?

—Yo soy el hombre de la casa.

—Y ella es tu sombra. No quiero eso para mí. Me casaré con la mujer que amo, y la amo porque piensa por sí misma.

—Veo que tú también tienes la cabeza llena de pájaros. Te lo planteo así, mientras vivas en mi casa, aceptarás mis reglas. La semana que viene comienzas el nuevo reparto y no se hable más.

Jaime dio por terminada la conversación pero Juan Manuel no, se plantó frente a su padre y en un tono que no admitía réplicas le dijo:

—Y yo te lo planteo así: No haré ese trabajo porque mi prioridad es ser médico y me casaré con quien quiera.

—¡No me desobedezcas, Juan Manuel, porque te echo de casa! —gritó Jaime.

—¡No me eches, yo me voy!

Y se fue dando un portazo dejando a Jaime asombrado y furioso, y a Pilar deshecha en llanto.

19. Fragmento de “Te lo juro yo” de Rafael de León y Manuel Quiroga.

Capítulo XVI

Si cantan es ti que cantas; si choran , es ti que choras
I es o marmurio do río, i es a noite i es a aurora
En todo estás e ti es todo, para min y en min mesma moras
Nin me dexarás ti nunca, sombra que sempre me asombras[20]

[Sí cantan eres tú que cantas; sí lloran, eres tú que lloras
Y eres el murmullo del río, y eres la noche y eres la aurora
En todo estás y tú eres todo, para mí y en mí misma moras
No me dejarás tú nunca, sombra que siempre me asombras]

Mariquita había conseguido para ese día un palco completo. No era para menos. Toda la familia tenía motivos para estar presente esa noche tan importante para Lucía y Guadalupe.

Lamentablemente los acontecimientos de los últimos días opacaban este momento tan esperado.

Había tres ausencias muy notorias.

Jaime no iría porque todos se habían esforzado por ocultar el debut de Lucía. Al hombre no le llamaría la atención la concurrencia del resto de la familia. Era muy frecuente que a Mariquita como vestuarista del teatro le resultara sencillo conseguir entradas para distintos estrenos a los cuales invitaba a sus amigas. Jaime prefería no concurrir a ese tipo de espectáculos.

Pero también faltarían Dolores, que no había tomado bien el noviazgo de Macarena y Juan Manuel y, sabiendo que iba a encontrarse con la pareja en el teatro, no estaba preparada para el momento. Y Alfonso, que no quiso dejar sola a su hija mayor. Julia y Alfonso no estaban en una buena situación. Se habían dividido esa noche tratando de demostrar apoyo a cada una de sus hijas.

Mariquita no iba a poder compartir el espectáculo en el palco con su familia porque debería ocuparse de su trabajo, pero le habría gustado acompañar a cada uno de ellos que tenían sus propios motivos de cavilación.

Maruja y Juan Manuel fueron los primeros en ingresar al palco reservado para ellos. Desde la pelea con Jaime, su sobrino vivía con ella y con Sonsoles en el hotel. Agradecía la oportunidad de atenderlo y malcriarlo, siempre había sentido debilidad por el único varón de la familia y, si bien lamentaba que estuviera pasando esa situación con su padre, no podía evitar alegrarse por tener la posibilidad de mimarlo todo lo que podía.

¿Quién no querría tener un hijo como Juan Manuel? Tan responsable y estudioso. No cualquiera estudiaba para médico, sin embargo él se había embarcado en una carrera difícil con mucha seriedad, y ello le valió el disgusto con su padre. ¿Quién no valoraría tener un hijo así? ¿Quién no valoraría, tan solo, tener un hijo?

Julia y Macarena llegaron un momento después. A la mujer no le pasó inadvertida la ansiedad con la que su hija quería llegar y la

emoción con la que, al fin, se encontró con Juan Manuel. Los jóvenes se amaban, ahora resultaba obvio a los ojos de todos, pero sufrían la injusticia de construir su felicidad a costa de la dicha de Dolores. Se sentaron muy juntos un poco más atrás que las mujeres y, tomados de la mano, hablaban más con los ojos que con palabras.

Trató de quitarles su atención. Los últimos días el noviazgo inesperado había monopolizado las conversaciones y los momentos en familia se habían agriado. Y eso no era justo para Guadalupe. Esa noche, su hija menor también debutaba en una profesión con la que había soñado durante mucho tiempo. Era la más inquieta de sus hijas y desde niña no perdía oportunidad de dar vueltas por el teatro, en principio acompañando a su tía Mariquita y luego, sin necesidad de excusas, se colaba donde podía y aprendía viendo trabajar a iluminadores, escenógrafos, directores, vestuaristas, coreógrafos y tramoyistas. Por las cosas que le contaba su hermana, Guadalupe se había convertido en un verdadero incordio para los trabajadores pero, a fuerza de constancia y simpatía no había dejado rincón sin revisar ni duda por resolver. El mundo del teatro la había subyugado y por fin consiguió su lugar. Su madre no podía estar ausente en este momento tan importante, así que decidió arrinconar el problema que existía entre sus otras dos hijas por el momento. Esa noche sería de Guadalupe.

Sonsoles llegó sola y todos le preguntaron por Pilar, pues se suponía que vendrían juntas. Les explicó que había decidido pasar por camarines para dar un último abrazo a Lucía antes del debut, y tomó asiento al lado de sus amigas.

Se tomó unos minutos para recorrer el teatro con la mirada. Siempre que la invitaban ejercitaba el mismo ritual y agradecía. Agradecía a Dios el poder estar disfrutando de esos momentos ni siquiera imaginados en la aldea orensana en la que había nacido. Como solía decirle a sus amigas: *os galegos traballamos para poder comer e comemos para poder traballar*. Y realmente era así en su pueblo, salvo alguna fiesta de santos y las reuniones de domingo, no había otras formas de entretenerse. Los teatros eran algo de lo que se oía hablar a algún indiano, es decir, los que se habían ido a América y volvían con dinero y experiencias que contar, pero para los campesinos no eran más que conceptos que vivían en la imaginación.

Y a veces extrañaba, especialmente el verde. La ciudad tenía su belleza pero a ella le faltaba el paisaje. Sus vegas, sus montes, sus bosques en cuyo silencio podía percibirse la presencia de los trasnos, acechando para hacer sus travesuras.

Pero estaba agradecida a este país que la cobijó y a esas hermanas que la vida les había puesto en el camino cuando más las necesitaba,

cuando estaba al borde de la desesperación, viuda y con tres hijos pequeños en tierra extraña.

Había llorado muchas lágrimas, pero la vida la había compensado con algunas verbenas.

Pilar llegó cuando comenzaban a apagarse las luces. Apenas tuvo tiempo de acomodarse y saludar al resto. Solo por gestos, pues no quería interrumpir ese momento místico en el que el telón se abría y la magia comenzaba.

Ballet y orquesta iniciaron el espectáculo con el Preludio de la zarzuela envueltos en la escenografía de un barrio de Madrid. Era curioso, ella conocía Madrid por el decorado de un teatro, pues nunca había estado allí. Habían ido de la aldea directamente al barco, ¡y de eso hacía ya tantos años!

Rápidamente el público entró en clima de fiesta. Pilar observaba a Juan Manuel y Macarena, más interesados en develar los misterios de los ojos del otro que de lo que ocurría en el escenario. Como madre estaba muy feliz por su hijo, no había más que ver la alegría en el rostro del muchacho al mirar a su novia. Pobres chicos, habían ocultado durante tanto tiempo lo que sentían que, como todo secreto, generó una presión que estalló de la peor manera, en el peor momento.

Lucía ingresaba a escena. La observaba moverse con desenvoltura y encanto y casi no la reconocía. Y cuando cantó, su voz inundó el teatro y Pilar fue testigo del embrujo de esa voz sobre los oyentes. "Mamá, yo nací siendo cantante" le había dicho aquella noche, hacía muchos años, ante la furia de Jaime. Esa noche en la cual ella había tomado por primera vez una decisión por sí misma: apoyar a su hija desobedeciendo a su marido.

Este debut era muy similar a ese comienzo en el Centro Lucense. La determinación de su hija era la misma, la furia de Jaime también.

Pilar había intentado varias veces tocar el tema con su esposo. Cada vez que creía que podía hacerlo cualquier detalle insignificante la convencía de que no era el momento y justificaba su cobardía. Hasta que la discusión con Juan Manuel había dado por tierra con todos los momentos oportunos. Desde ese día Jaime estaba más irascible que nunca. Pero sus amigas tenían razón, más tarde o más temprano tendría que decírselo y asumir las consecuencias de la decisión tomada esa noche en el Centro Lucense.

Sus hijos no dejaban de sorprenderla. ¡Ambos eran tan valientes! ¡Cuánto tenía ella que aprender de ellos! Sabían lo que querían y, más importante aún, sabían lo que no querían para sus vidas. Y allí iban, llevándose el mundo por delante y derribando obstáculos. ¡Aunque el

obstáculo de ambos fuera su propio padre!

A pocos metros, detrás del telón, los actores se ubicaban para la sucesión de saludos. Lucía estaba feliz pero una nube ensombrecía ese gran día.

Su padre.

Estaba obligada a mantener el secreto pues así se lo había prometido a su mamá. Lucía debutaba con el nombre artístico de Lucía del Mar, pero no se hacía ilusiones respecto a que ello le permitiera mantener el anonimato ante su padre. Prácticamente actuaría en sus narices, y eso la inquietaba. Pilar decía que ya se lo iba a decir, que tenía que encontrar el momento adecuado y ella debía respetar su promesa.

El espectáculo llegaba a su fin. Se corrió el telón y los artistas saludaron. El público aplaudió de pie y el elenco completo estaba eufórico y debió salir varias veces.

Cuando bajó el telón definitivamente, todos se saludaron y felicitaron, felices.

Cuando Lucía se dirigía a su camarín, sintió que la tomaban de un brazo y la llevaban hacia un rincón oculto a las miradas de todos.

—¡Estuviste maravillosa! —le dijo Renzo y a continuación la besó apasionadamente.

Lucía estaba confundida por la sorpresa y también por las sensaciones que ese beso despertaba en ella. Comenzó a abandonarse al mismo, hasta que una alarma se activó en su interior. Se separó bruscamente de Renzo y le dio una bofetada.

—¡Pero qué te crees que soy! El que sea una artista no te da derecho a tratarme como a una cualquiera, yo soy una mujer decente.

La muchacha se soltó del abrazo ante el asombro de Renzo, que después de unos segundos volvió a tomarla del brazo para que no se fuera.

—No sé de dónde has sacado ese disparate. Te besé porque te quiero, porque me enamoré de ti. Y me enamoré de ti porque eres la artista que eres, no puedo dejar de admirarte. Estuviste brillante y estuve deseando este beso toda la noche. Creí que tu podías sentir lo mismo por mí. Jamás se me ocurrió que fueras una mujer fácil. No quise ofenderte, discúlpame. No volverá a suceder.

La soltó bruscamente y se encaminó a su propio camarín. Lucía se sintió una tonta. El beso la había asustado y su reacción había sido exagerada. Lo había herido; una catarata de prejuicios habían movido su mano al momento de la bofetada. La preocupación por la opinión de su padre que la había perseguido toda la noche se abrió camino, impidiéndole simplemente sentir. Sentir ese beso que le había gustado tanto.

A la salida el elenco entero celebró en El Imparcial el éxito del debut. Renzo estaba retraído, comportamiento poco habitual en él, y trataba a Lucía con cortesía pero en forma distante. Se sucedían los brindis y el grupo se volvía cada vez más bullicioso, llamando la atención de los demás asistentes del restaurant, alguno de los cuales se acercaban a felicitarlos.

Lucía volvió a su casa con una opresión en el pecho, la noche tan esperada se había arruinado por su culpa.

Renzo le había declarado su amor y ella lo había humillado.

20. Fragmento de "Negra sombra" de Rosalía de Castro.

Capítulo XVII

Es caminar siempre errante mi triste sino
sin encontrar un descanso en mi camino.
Ave perdida, nunca he de hallar
un nido amante donde cantar.[21]

Juan Manuel sabía que su padre no se encontraba en casa a esa hora, era habitual que se juntara con algunos amigos a jugar al billar. Por eso aprovechó ese momento para ir a buscar sus cosas.

Su tía Maruja lo había alojado en su propia habitación del hotel, hasta que tuviera en claro qué haría de allí en más. De pronto se había visto sin casa y sin trabajo. Lo único que veía con claridad en ese momento era su amor por Macarena y su determinación por recibirse de médico. La forma en que lograría ambos objetivos era una incógnita.

Tal como había previsto, solo su madre y su hermana estaban en la casa. Pilar lo abrazó con fuerza y se le escaparon unos sollozos. En realidad, desde la pelea que habían tenido Jaime y Juan Manuel, no dejaba de llorar.

Lo hizo sentar a la mesa, y comenzó a descargar toda la comida que iba encontrando en la heladera. Lucía le cebaba mate y Juan Manuel se quejaba.

—Dejá, mamá. ¿Te olvidás que estoy viviendo con tu hermana? No hace más que darme de comer.

—¿Y qué necesitas? ¿Dinero, verdad? —preguntó Pilar.

—Todavía tengo algo, lo que necesito es ordenar mi vida, pero no te preocupes. Voy a estar bien.

—¿Hablaste con el tío Alfonso? ¿Cómo tomaron la noticia allí? —preguntó Lucía.

—No te voy a mentir. Estaban sorprendidos. Dolores no lo tomó bien. No le habla a Macarena, pero en general, los tíos se lo han tomado mejor que papá. Sé que van a terminar entendiendo que es preferible que me case con Macarena por amor y no con Dolores por compromiso. Compromiso que ninguno de nosotros aceptó nunca.

—Yo tengo la ilusión de que tu padre cambie de opinión. Ya sabes lo tozudo que es, pero con el tiempo...

—¡Mamá, no te engañes! —dijo Juan Manuel—. Papá es incapaz de dar el brazo a torcer. Voy a recoger algo de ropa y me voy, no quiero estar acá cuando llegue.

Juan Manuel se dirigió al cuarto.

—Mamá, yo opino lo mismo que mi hermano —dijo Lucía—. Jamás va a echarse atrás, tenemos que hablar con él de lo mío, si no va a ser peor.

—Yo creo que exageran, ya verán que con el tiempo... —intentó

Pilar, pero no pudo terminar la frase.

Jaime llegó hecho una furia y empujó la puerta que se cerró con gran estruendo.

Pilar y Lucía salieron de la cocina y entraron en la sala para encontrarse con el hombre que, totalmente descontrolado, se acercó a Lucía y la sacudió por los hombros.

—¿Adónde vas todas las noches? No me repitas el cuento de que estudias enfermería. ¡Dime la verdad!

Lucía desvió la mirada, no podía seguir mirando a su padre a la cara. Lo que veía en esos ojos la asustaba.

Jaime, al notar la evasión volvió a zamarrearla.

—¡Dímelo!

Lucía lo intentó, titubeante.

—Trabajo en la obra del Avenida. Soy actriz y cantante y…

La bofetada no se hizo esperar.

Pilar gritó y se lanzó contra su marido para separarlo de Lucía. Esto no evitó que Jaime siguiera increpando violentamente a su hija.

—¡Actriz y cantante!… ¡Una puta es lo que eres! ¿Desde cuándo mi hija es una cabaretera? ¿Es que acaso no se te ha dado una buena educación, no se te ha criado como una mujer decente?

Al escuchar los gritos desde su cuarto, Juan Manuel vino corriendo.

Al verlo, la furia de Jaime creció.

—¿Y tú qué haces aquí? No quiero verte más en esta casa, ¡vete!

Dicho lo cual volvió a dirigir su violencia hacia Lucía, pero ya Pilar se encontraba en medio de ellos protegiendo a su hija.

—¡Quítate del paso, que la voy a moler a palos! ¿Cómo es posible que vengan los vecinos a contarme en qué anda mi hija? ¡Los vecinos, por Dios, qué vergüenza! No solo me entero a qué te dedicas, también te dejas ver en bares como una mujer de la calle. ¡El lugar de una mujer decente está en su casa! ¿Acaso no te ha enseñado nada tu madre?

Tomando conciencia de sus propias palabras, Jaime miró a su esposa que le devolvió la mirada con firmeza.

—¡Tú lo sabías! Tú sabías lo que hacía tu hija y lo consentiste, me lo ocultaste. Le permitiste seguir adelante con algo que yo le había prohibido. ¡Dejaste que se convirtiera en una mujerzuela!

Sacando fuerzas que no sabía que tenía, Pilar enfrentó a su marido.

—Lucía es una artista, una excelente artista, y no es una mala mujer. ¡Por Dios, Jaime, déjala en paz! ¡Todo esto es porque eres infeliz!

—¿Me estás insultando?

—No, te estoy diciendo la verdad que nunca te dije. Tú te enamoraste de una mala mujer, perdiste la cabeza por ella y ella no te quiso. Eso te convirtió en un hombre infeliz. Amargó tu vida al punto

de no permitirte amar a los tuyos.

Jaime miraba asombrado a su mujer, no tenía idea de que Pilar estuviera al tanto de su historia.

—¿Qué quieres decir?

—Que te enamoraste de una mujer que te rechazó porque no tenías nada que ofrecerle. Desde ese momento solo pudiste brindar amargura a los que nos mantuvimos a tu lado. ¡Amparo era una ramera, tu hija no lo es! ¡Déjala en paz!

Jaime respiró hondo, procesando la sorpresa. No podía creer lo que su mujer le decía, ni cómo se lo decía. ¿Qué estaba pasando?

Después de un tenso silencio, solo interrumpido por los sollozos de Lucía, miró a Pilar y le dijo:

—Nos volvemos a España, en cuanto pueda arreglar lo necesario, nos vamos. Yo no voy a soportar esta vergüenza. Un hijo que no obedece a su padre y una hija artista. Es demasiado. Comienza a empacar, ¡nos vamos cuanto antes!

Pilar se sintió morir, esas eran las palabras casi exactas que había pronunciado su padre tantos años atrás. *¡Nos vamos porque lo digo yo!*

Algo muy fuerte comenzó a crecer en su interior, algo que amenazaba con ahogarla si no lo dejaba salir.

Jaime se dirigía hacia la puerta dándole la espalda, cuando la voz de su mujer lo detuvo.

—¡No!

El hombre giró lentamente y con actitud amenazante preguntó:

—¿No, qué?

—No me voy, yo no iré contigo.

—Tú eres mi esposa y debes hacer lo que yo digo. ¡Y yo digo que nos vamos a España!

—Sí, soy tu esposa, y siempre he sido una buena esposa, te he obedecido en todo aún sin estar de acuerdo, porque así me enseñaron y así lo creí. Soy tu esposa, pero también soy madre, fundamentalmente soy madre. Y tú estás atacando a mis hijos. No me pongas a elegir, Jaime, entre ser esposa y ser madre, porque no tengo dudas de cuál será mi elección.

Jaime la miraba cada vez más furioso, pero Pilar ya no tenía miedo, algo se había desbocado desde lo más profundo de su ser y ya no podía controlarse.

—Pilar, no digas tonterías. He dicho que nos vamos, ya tomé una decisión y sabes que soy muy tozudo. ¡Ya está decidido!

—¡Vete tú si quieres! Escápate como ya has hecho una vez. Te escapaste de España porque no pudiste soportar un rechazo y ahora quieres escaparte de Argentina por una estúpida tozudez…

—¿Te atreves a llamarme estúpido?

—Yo solo digo que la tozudez es siempre estúpida, el que se

enorgullece de ser tozudo eres tú…

Jaime no pudo soportar la afrenta y se abalanzó sobre Pilar con el brazo en alto.

Inmediatamente sintió un puño de hierro que se cerraba sobre su muñeca.

Al girar la cabeza se encontró con la mirada de su hijo. A su misma altura. No era su hijo, era un hombre y estaba furioso.

—Papá, bajá el brazo. Hacelo por las buenas. No me obligues a bajártelo a la fuerza. Si le ponés una mano encima a mi madre, no sé de lo que soy capaz.

Los hombres midieron sus fuerzas durante unos momentos que a las mujeres les resultaron eternos. La tensión era tan grande que parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Finalmente Jaime depuso su actitud y miró a su familia.

¡Su familia!

Sus hijos se habían acercado a la madre en clara actitud de apoyo. Los tres contra él. ¿Qué había sucedido? Los desconocía. ¿En qué se había convertido él para ellos? ¿Cómo se atrevían a desobedecerlo, a desafiarlo abiertamente? ¿En qué lugar quedaba un jefe de familia que no era respetado? Era humillante. ¡Su familia lo había humillado! No podía continuar tratando a sus conocidos con la vergüenza de que todos supieran que era un hombre no respetado. ¿Y sin respeto, qué le quedaba? Únicamente el orgullo. ¡Debía por lo menos conservar su orgullo!

—Está bien, si eso quieren… Yo me voy a España, solo.

Mientras se iba Pilar llegó a una triste conclusión:

—¡Es lamentable! Durante tantos años, la gente se vio obligada a partir por hambre y por persecuciones políticas, separándose de sus afectos, dejando su tierra. Para miles de personas la migración es un recurso extremo, empujada por la necesidad y tú solo lo haces por cobardía. ¡Tú no emigras, tú huyes!

***

Unas cuantas palmadas en la espalda.

A eso quedaban reducidos tantos años de amistad.

Alfonso no se engañaba. Esas palmadas en la espalda eran probablemente el último contacto físico que tendría con Jaime.

Había intentado persuadirlo por todos los medios de que no partiera, no de esa manera irreversible. Pero fue inútil, el orgullo de su amigo no le permitía dar un paso atrás.

Y se habían despedido allí, en ese aeropuerto grande, moderno y

frío.

Porque Jaime volvía a su tierra en avión. Una forma de viajar que prometía depositarlo en España en tan solo treinta y seis horas. Su amigo podía darse ese lujo, podía permitirse pagar el elevado costo del pasaje porque tenía un buen pasar. Este país le había brindado la posibilidad de progreso económico que tantos habían venido a buscar. Pero no le había dado la paz que necesitaba más que las pesetas. No había tierra capaz de acallar los demonios que cada uno lleva dentro, esos viajan con cada quien y Jaime no hacía más que pasearlos entre uno y otro lado del océano.

Llegó a la terraza del aeropuerto de Ezeiza. Allí, en medio de la pista, estaba la máquina gigantesca que se llevaría lejos a su amigo. Alfonso no alcanzaba a entender cómo ese aparato monstruoso podría llegar a elevarse y surcar los cielos, pero a Jaime no parecía preocuparle, al contrario, lo seducía la posibilidad de llegar cuanto antes.

¡Era todo tan distinto al modo en que habían llegado hasta aquí hacía ya veinticinco años! No había centenares de personas agolpadas en torno al barco, despidiendo a los suyos con sus pañuelos al viento. Aquí solo algunos lo acompañaban en la terraza, conformándose con ver a sus familiares perderse en la boca abierta del monstruo metálico.

¡Y no había bocina! Aún podía sentir el sonido estremecedor de la bocina que indicaba que el barco estaba próximo a zarpar. Ese sonido que todo emigrante lleva marcado a fuego. Esa sirena que marca el punto de no retorno, que convierte en realidad lo que, hasta el momento habían sido solo sueños.

Los pasajeros ya comenzaban a acercarse al avión. Alfonso identificó a Jaime, con su andar erguido, sin volverse, encaminándose con determinación hacia la escalerilla que le prometía vaya uno a saber qué futuro deseado que aquí no había podido hallar.

Solo cuando estaba a punto de entrar al avión se detuvo, giró hacia la terraza y quitándose el sombrero, levantó el brazo en un saludo al aire.

Alfonso devolvió el gesto y se alegró de que, a esa distancia, no pudiera ver su rostro. De haber podido hacerlo, con seguridad le habría dicho:

—¡No te digo yo que estás hecho un gilipollas! ¡Los hombres no lloran, joder!

21. “Fragmento de “Canción húngara” de la zarzuela “Alma de Dios” de Carlos Arniches y Enrique García Álvarez. Música de José Serrano.

Capítulo XVIII

¡Ay mi morena, morena clara!
¡Ay mi morena, qué gusto da mirarla![22]

La última noche que dormía en su cama, la última vez que ingresaba a su cuarto. A partir del día siguiente esta sería “la casa de mamá” porque su casa sería otra, la que iba a compartir con su marido.

Por ser su última noche de soltera, se habían reunido todas las mujeres en la panadería para ultimar los detalles y los consejos.

Por fin la habían convencido para que subiera a su cuarto a descansar. Las mujeres se encargarían de ordenar todo.

Y ahora entraba a su habitación por última vez siendo soltera. Se dirigía al ropero para sacar su camisón, cuando le pareció escuchar ruidos en la calle. No les dio mayor importancia y ya se disponía a continuar con su labor cuando escuchó el rasgueo de una guitarra. Se detuvo, extrañada.

Se dirigió a la ventana y miró hacia abajo, un grupo de personas se había juntado bajo su ventana.

En eso se escuchó una voz que recitaba:

Ya que alegres venís y cantando,
con vosotros yo quiero cantar.
Cantar mis amores, pues me enamoré.

A lo cual un grupo de voces contestó:

Amores que cantan, acaban en bien.

Abrió rápidamente la ventana y se asomó a saludar al novio y a los compañeros que lo acompañaban en su serenata.

Él comenzó a cantar con su bellísima voz:

En una dehesa de la Extremadura,
tengo una casina blanquina y chicuca.
Parece un palacio mi pobre casina,
pues guarda una moza como una infantina.
Me llena de gozo saber que la moza,
me aguarda y me espera contando las horas;
pensar que la tratan igual que a una reina,
y ser en mis prados el rey que la espera.

Renzo la miraba intensamente y a Lucía las lágrimas de emoción le nublaban la vista.

¡Ay mi morena, morena clara!
¡Ay mi morena, qué gusto da mirarla!
Toda la vida mi compañera,
toda la vida será la mi morena.

Aquí fue el turno del coro de apoyar el estribillo. Coro al que pronto comenzaron a agregarse las voces de algunos vecinos que, desde sus ventanas se sumaban a la serenata.

Lucía bajó corriendo y cuando la canción terminó salió a la calle a abrazar a Renzo ante el aplauso de todos los que se habían unido al festejo.

Su familia, sabiendo la sorpresa que el novio le tenía preparada, se sumó a la misma abriendo la panadería y repartiendo bocados dulces y sidra.

Muy pronto la cuadra se vistió de fiesta y los músicos que habían acompañado al novio siguieron tocando y cantando.

Los novios pudieron apartarse por un momento de todo el bullicio.

—¡Gracias, fue una hermosa sorpresa! —dijo Lucía emocionada.

—No me lo agradezcas, me hace feliz verte contenta. Además habrás visto que me ayudó mucha gente.

—Sí, estaban todos confabulados. Con razón mi madre me insistía tanto para que subiera a mi cuarto.

—Nos tenías a todos los del teatro esperando en la esquina. Ya se me estaban por rebelar los músicos. ¿Te gustó el tema que elegí?

—Claro, una serenata con zarzuela, muy original.

—Cuando tuve que elegir un tema, no lo dudé. La letra expresa lo que deseo, te quiero de compañera toda la vida.

Se besaron emocionados ante los silbidos y burlas de los presentes que no les quitaban ojo de encima.

—¿Eres feliz? —preguntó Renzo.

—¡Muy feliz!

—¿A pesar de que tu padre no estará aquí para nuestra boda?

—Hubiera preferido que las cosas fueran distintas pero, estuve pensando mucho y si ahora estamos aquí, a punto de casarnos, es porque pasó lo que pasó.

—¿Qué quieres decir?

—Casi te pierdo. Después del primer beso y del bofetón no volviste a acercarte. Y tenías razón, pero mi orgullo no me dejaba reconocer que me había comportado como una tonta.

—Sin embargo lo venciste. Yo estaba decidido a irme a Venezuela, pero...

—Yo fui a pedirte que no lo hicieras, que si todavía me amabas, te quedaras conmigo.

—¡Gracias a Dios que eso sucedió!

—No, no fue gracias a Dios sino gracias a Jaime. Mi padre me enseñó que el orgullo mal entendido solo puede perjudicarnos, nos aleja de los afectos dejándonos solos, aislados. Es lo que pasó con él. Me costó mucho pedirte disculpas después de haberte tratado tan mal, pero te amaba y no quería perderte.

—¡Ahora me tienes para siempre! —y comenzó a cantarle al oído.

¡Ay mi morena, morena clara!
¡Ay mi morena, qué gusto da mirarla!
Toda la vida mi compañera,
toda la vida será la mi morena.

22. Fragmento del Coro de Vareadores y romanza de Vidal “Ay, mi morena” de la zarzuela Luisa Fernanda de Federico Torroba y libreto de Federico Sarachaga y Guillermo Iturralde.

Capítulo XIX

Ay! Amor ya no me quieras tanto
Ay! Amor no sufras más por mí
Si no más puedo causarte llanto
Ay! Amor olvídate de mí[23]

Buenos Aires, 1958

Mariquita se dirigía a su reunión de todos los sábados por la tarde en la casa de sus amigas.

Tras la partida de Jaime, Sonsoles se había mudado a vivir con Pilar y Maruja. Entre las tres habían sacado adelante la casa de comidas.

La distribuidora de panificados se había vendido y Jaime se había llevado el producido a España para comenzar un negocio en Madrid, dejándole a su familia la casa y la panadería que lentamente se había ido transformando en un bar.

A partir de entonces las hermanas se dedicaron con ahínco a sacar el negocio adelante y lo habían hecho bien, ofrecían comidas caseras en porciones abundantes y servidas con sencillez, limpieza y buenos modos. Rápidamente se hicieron una buena fama y era habitual que tanto la gente que trabajaba en la zona como los residentes de los hoteles se acercaran a comer o a picar algo porque allí nunca faltaban el *Pan do Carballo*, especialidad de Pilar, ni una buena porción de tortilla a la española hecha por Maruja.

Si bien el bar conservaba el nombre original y un poco ostentoso de "Sol de España", todo el mundo lo llamaba "lo de las gallegas".

Mucho le costó a Mariquita convencer a sus amigas de cerrar el local a partir del mediodía del sábado a fin de dejarles tiempo de descanso. Gracias a eso ahora tenían libre el sábado por la noche y el domingo que utilizaban para almorzar en familia.

La labor de Mariquita dentro del grupo era conseguir que las mujeres hicieran algo diferente a trabajar. Se juntaban los sábados por la tarde a tomar unos mates, hábito criollo que todas habían adoptado.

Mariquita, que era la más instruida, les leía la revista *Galicia Emigrante*. A sus amigas les gustaban sus alegres portadas ilustradas por Luis Seoane. Casi siempre eran campesinas gallegas trabajando que convocaban recuerdos de su tierra.

Después, si tenía suerte, las convencía de salir a ver algún espectáculo de los muchos que se ofrecían en la ciudad, o simplemente a caminar por Avenida de Mayo donde no faltaban las distracciones y el encuentro con conocidos, pues la zona se había convertido en un reducto de la colectividad.

Ese sábado era distinto, Mariquita tenía una noticia que dar y el

habitual clima de cotilleo despreocupado se alteraría.

Las tres mujeres ya la esperaban con la mesa preparada.

—Por fin *chegas* —dijo Sonsoles—. Vamos, siéntate que la Pilarica *preparou unha* Tarta de Santiago que, si sabe como huele, será *unha festa*. No queríamos comenzar *sen ti*.

Mariquita tomó asiento y esperó a que circularan los primeros mates y las primeras porciones de torta, que efectivamente estaba exquisita.

Cuando Pilar se disponía a volver a calentar el agua del mate, Mariquita la detuvo:

—Pilar, siéntate, tengo que decirte algo.

El tono usado por su amiga llamó la atención de Sonsoles y Maruja que se concentraron en lo que la mujer estaba por decir.

—Pilar, Alfonso recibió hoy un telegrama de España, de ese amigo que tenían en común con Jaime, ya sabes, de la juventud…

Hizo una pausa sin saber cómo continuar.

—Sigue —la instó Pilar—. ¿Qué dice el telegrama?

—Jaime ha muerto.

Un suspiro de asombro acompañó el anuncio, inmediatamente tres pares de manos se acercaron a las de Pilar que había empalidecido.

Se produjo un largo silencio en torno a esas manos unidas que decían mucho más que cualquiera de las fórmulas universalmente usadas para dar el pésame. Al cabo de un momento, Pilar habló:

—Es curioso, me acostumbré tanto a ser *viuda do vivo* que no sé qué sentir siendo *viuda do morto*.

Dicho lo cual, comenzó a sollozar quedamente ante el silencio comprensivo de sus amigas.

Mariquita utilizó el silencio para observar a esas mujeres, a esas tres gallegas típicas. Mujeres que no sabían de coqueterías, vestidas con modestia. No utilizaban la ropa para resaltar sus cuerpos redondeados, de abundante busto, cintura pequeña y generosas caderas. El cabello lo llevaban de manera tal que no les molestara en su trabajo, corto en el caso de Pilar y Maruja y en un rodete eterno en el caso de Sonsoles, a la que no recordaba haber visto nunca con el pelo suelto. Lo llevaban en distintas etapas de encanecimientos, ni se les ocurría someterlos a tinturas o peinados modernos. Consideraban que el maquillaje era algo inadecuado para una mujer de su casa.

El resultado era el de mujeres envejecidas prematuramente, tanto de aspecto como de actitud, pues no concebían ninguna actividad por puro placer.

El placer no formaba parte de su educación, toda energía se gastaba en trabajo y deberes, quizá el único goce permitido fuera el de la comida, pues éste se encontraba justificado bajo el disfraz de la necesidad. Comer era necesario, lo demás era superfluo y por lo tanto no tenía cabida en sus vidas.

Mariquita debía insistir mucho para salir a pasear, no concebían a la mujer fuera de la casa, así las educaron primero sus padres y luego sus maridos.

Todas habían sido educadas para que un hombre tomara las decisiones. Si bien ella misma se había rebelado en su momento, sus amigas habían cumplido el mandato social y, curiosamente, las tres habían sido abandonadas por los hombres a los que habían confiado sus vidas.

Las tres habían sido “viudas de vivos” antes de ser “viudas de muertos”, tal como los poemas de Rosalía de Castro, esa poeta gallega que tan bien pintó la estampa de la Galicia de fin del siglo anterior y que tanto le gustaba a Pilar que le pedía que le leyera sus obras porque ella apenas se defendía con algunas letras.

En realidad, la única que había sido “viuda do vivo” en el sentido dado por Rosalía era Sonsoles, cuyo marido emigró, dejándola en España a cargo de la casa, del campo y de los hijos.

En el caso de Maruja, sufrió el proceso inverso, su marido se volvió a España, dejándola en Argentina con sus hijos. Y el caso de Pilar, que fue abandonada cuando a su esposo no le gustaron sus circunstancias.

Sí, las tres habían sido viudas de vivos, las tres habían tenido que sacar a sus familias adelante solas, y lo habían hecho de la única manera posible: trabajando. Cuantos más problemas, más trabajo. Esa era una ecuación sencilla, la única que podían entender. Tres mujeres semianalfabetas y abandonadas que se habían forjado una vida a base de trabajo puro y duro, sin tiempo para el disfrute, para el placer sin culpas.

Por suerte la vida las había juntado. Cuatro mujeres sin hombres compartiendo y apoyándose en momentos como ese. Tenían un vínculo muy fuerte que no se basaba en la sumisión sino en la igualdad y que había durado más que cualquiera de sus matrimonios.

Pilar se enjugó las lágrimas y preguntó:

—¿Sábes qué pasó? ¿Cómo fue? ¿Estaba enfermo?

—Por lo que sé, estaba deprimido, solo. El negocio que pensaba poner en Madrid nunca se realizó y comenzó a aislarse, no aceptaba ayuda de sus amigos que se preocupaban porque lo veían descuidado y desmejorado. Finalmente tuvo un ataque al corazón del que no se recuperó.

—¡Pobre Jaime! Nada pudo hacerlo feliz —dijo entre sollozos—. Tengo que decírselo a mis hijos.

—Espera —pidió Maruja—. No hay apuro. Hace cuatro años que no saben nada de su padre, un día más no hará diferencia. Se lo diremos mañana cuando vengan a almorzar.

—*Ten* razón —dijo Sonsoles— *tómache* un respiro. Ya *habera* tiempo. Esta tarde *faremos* lo que *ti queiras*. *Farémosche* compañía.

¿Qué *tes* ganas de *facer*?

Pilar las miró con afecto y se sintió agradecida por el hecho de que sus amigas comprendieran su estado de ánimo.

—Gracias a todas. Hoy me gustaría quedarme en casa, no tengo ánimos de salida. Hace unos días compré el último número de *Galicia Emigrante,* estaba esperando que vinieras Mariquita, para que me lo leyeras. Creo que me haría bien escuchar cosas de mi tierra y en mi idioma.

Mariquita miró a su amiga con cariño, se disponía a tomar la revista, cuando una idea le cruzó la mente.

—Sabes, no es necesario...

—¿Qué no es necesario? ¿Acaso te molesta, no tienes ganas? Si es así no hay problema...

—No, no es eso —la interrumpió—, quiero decir que no es necesario que me esperes para leerla, podrías hacerlo tú.

Pilar se ruborizó:

—Sabes que solo puedo leer algunas líneas. Entre lo poco que aprendí y lo que he olvidado...

—¡Eso puede cambiar! ¿Por qué no te anotas en la nocturna?

—¿Qué es la nocturna?

—Es la escuela para adultos.

—¡Pero qué cosas dices! ¿Qué voy a hacer yo a esta edad en la escuela? ¿Estás loca?

—Para personas como tú existen las escuelas para adultos, para gente que no ha tenido oportunidad de instruirse. Piénsalo, Pilar, tú eres muy inteligente, solo tienes que aprender más cosas. ¡No tendrás problemas con eso, lo harás bien! —insistió Mariquita.

—¿Sabes? Juan Manuel hace unos años me dijo palabras muy parecidas. ¿En verdad creen que yo podría?

—¡Por supuesto! —dijeron las tres al unísono.

—Es perfecto para ti —dijo Maruja—, todavía eres joven, tus hijos ya están grandes y con el negocio podremos arreglarnos perfectamente nosotras dos el tiempo que estés fuera.

—Claro —intervino Sonsoles—. *Poderías deixar* preparada la pastelería durante la mañana para todo *o* día y la comida *e* la atención de la *noite non* sería problema.

—¿Les parece? Creo que no sería apropiado.

—¿Apropiado para quién? —exclamó Mariquita—. Pilar, no hay nadie que pueda juzgarte, es una decisión tuya.

—No sé, tengo que consultarles a mis hijos.

—No es cierto, puedes comentarlo con ellos pero no tienes que pedirles permiso. Pero quédate tranquila que, si algo conozco a tus hijos, estarán encantados de que vayas a dar este paso.

—Yo opino lo mismo —intervino Maruja—. Mis sobrinos son

excelentes personas y se alegrarán de que hagas algo para ti, algo que te hará feliz.

—*Eu* estoy de *acordo*—agregó Sonsoles—. Podes *decirllos* también mañana. *A morte* de Jaime y este *novo proxecto* para seguir adelante. *Unha* de cal *e outra* de arena. *Despois* de todo, de eso *trátase* la vida. ¿Verdad?

Es verdad, reflexionó Pilar, de eso se trata. De alegrías y dolores, de gozos y pesares, de *morriñas* y *muñeiras*.

Un viaje que transcurre entre lágrimas y verbenas.

23. Fragmento de “No me quieras tanto” de Rafael Hernández.

Epílogo

Buenos Aires, 1965

Julia revisaba otra vez el baúl y contaba lo guardado. Alfonso la esperaba con el automóvil en marcha. Incapaz de contener su impaciencia sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Vamos, Julia que se hace tarde!

La mujer cerró el baúl y entró al Ford Falcon que arrancó apenas cerró la puerta.

—¿Te parece que serán suficientes las bebidas? Tal vez debería haber comprado alguna más…

—Que no, mujer. Va a alcanzar. Si se terminan yo me ocupo de ir por más, no te preocupes.

—Es que somos tantos, con tantos niños corriendo todo el día es difícil calcular. Al menos no hace tanto calor. —Julia seguía parloteando como siempre que estaba nerviosa.

De pronto recordó algo y se giró hacia el asiento trasero.

—¿Dolores, trajiste el café? —preguntó.

—Sí, mamá, ya me lo preguntaste tres veces. Y antes de que lo hagas de nuevo también traje azúcar y leche.

Julia volvió a sentarse derecha. Dolores por lo visto estaba de mal humor. No tenía porqué sorprenderse, ese era su estado de ánimo habitual.

Desde que pasó lo de Juan Manuel su hija se agrió, todavía era joven pero se había convertido en una solterona. Julia le daba vueltas en su cabeza y no podía entender cómo había llegado Dolores a esa actitud, a ese distanciamiento de la vida.

Desde que Juan Manuel y Macarena habían anunciado su amor, Dolores se había quedado sin objetivos. Siempre había sido muy exigente con los demás y consigo misma, no se permitía fallar en algo, todo lo hacía a la perfección o no lo hacía. En algún momento se había convencido de que la vida perfecta consistía en casarse con Juan Manuel como todos decían y hacia ahí había dirigido todas sus acciones. A cumplir un compromiso que solo ella había tomado en serio.

Ella y Jaime.

Dolores se sintió traicionada por todos. Por su hermana, por Juan Manuel y por sus propios padres. Porque puestos a elegir entre dos de sus hijas, los dos habían apoyado el matrimonio de Macarena y Juan

Manuel. ¿Cómo no hacerlo? Macarena se casaba por amor. Alfonso y Julia se habían casado enamoradísimos y así habían seguido toda la vida.

¿Cómo llevar adelante un matrimonio si no era el amor lo que lo sostenía? Un amor con quien compartir lo bueno pero, aún más importante, en quien apoyarse en los momentos malos. Porque Alfonso y Julia habían pasado de todo. Momentos de mucho trabajo y privaciones hasta poder sacar adelante las “Galerías De los Reyes” y cuando por fin lo habían conseguido, llegó la expropiación para ensanchar la Avenida 9 de Julio. Y de nuevo a empezar en otro comercio con tres niñas pequeñas que criar.

Cuando se estabilizaron nuevamente, Alfonso recibió la herencia de sus padres. Eso les permitió expandir el negocio y adquirir la bonita casa que hoy tenían e incluso comprar un automóvil nuevo.

Julia giró para mirar a su marido. Su Alfonso se estaba poniendo mayor y por suerte ahora podía relajarse y trabajar menos.

Alfonso, al notar que Julia lo miraba, buscó su mano y la apretó con cariño. Sí, el suyo había sido un matrimonio lleno de amor, y deseaba lo mismo para cada una de sus hijas. Macarena lo había conseguido, y también Guadalupe.

La menor de ellas se había enamorado de un abogado de familia cordobesa. Mitad española, mitad indígena. Este encuentro había forjado en Lautaro unos rasgos pocos comunes, piel morena, cabello negrísimo y unos inquietantes ojos verdes ante los cuales Guadalupe cayó rendida. Era curioso verlos juntos. Ella tan menuda, tan blanca, tan rubia al lado del fornido y oscuro Lautaro.

La única de sus hijas que no había logrado encontrar el amor era Dolores. Su Dolores que había decidido detenerse mientras los demás vivían.

Mariquita llegó a la casa de Pilar y comenzó a ayudarle a cargar las cosas en el auto de Francisco.

Pilar se había encargado de los panes y los dulces.

Mariquita no podía evitar llevarse a la nariz los productos antes de embalarlos en las canastas. Allí iban algunos *Panes do Carballo* como los llamaba Pilar, panes de *millo* o de maíz, un par de tartas de Santiago con su aroma a almendras que competía con el aroma de los panes recién horneados. También había una gran fuente de *orellas de entroido* u orejas de carnaval que eran muy parecidas a lo que en Buenos Aires llamaban tortas fritas.

Francisco tomó una de las canastas ya llenas y comenzó a dirigirse a la calle donde estaba el auto, no sin antes tomar a su esposa por la cintura para darle un sonoro beso en los labios. Pilar enrojeció violentamente y ensayó una protesta desganada que él no oyó porque

había salido rápidamente.

Mariquita sonrió, feliz por su amiga.

—Disculpa, qué vergüenza, este Francisco es terrible.

—No pidas disculpas, Pilar. No tiene nada de malo. Se nota que te quiere y quiere demostrártelo. ¡Con lo que le ha costado al pobre tenerte! ¡Mira que ha tenido que comer de tus tortas para cortejarte! Yo no sé cómo no está gordo como un barril.

—Es cierto. ¿No se lo he puesto fácil, verdad? Es que a mi edad, todavía me pregunto si hice bien.

—Hiciste perfectamente. Mira qué bien, qué felices se los ve. Esos gestos de cariño valen oro Pilar.

—Sí…, pues que ya podría contenerse un poco. Hace tiempo que estamos casados y no me quita mano en cuanto puede. Y vamos, que ya no somos críos y sin embargo… —de pronto Pilar se detuvo al darse cuenta de que estaba pensando en voz alta y que su amiga la observaba con una chispa de diversión en los ojos—. Discúlpame, Mariquita, mira que venir a decirte estas cosas a ti, no sé en qué estaba pensando…

—Tal vez estabas pensando en lo bien que se siente hacer el amor. Y tal vez te diste cuenta de que en realidad yo puedo entenderte perfectamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez yo entienda lo que es desear tanto al hombre que amas que lo único que piensas cuando está cerca es en tocarlo o que te toque, lo hermoso que es cuando por fin lo hacen y lo que es creer morir de puro placer. La dicha que es yacer en sus brazos y lo luminoso que es el mundo cuando se aman.

Pilar la escuchaba sorprendida:

—Pero cómo puedes, si tú nunca te has casado…

—Y tal vez, a estas alturas, también entiendas que no hace falta casarse para amar y ser amado.

—Pero tú… tú —buscó en la mirada de Mariquita la confirmación que le faltaba—. ¿Tú has tenido un amante? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién? ¡Que no lo puedo creer! ¡Ay, Jesús!

—¡Exacto! —contestó Mariquita.

—¿Exacto qué? ¿Quién es?

—Lo que has dicho.

—¡Estás jugando conmigo, dímelo!

—¡Pero es que ya lo has adivinado! ¿No has dicho Ay, Jesús?

—Sí, claro, no es para menos, porque esto… —De pronto una luz se hizo en su cabeza—. ¡Jesús! ¿Jesús? ¿Jesús Linares?

—¿Ves que ya lo sabías?

—¡No puede ser! ¿Cómo es que nunca nos dimos cuenta? Eran tan respetuosos, siempre Sr. Linares de aquí, Señorita María Dolores de

allá. Y sin embargo… ¿Cómo han podido ocultarlo tan bien?

—No teníamos más remedio. Él era casado, tenía su familia en España, lo nuestro era imposible, pero eso no impidió que nos enamoráramos locamente. Mi reputación estaba en juego, si la perdía, perdía mi negocio y avergonzaría a la familia. Tú sabes que a una mujer no se le perdonan esas cosas. Lo mantuvimos en secreto pero fuimos amantes mientras él trabajó aquí. Fueron los mejores cuatro años de mi vida.

—¡Cuatro años! Y sin que nadie sospeche nada. Cuatro años manteniendo semejante secreto. Qué difícil debe haberte resultado —y moviendo la cabeza incrédula invocó—: ¡Ay, Jesús!

—¡Eso mismo he dicho yo muchas veces! ¡Muchísimas! —Dijo Mariquita con una sonrisa picante y revoleando los ojos—: ¡Ay, Jesús!

Y ambas amigas rieron a carcajadas.

Maruja y Sonsoles habían llegado un poco antes al Centro Lucense donde toda la familia celebraría la romería de fin de año. A ellas les había tocado llevar la comida y la estaban distribuyendo en la mesa. Habían elegido una mesa bien larga porque eran muchas personas. Estarían Alfonso, Julia y Dolores; Macarena y Juan Manuel con sus dos hijos; Guadalupe y Lautaro con los tres suyos; Lucía y Renzo también con tres y uno en camino; Pilar y Francisco traían a los dos nietos de éste y los tres hijos de Sonsoles también asistirían, los dos mayores con sus esposas e hijos y el menor con su novia. Más ellas dos, eran más de veinte personas.

De los bártulos que habían traído las mujeres empezaron a emerger varias tortillas, unas con cebollas, otras sin cebollas, otras con *chourizo*… Un par de enormes empanadas gallegas. Un jamón serrano. Pimientos de padrón fritos. Dos quesos manchegos y una imponente fuente de pulpo a la gallega.

Cuando estaban terminando de distribuir la comida, llegó Julia que, al ver la mesa llena exclamó:

—Pero, Maruja, pedimos que trajeras algo para comer, pero tú te has pasado tres pueblos. ¿Qué vamos a hacer con tanta comida?

—¡Pues comerla, ya verás que no sobra tanto! Además siempre es preferible que sobre y no que falte.

En eso llegó también Pilar que distribuyó los panes a lo largo de la mesa, mientras uno de sus nietos le tironeaba el brazo pidiéndole:

—¿Abuela, trajiste orejitas? ¡Quiero orejitas!

—Si comes ahora nos vas a comer la comida y tu madre me regañará.

—Pero si las orejas son comida, dale, abu, dame una, una solita —imploró el niño.

Pilar le dio una llena de azúcar y su nieto salió corriendo a seguir

jugando. Al momento estaban todos los niños pidiendo *orellas*. Y ella repartía sin importarle las protestas de los padres.

Al poco rato, todos compartieron la comida alegremente. En algún momento comenzó la música y la mesa se despobló de adultos que se sumaron al baile y de niños que se corrían por todos lados, jugando divertidos.

Maruja y Sonsoles se mantuvieron sentadas. Maruja miraba a todos los miembros del grupo disfrutando de la fiesta, pero con cierta tristeza.

—¿Por qué *tes* esa cara? Estas pensando en ellos, ¿*verdade*? —preguntó Sonsoles.

—¡No puedo evitarlo, Sonsi! En estas fiestas me pongo a pensar que también mis nietos deberían estar corriendo por aquí.

—¡*Máis netos queres*, pero si todos estos *rapaciños* te llaman abuela! *Os netos* de todas tus amigas no *fan diferenza* contigo, eres la abuela Maruja para ellos. ¡Si *axudaches* a criar a todos! Y ya *vén outro* en camino al que podrás llenarle la panza.

—Sí, son muchos. Tal parece que vinimos a poblar la Argentina. Esto está lleno de galleguitos.

—Pero estos *xa* están mezclados. *Temos* de sangre italiana, indígena y también criolla, como *os meus*. *E digo che máis*, si *temos* en cuenta como el *maior* de Lucía sigue a todos lados a la bella Ana Laura, la *maior* de Guadalupe, los bisnietos serán *unha* ensalada de razas.

—¡Qué cosas dices, si son apenas unos niños!

—*Pode* ser, pero a mí *non* se me escapan esas *cousas*. ¡Si fui la única que se *deu conta* de lo de Juan Manuel! No puedo creer que nadie notara que el *rapaz* no iba a ver a Dolores sino a su hermana. ¡Qué *carallo*, si estaba *máis* claro que *a auga*!

—Tienes razón, eres buena en eso. Pero con esto exageras, son unos niños.

Maruja dejó perder la vista en el salón y en todos sus afectos que se encontraban allí. Era de las pocas veces que se permitía recordar a los que faltaban, a sus padres y a los de sus amigas que ya habían ofrecido lo suyo en el mundo y también a sus mellizos que no habían tenido tiempo de hacerlo. Su marido era solo un recuerdo carente de emoción, nunca pudo perdonarlo, ni aún muerto. Hacía tiempo que había dejado de dolerle. Pero sus niños estaban tan presentes en su corazón como si no se hubieran ido nunca.

En esos pocos momentos en los cuales se permitía los recuerdos, también se ponía a imaginar los “y si”.

Y si no hubieran emigrado; y si se hubiera negado a casarse, y si la guerra no hubiera sucedido, y si…

Y nada de esto tenía respuesta. Ese había sido su destino, y a pesar de los terribles momentos vividos, tenía que agradecer la mesa llena y

el contar con todos los afectos que se encontraban desparramados por el lugar, pero juntos en lo importante.

Sonsoles la miraba, inquieta. Sabía que su amiga estaba triste, lo notaba en su mirada y ella quería consolarla. Por eso lo intentó de la única forma que sabía:

—¿Maruja, *queres* unas *orellas*? Come, anda. Están *moi boas*.

—No, Sonsi, ya comí suficiente.

En ese momento se escuchó un solo de gaita. Maruja miró a su amiga. Era la señal para dar por terminada la tristeza y volver a esconderla hasta la próxima vez.

—¿Oyes eso? ¡Es la Muiñeira da Chantada!

E incorporándose alegremente, tomó la mano de su amiga para alzarla de su asiento:

—¡Dejemos la *morriña* y enseñémosle a estos rapaces cómo se baila una buena *muiñeira*!

Agradecimientos

Son muchas las personas que debo mencionar, que me ayudaron a transitar la escritura de esta novela; intentaré con algunos reconocimientos, aunque seguramente hay muchos más, espero ser justa con la mayoría:

A la cantante Nuria Vázquez, que con su talento y pasión inspiró a mi Lucía.

A Antonio y Ricardo Lence Moreno, dueños de la Pastelería Viena Capellanes de Madrid, que me han brindado información sobre la empresa familiar de la que se sienten tan orgullosos, tanto por las tres generaciones que la llevan administrando, como de sus orígenes gallegos. Fue un placer conocerlos.

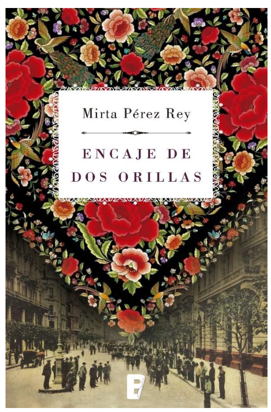
A la señora Mariana Vicat, que confió en mí para formar parte del “Proyecto de integración Compostelano—Porteño”, que mi trabajo haya visto la luz como un Proyecto de difusión Cultural es un sueño del que aún no me despierto.

A mis editoras: Silvia, por creer que mi novela se merecía esta oportunidad y Mercedes, por su paciencia con esta principiante.

A mis queridas Margallitas. La profe Gabriela Margall nos juntó, pero nos unió la pasión, la curiosidad y la generosidad. Es un grupo de mujeres que no compite, se estimula. Gracias Gaby, Susy, Silvia, Majo, Sandra, Mae, por acompañar esta experiencia. En cuanto a este proyecto debo mencionar especialmente a Adriana Ponce que hace magia con las palabras, por estar siempre disponible para mí; a Sol Klinkenberg por proponer, acompañar, invitar, mantenerme atenta, me hacés muy bien; y a Andrea María Vázquez, mi generosa Hada Madrina.

A mi mamá Tita, mi tía Mary y mi madrina Ludi, a las que interrogué sin piedad sobre su vida en Galicia y en Buenos Aires. Espero haber usado con respeto lo que escuché y lo que viví con ustedes que, de muchas maneras, forman parte de esta historia.

Y por último y principal a los motores de mi vida, por alentar, por compartir, por soportar, por… todo. ¡Ernesto, Maico y Ailén gracias, siempre!



—Comiencen a empacar sus cosas, cuando termine la cosecha nos vamos de España.

Maruja, su hermana Pilar y su madre lo miraron con una expresión de estupor, idéntica en las tres. A las niñas no les estaba permitido hablar en la mesa, pero Maruja no pudo contener las preguntas, que se escapaban por su boca:

—¿Qué? ¿Por qué?

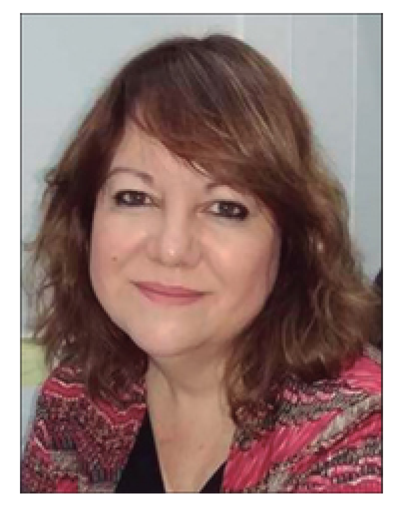
El padre la miró furioso por la interrupción y con un tono de voz más elevado dijo:

—¡Porque yo lo digo, y es suficiente!

Ellas cruzaron el mar. Llevaban su tierra y sus recuerdos guardados en los ojos, como se lleva todo aquello que es preciado y entrañable.

Maruja y Pilar vinieron por imposición paterna. Julia y Mariquita, persiguiendo el amor y una nueva vida. Sonsoles detrás de su hombre… En esta orilla conocerán el amor y el abandono, la alegría y la pérdida, pero sobre todo forjarán una amistad que iluminará sus horas más oscuras y las verá crecer.

En esta novela, Mirta Pérez Rey va bordando exquisitamente la distancia entre España y Argentina. Y a medida que lo hace, despliega ante nuestros ojos las voces de estas mujeres inolvidables cuyas vidas, tan semejantes a las de nuestras tías, madres o abuelas, están hechas con la misma madeja frágil y preciosa con la que se bordan los sueños.



MIRTA PÉREZ REY

Nació en Buenos Aires en 1966. Se recibió de contadora pública en la Universidad de Buenos Aires y realizó varios posgrados afines a su carrera. También es profesora de danzas y frecuenta todo lo relacionado con el arte: de la narrativa a la historia, pasando por la pintura y la dramaturgia. Fue integrante del Comité de Cultura de la YMCA Argentina y desde allí impulsó el proyecto de la biblioteca, y organizó encuentros de lectores, exposiciones plásticas y charlas con escritores. Actualmente administra un grupo de lectura en Facebook.
Encaje de dos orillas es su primera novela, publicada originariamente como *De morriñas y muiñeiras*, bajo la Ley de Mecenazgo de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad. Mirta vive en Buenos Aires con su marido y sus dos hijos, y sigue escribiendo.

Facebook: Mirta Pérez Rey

Pérez Rey, Mirta
Encaje de dos orillas / Mirta Pérez Rey. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-627-285-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta e interior: Donagh | Matulich

Edición en formato digital: diciembre de 2017

Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-627-285-8

Conversión a formato digital: Libresque

Índice